

CONTINUIDAD

Mientras el mundo se introduce en lo que parece ser una de las más profundas crisis financieras de las últimas décadas, la obra de Dios entre sus hijos sigue su curso. Y sentimos que Dios nos está hablando en este tiempo acerca de la continuidad.

Continuidad, no como una mera repetición de lo aprendido en las generaciones anteriores. Sin duda, la riqueza espiritual concedida a los primeros debe pasar a la siguiente, pero hay además otras cosas tan importantes como aquellas. Sí, para que ese legado no se transforme en una camisa de fuerza que lleve a la muerte las cosas espirituales en el nuevo tiempo.

Christian Chen, en el mensaje que incluimos en esta edición, lo expresa así: «Cuando la generación más joven conoce el método, ¡ah, qué maravilloso! ¡Ah, funciona! Entonces, ellos tienen el método, y ya no es necesario ir más a la presencia del Señor. La primera generación tiene revelación y bendición. La segunda generación, tiene tradición y tradición».

El mayor peligro está en el conocimiento estructurado (convertido en tradición) que nos exime de buscar y seguir al Señor cada día. No sólo como ejercicio personal, sino como cuerpo, en cuanto Iglesia.

Esta misma carga tuvo siempre uno de los grandes profetas del siglo XX, A.W. Tozer, quien en sus días denunció el peligro de una cristiandad llena de activismo religioso, pero vacía de Cristo. Aunque perteneció a una conocida denominación evangélica, su visión y su mensaje traspasaron todos los linderos, para remecer los corazones de muchos, hasta nuestros días. En este número incluimos una reseña de su vida, y algunos de sus pensamientos más señalados.

Rogamos al Señor que, como siempre, toque nuestros corazones con su preciosa Palabra.

INDICE

- ENFOQUE DE ACTUALIDAD**
- 3 **EL LLANTO DE LOS PODEROSOS** / En los inicios de una debacle financiera mundial.
- TEMA DE PORTADA**
- 11 **LA SEGUNDA GENERACIÓN** / Cómo asumir el legado y enfrentar los nuevos desafíos. *Christian Chen.*
- 24 **LA ECONOMÍA DE DIOS** / Sobre la administración y los administradores. *Gino Iafrancesco*
- 32 **LOS CUATRO SERES VIVIENTES** / Como todas las cosas creadas, los cuatro seres vivientes también expresan a Cristo. *Rubén Chacón.*
- 35 **LA VIDA DE FRUTO ABUNDANTE** / Claves escriturales y prácticas para una vida de fructificación. *Rodrigo Abarca.*
- 44 **JUICIO A LA SERPIENTE** / La victoria de la Cruz es un juicio a la serpiente. *Marcelo Díaz.*
- 48 **AMALEC** / Las batallas de Dios contra la carne son de generación en generación. *Eliseo Apablaza.*
- LEGADO**
- 56 **BUSCANDO LA GLORIA DE CRISTO COMO HIJO DE DIOS** / Reflexiones acerca de la visión espiritual. *T. Austin-Sparks.*
- 66 **«LA IGLESIA DEL NUEVO TESTAMENTO NO ERA...»** / Reflexiones acerca de la iglesia. *A.W. Tozer.*
- 69 **PENSAMIENTOS DE A.W. TOZER**
- ESPIGANDO EN LA HISTORIA DE LA IGLESIA**
- 72 **UN PROFETA DEL SIGLO XX** / Semblanza de A.W. Tozer.
- 83 **LOS CUÁQUEROS** / Guiados por la Luz Interior de la Vida. *Rodrigo Abarca.*
- ESTUDIO BÍBLICO**
- 90 **BOSQUEJO DE DANIEL** / *A. T. Pierson.*
- 92 **SÍMBOLOS Y TIPOS DEL ANTIGUO TESTAMENTO (9)** / *A.B. Simpson.*
- 99 **CRISTO, EL PASTOR DE NUESTRAS ALMAS** / Un estudio de 1º de Pedro. *Stephen Kaung.*
- JOVEN**
- 110 **SUGERENCIAS SOBRE LA CUESTION SEXUAL PARA JOVENES CRISTIANOS** / Diez consejos prácticos. *Billy Graham.*
- APOLOGÉTICA**
- 112 **BREVE INTRODUCCION AL DISCERNIMIENTO DEL CONFLICTO DE PARADIGMAS (2)** / *Gino Iafrancesco.*
- REPORTAJES**
- 117 **PAPÁ, JESÚS ESTÁ AQUÍ** / El legado de fe de un niño. *Bob y Linda Thrasher.*
- SECCIONES FIJAS**
- 9 Maravillas de Dios / 55 Bocadillos de la Mesa del Rey / 108 Cosas viejas y cosas nuevas / 116 Joyas de Inspiración / 120 Página del lector

ENFOQUE DE ACTUALIDAD

En los inicios de una debacle financiera mundial.



El llanto de los poderosos

« En 20 años más, los libros de economía nos podrán decir y explicar lo que hoy está sucediendo en el mundo», sentenció Hernán Büchi, destacado economista y consultor internacional chileno, en parte de una Conferencia reciente dictada en Santiago de Chile. Naturalmente, eso “que hoy está sucediendo en el mundo” es la aguda crisis financiera

mundial que preocupa a todas las naciones. La sentencia de Büchi es sorprendente, viniendo de un experto de su estatura, acostumbrado a diagnosticar enfermedades de este tipo.

Y no es para menos. La conmoción a nivel de gobiernos y entidades financieras es grande – aunque todavía no toca directamente el bolsillo de la población en general.

Al momento de redactar este artículo, los principales responsables mundiales del ámbito económico han celebrado reuniones urgentes tanto en Estados Unidos como en Europa (11-12 de octubre), con el fin de adoptar acuerdos que infundan esperanza de resolver la citada crisis y devolver la confianza a los principales actores, es decir, a los accionistas, que cada día compran y venden en las distintas bolsas de valores del mundo.

El nerviosismo mundial

Los líderes financieros del mundo concluyeron sus discusiones con un diagnóstico sobre los desafíos a la vista, pero con escasas acciones concretas hacia el futuro. En el ámbito financiero, los 185 países miembros de los dos organismos multilaterales, el Banco Mundial (BM) y el Fondo Monetario Internacional (FMI), acordaron que no se escatime recursos para enfrentar la crisis, respaldando las acciones del G-7 (grupo de los siete países más industrializados del mundo).

Las acciones incluyen medidas «urgentes y excepcionales» para estabilizar los mercados, evitar el quebranto de bancos o instituciones financieras de importancia «sistémica»



(es decir «global») y activar un mercado secundario de créditos hipotecarios y garantías.

El Comité Monetario y de Finanzas del FMI y el BM expresó a su vez la preocupación por el impacto de una eventual prolongación de la crisis en los países en desarrollo, particularmente en el ámbito social. Advertió también que el progreso logrado por los países de ingreso bajo para lograr estabilidad macroeconómica, alentar el crecimiento y reducir la pobreza, podría verse amenazado.

Lo que el FMI y el BM tienen claro es que con el recrudecimiento de la turbulencia financiera, los mercados emergentes ya no podrán evitar los efectos de la crisis, como habían hecho hasta ahora. «A medida que se ha ido desarrollando la crisis actual, los estadounidenses y los europeos han reaccionado primero con confusión, después con frustración, luego con enfado y finalmente miedo. Esas reacciones naturales se extenderán alrededor del mundo a medida que el impacto se expanda», dijo Robert Zoellick, el presidente del BM.

El G-7

En una reunión urgente celebrada hace pocos días, el G7 se comprometió a «*usar todos los recursos disponibles para evitar la quiebra de bancos importantes y garantizar que cuenten con suficiente capital*».

Por su parte, los principales Bancos Centrales de Europa decidieron nuevas acciones concertadas en un intento de calmar la tensión del sector bancario, ofreciendo a los bancos créditos en dólares en *cantidades ilimitadas*.

Washington no envió una señal clara para «evitar ataques especulativos de los short sellers, inversionistas que venden acciones que no tienen y que luego ganan cuando cae el precio de ellas, que se pasean por Wall Street buscando a su próxima víctima».

das, anunció hoy el Banco Central Europeo (BCE). «Los bancos podrán tomar prestada la cantidad que quieran en el marco de estas operaciones», precisó la institución europea, con sede en Frankfurt, Alemania, deseosa de enviar un mensaje fuerte a los mercados, informó la agencia AFP.

Las causas

Ahora bien, para quienes vivimos el día a día como ciudadanos comunes, nos resulta difícil comprender el lenguaje, a veces excesivamente técnico, de los economistas. Pero no es sólo el lenguaje, sino también el hecho mismo de tratarse de una crisis en un ámbito que, se supone, está presidido por los expertos más capaces del mundo.

El ciudadano común se pregunta: ¿Cómo y por qué ocurren estas cosas? ¿Cómo pueden ir a la quiebra impor-

tantes bancos que manejan cantidades siderales de recursos? ¿Tan impredecible resulta el mercado, o simplemente no se tomaron las debidas precauciones en la toma de decisiones?

La analista internacional chilena Karin Ebensperger ha identificado con lucidez algunas responsabilidades. Ebensperger responsabiliza, en primer lugar, a los líderes norteamericanos por su actitud frente al tema: «Los líderes fallaron. En EE.UU. se dio una fatal suma de malos conductores. El Presidente Bush gastó como país en guerra (artificial) en Irak y además condujo mal las políticas económicas, y el ex presidente de la Reserva Federal Alan Greenspan estimuló una política irresponsablemente expansiva. Las personas fueron inducidas a endeudarse, desde el gobierno y la Reserva Federal. Y se alteró el mercado hipotecario y la economía en general. EE.UU. vive una peligrosa falta de líderes, no hay una conducción respetada».

El aparato estatal estadounidense, por su parte, «creó incentivos perversos. En una economía de libre mercado, el principal rol del Estado para favorecer la libre competencia es regular poco y bien, para evitar distorsiones, monopolios, abusos, falta de transparencia. Todo esto no ocurrió en EE.UU. por mucho tiempo. El gran director de desaciertos fue Alan Greenspan: alteró todo al impulsar la excesiva liquidez; promovió y hasta premió un mal comportamiento de los norteamericanos en materia de préstamos».

Estos desaciertos en la conducción global, llegaron a los consumi-

dores, quienes fueron seducidos hasta el extremo a endeudarse. «Se otorgaban préstamos irrisorios de instituciones garantizadas por el propio Estado como Fannie Mae y Freddie Mac, que entregaron recursos por más de ¡50 veces su patrimonio!

Y el sector privado –llámese especialmente Wall Street– no fue una excepción, pues imitó la mala conducta: «El management no actuó en interés de los accionistas –base del sistema–, sino que con el criterio de que las ganancias eran para los banqueros, y las pérdidas para los pequeños. Todos los distorsionadores se fueron con suculentas indemnizaciones».

Ricardo Caballero, economista



chileno en el Massachusetts Institute of Technology (MIT), dice que Washington no envió una señal clara para «evitar ataques especulativos de los *short sellers*, inversionistas que venden acciones que no tienen y que luego ganan cuando cae el precio de ellas, que se pasean por Wall Street buscando a su próxima víctima», los que ganan mientras pierden los millones de trabajadores y jubilados con cuyo esfuerzo los especuladores se hacen sus pasadas.

Toda esta seguidilla de errores ha provocado una molestia generalizada en la población, una sensación de fastidio muy grande. Los norteamericanos están furiosos con Bush, Greenspan y Wall Street. Los que trabajan, los que se arremangan y los que innovan y han creado los avances tecnológicos que impulsan al mundo, están reaccionando.

La comparación de Estados Unidos con China e India no es muy alentadora para los vecinos del norte. «No se entiende», añade la citada autora, «que mientras China e India están creciendo como nunca antes, Estados Unidos esté viviendo tamaña crisis financiera. Las autoridades estadounidenses aceptaron hasta más allá de lo razonable que el sistema financiero de ese país estuviera distorsionado por los especuladores y que las reglas del *fair play* y la transparencia mínima fueran alteradas hasta ese punto».

El factor chino

Ampliando su análisis, Ebensperger agrega: «Beijing necesita que los norteamericanos consuman para

mantener el crecimiento de su propia economía; así, los habitantes de China, que ganan unas 40 veces menos que un estadounidense promedio, están subsidiando a los Estados Unidos, con imprevisibles consecuencias.

¿Cuánto tiempo podía Washington aumentar su deuda y su enorme déficit, disimulado entre otros factores por el consumo chino? Bueno, al menos hoy la debacle financiera se sinceró, y sólo falta saber cuánto afectará a la «economía real», que es el eufemismo que usan los economistas para referirse a los que verdaderamente trabajan y producen, a los que con su esfuerzo sostienen a los especuladores financieros que sentados en sus torres de marfil le ponen precios ficticios al trabajo de los demás, los de la «economía real».

«Es un hecho», concluye Ebensperger, «que el terremoto financiero es planetario y que la recuperación será complicada, por la incertidumbre a nivel internacional sobre los precios de productos tan importantes como los alimentos y el petróleo. Además, una década de bajas tasas de interés estimuló inversiones en áreas cuya viabilidad ahora está en duda. Costará largo tiempo reconstruir un sistema internacional de crédito creíble».

Sólo para entendidos

Recientemente, el director gerente del FMI, Dominique Strauss-Kahn llamó a los Estados «que pueden permitírselo» a «estar listos para poner en práctica un plan de reactivación presupuestario» para relanzar sus economías.



«Tenemos que utilizar todos los instrumentos de la política macroeconómica moderna para limitar los daños sobre la economía real», afirmó Strauss-Kahn durante un discurso ante el consejo de gobernadores del FMI en Washington.

«La utilización más evidente de la política presupuestaria es precisamente aliviar las presiones donde son más fuertes: en los sectores financiero e inmobiliario. Pero los gobiernos que pueden permitírselo pueden mostrarse igualmente dispuestos a asumir un plan de reactivación presupuestario más amplio», precisó.

Tras recordar los errores que condujeron a la Gran Depresión de los años 30, el director gerente del FMI advirtió: «No podemos dejar que eso vuelva a ocurrir. No podemos esperar el momento en que nuestros bancos quiebran y se pierden empleos... La experiencia del FMI durante 122 crisis bancarias demuestra que si se sabe administrar una crisis, el costo neto para el contribuyente puede ser cercano a cero, o incluso mejor», aseguró.

¿Esperanza?

Es de esperar que este optimista llamado del director del FMI esté en la línea correcta y que finalmente el

mundo se ponga de acuerdo en estas delicadas materias que, como siempre, terminan afectando la así llamada «economía real», es decir, los precios de los alimentos y de los servicios básicos que hacen sufrir a los más desposeídos.

A la luz de la revelación bíblica, un verdadero y definitivo colapso económico mundial, será el resultado lógico y predecible de una sociedad egoísta y consumista que ignora a su paciente Creador. A este respecto, cuán sabias son las palabras del apóstol Pablo cuando dice: *«Porque los que quieren enriquecerse caen en tentación y lazo, y en muchas codicias necias y dañosas, que hundan a los hombres en destrucción y perdición;*

porque raíz de todos los males es el amor al dinero, el cual codiciando algunos, se extraviaron de la fe, y fueron traspasados de muchos dolores» (1^a Timoteo 6:9-10).

David Wilkerson, en su libro *La Visión*, escribía en 1973: «Nos esperan años de carestía llenos de confusión monetaria y de desesperación ... Los grandes economistas del mundo entero no acertarán a explicar la confusión, y se desarrollará una crisis internacional de miedo».

Todo esto, predice Wilkerson, va a ejercer presión para «reorganizar todos los sistemas monetarios del mundo en un sistema uniforme». De ahí al anticristo, habrá sólo un pequeño paso.

* * *

La misma comida

Después de una estadía de varios años en el interior de la China, el misionero inglés Charles T. Studd decidió regresar a su país. La larga travesía a través de la China con su esposa y sus cuatro pequeñas hijas fue difícil, por cuanto había una gran hostilidad hacia los extranjeros. El pueblo chino, poco instruido, pensaba que todos los extranjeros eran aliados de Japón, que en esa época estaba en guerra con su país.

Parte de la travesía la hicieron por el río, en una barcaza. Dondequiera que la embarcación tocaba la ribera, un gentío se reunía para ver a los "diablos extranjeros".

Cierta vez el ambiente se mostraba especialmente amenazante para ellos, pero Dios dispuso su liberación de una manera extraña. La mayor de sus hijitas hablaba el chino. Así que cuando la gente comenzó a hacerle preguntas "¿Cuál es tu nombre? ¿Qué edad tienes? ¿Tienes algo que comer?", etc., para sorpresa de ellos, la niña les contestaba en su propio idioma.

El resultado fue que la turba amenazante se volvió en admiradora. Entonces hicieron arreglos para que grupos sucesivos de chinos se acercaran a comprobar la maravilla: ¡una niña extranjera hablaba su mismo idioma!

En cada ocasión que lo comprobaban, los chinos se explicaban el asunto de la siguiente manera: "¿No veis? Esta niña habla nuestro idioma, porque come nuestra comida".

En C. T. Studd, deportista y misionero, por Norman P. Grubb

Los efectos de una canción

Una noche clara y serena, subía un vaporcito la corriente del río Delaware, en Estados Unidos. La naturaleza estaba en calma, y sólo el ruido de la máquina de vapor quebrantaba el silencio de la noche.

– Cante alguna cosa, señor Sankey – dijeron algunas personas al célebre compañero del evangelista D.L. Moody, que estaba a bordo.

– ¿Cantar? – respondió Sankey –. No sé más que himnos.

– Pues bien, un himno, por favor – dijeron todos.

Ira Sankey se arrimó a la gran chimenea, se quitó el sombrero, y concentrándose algunos segundos en pie, comenzó a elevar un canto precioso. Su voz se elevaba pura, espléndida, emocionante. Era la suya una de esas voces cuyos acentos deben llegar hasta el trono de Dios. Había escogido el popular cántico «*Je-sús, sé mi fortaleza*».

El silencio era profundo, y cuando se extinguió la nota final del himno, todos los creyentes estaban extáticos bajo la impresión.

De repente, de la extremidad del vapor, un hombre tostado por los rayos del sol, con aspecto de vagabundo, se adelantó hacia Sankey, y con voz entrecortada, sobrecogido, le dijo:

– ¿Sirvió usted en el ejército del Sur? – Aludía a la guerra entre el Norte y el Sur de los Estados Unidos, en los años 1861 a 1865.

– Sí – respondió Sankey.

– ¿Estuvo usted en tal batallón y en tal regimiento?

– Sí, sí. Pero, ¿por qué estas preguntas?

– Escuche usted. ¿No estuvo usted en los puestos avanzados en una clara noche de luna llena de mayo de 1862?

– Sí, allí estuve, me acuerdo perfectamente.

– Y yo también, dijo el hombre de tez bronceada. Aquella noche fue para mí la más extraordinaria, la más memorable de mi

vida, y de la suya también, señor, a pesar de que no sabe nada al respecto.

"Yo servía, como usted, en esa guerra, pero en el ejército del Norte, así que era su enemigo. Estaba yo en los puestos de avanzada aquella noche, cuando al resplandor de la luna vi a un hombre, un enemigo.

"- ¡Ah, ah, joven - dije -. Tú por lo menos no escaparás! ¡Pobre hombre, no tienes más que segundos de vida! Tenía su cabeza descubierta y yo me ocultaba en la sombra. Levanté mi fusil e hice puntería. Mis dedos ya se posaban en el gatillo... El bulto hizo movimiento, levantó sus ojos fijándose en una pequeña estrella que brillaba en el cielo, y empezó a cantar...

"La música, sobre todo el canto, siempre ha tenido un poder maravilloso sobre mí, y yo quité mi dedo del gatillo. 'Le permitiré cantar su canción hasta el final', me dije, 'y después le dispararé. Ya es mi víctima, y mi bala no va a errar'".

"La canción que cantó en aquella oportunidad era la misma que ha cantado ahora. Yo oí las palabras perfectamente:

*Nosotros somos tuyos, eres nuestro amigo:
sé el guardián de nuestro camino.*

"Estas palabras avivaron muchos recuerdos en mi corazón. Empecé a pensar en mi niñez y en mi madre temerosa de Dios. Ella me había cantado muchas veces esa canción. Pero ella murió demasiado pronto. De otro modo, sin duda, mi vida habría sido diferente".

"Cuando hubo terminado su canción, me fue imposible apuntarle de nuevo. Yo pensé: 'El Señor que es capaz de salvar a este hombre de una muerte cierta debe ser sin duda grande y poderoso', y mi brazo cayó inadvertidamente a mi costado. Desde ese tiempo he vagado de un lugar a otro; pero cuando lo vi parado aquí, cantando como en esa otra ocasión, lo reconocí. Aquella vez, mi corazón fue herido por su canción; ahora deseo que usted me ayude a encontrar la cura para mi alma enferma".

Profundamente conmovido, Sankey echó sus brazos sobre el hombre que en la guerra había sido su enemigo. Y esa noche de Navidad los dos fueron juntos al pesebre de Belén.

Allí el extraño encontró a Aquel que era su común Salvador y Buen Pastor, que busca a la oveja perdida hasta que la encuentra, y cuando la ha hallado, la pone sobre sus hombros, gozoso.

(Adaptado de un tratado distribuido por la Pilgrim Tract Society).

TEMA DE PORTADA

Cómo asumir el legado y enfrentar los nuevos desafíos.



La segunda generación

Christian Chen
USA

Lecturas: Esdras 1: 1-3, 5; 2: 1-2; 7: 1, 6-7.

Estas son algunas importantes porciones del libro de Esdras, y sabemos que, en la historia de Israel, eso ocurrió unos 500 ó 600 años antes de Cristo. El pueblo de Israel había sido llevado cautivo a Babilonia, y según la profecía de Jere-

mías, ellos permanecerían en Babilonia por setenta años, y luego regresarían a Jerusalén.

Cuando leemos Esdras capítulo 1 vemos que, después de setenta años, el espíritu del pueblo de Israel fue alentado, y muchos quisieron regre-

sar a Jerusalén y reconstruir el templo de Dios. Durante setenta años, el templo estuvo en ruinas, y Jerusalén era una ciudad vacía. Entonces, unas cincuenta mil personas, bajo la conducción de Zorobabel, regresaron a Jerusalén, y edificaron primero el altar, sobre el fundamento original, y luego reconstruyeron el templo. Este es el contexto cuando leemos los capítulos 1, 2 y 3.

Cuando Israel fue llevado cautivo a Babilonia, Nabucodonosor sitió la ciudad de Jerusalén y la quemó, y en el templo no dejó piedra sobre piedra. Este hecho dio origen al maravilloso libro de Lamentaciones. Cuando el rey Nabucodonosor tomó la ciudad y le puso fuego, según la tradición de los judíos, Jeremías estaba escondido en algún lugar cerca del Gólgota – donde más tarde murió Jesús en la cruz– desde donde podía ver la puerta de Damasco. Y cuando toda la ciudad estaba en llamas, el fuego celestial estaba en los huesos de Jeremías, y entonces el profeta lloró, y escribió el libro de Lamentaciones. Jeremías lloró sobre Jerusalén.

¿Cuál es el significado de Jerusalén? En la Biblia, siempre Jerusalén habla del testimonio de Dios, porque dentro de la ciudad estaba el templo, que representa la presencia de Dios. La razón por la cual Jerusalén es una ciudad única es porque allí está el templo de Dios. La ciudad de Jerusalén representa el testimonio de Dios, y el templo representa la presencia de Dios. Entonces, el testimonio de Dios es derivado de la presencia de Dios. Este es un principio muy importante.

Ahora, en el principio, en el tiempo de Salomón, cuando el templo y la ciudad estaban en los días de gloria, la presencia de Dios estaba allí, el testimonio de Dios estaba allí. Esa era la visión del pueblo de Israel. Pero, por desgracia, ellos le fallaron a Dios y adoraron a los ídolos, y Dios permitió entonces que Nabucodonosor sitiara la ciudad, y fueran llevados cautivos a Babilonia.

Del templo no quedó piedra sobre piedra. El pueblo de Israel fue como un árbol desarraigado y llevado a un lugar muy remoto: Babilonia. Según profetizó Jeremías, ellos permanecerían allí durante setenta años, y después regresarían a Jerusalén.

La iglesia cautiva en Babilonia

¿Por qué hablamos acerca de esto? Porque, si estudiamos la historia de la iglesia, veremos claramente que la iglesia también estuvo cautiva en Babilonia. *Babilonia* significa *confusión*. Cuando los judíos estaban cautivos y vivían en Babilonia, Jerusalén estaba vacía, y la casa de Dios en ruinas. Fue el tiempo más trágico en la historia de Israel. El testimonio de Dios estaba en desolación.

Pero Dios les había prometido que, después de setenta años, ellos regresarían a Jerusalén. Entonces, el testimonio de Dios sería restaurado. Y antes de que eso ocurriera, la casa de Dios debería ser reconstruida. Esto indica que debemos tener primero la presencia de Dios, y luego tendremos el testimonio.

Hace muchos años atrás en la historia, la iglesia estuvo cautiva en Babilonia. Pero hoy, ¿dónde está el

testimonio? ¿Dónde está el testimonio colectivo? Primero, cuando nos reunimos como iglesia, experimentamos la presencia de Dios, y desde esa presencia, será manifestada la gloria y la hermosura de Cristo. Entonces el mundo sabrá que hay un candelero allí.

La iglesia en el comienzo era así. Cuando los santos se reúnen, esa es la casa de Dios; allí está la presencia del Señor, allí el nombre de Jesús es exaltado. En aquel lugar, cuando la gloria y la hermosura de Cristo se manifiestan, las personas dirán: 'Ese es el testimonio de Dios'. Por eso, en Apocalipsis, vemos siete iglesias en Asia Menor, representadas por siete candeleros.

Cuando la iglesia está en una condición de normalidad, debería ser así. En cada localidad, en todo lugar, se debería ver el testimonio de Dios – el testimonio del Señor en Taipéi, en Tokio, en Seúl, en Sao Paulo, en Santiago, en todo lugar. Ese es el propósito de Dios. Pero si conocemos la historia de la iglesia, y observamos alrededor lo que ocurre en nuestros días, veremos que la iglesia ha sido de nuevo llevada cautiva a Babilonia.

Babilonia significa confusión. Hoy día la gente está confundida acerca de la verdad de la iglesia. Muchos dicen: 'Dejé mi paraguas en la iglesia'. En su mente, la iglesia es un edificio. Esto es una confusión. En la Biblia, la iglesia es el cuerpo de Cristo. ¿Cómo puedes dejar tu paraguas en el cuerpo? Algunos médicos incompetentes hacen eso: cuando operan a alguien, dejan unas tijeras en su interior. Eso es posible. Pero es imposible que tú

puedas dejar tu paraguas en el cuerpo de Cristo.

Ahora sabemos por qué muchos están confundidos. La gente piensa que la iglesia es una institución. Cuando llegas a la iglesia, tú sabes cómo comportarte, tienes un programa, sabes cómo cantar, sabes cómo orar, sabes que habrá un mensaje. Es un lugar de adoración, un tipo de institución. Alguien va a compartir la Palabra, alguien muy espiritual va a leer la Biblia para todos. Sólo tienes que ir el día domingo y escuchar, y eso es todo. Hermanos, todo eso es confusión.

¿Qué es la iglesia? Sabemos que es el cuerpo de Cristo. Si es el cuerpo, cada miembro debería estar funcionando. Sin embargo, ¿por qué hoy, cuando miramos alrededor, descubrimos que sólo hay uno o dos miembros activos? De nuevo, esto es confusión. Y muchas personas piensan que la iglesia no es nada más que una congregación. Ahora, en esencia, eso es verdad. Pero, cuando todos nos reunimos, debemos hacer algo. Si miramos alrededor, vemos que hay confusión. Otra vez, la iglesia ha sido llevada cautiva a Babilonia.

Movimientos de restauración

Cuando la iglesia estuvo en la Edad Oscura, fue así. Pero, gracias a Dios, porque Martín Lutero, Juan Calvino, Zwínglio, aquellos grandes reformadores, realmente condujeron al pueblo de Dios de regreso a Jerusalén. No más confusión. En los días previos a la Reforma, la gente vendía indulgencias, no conocían ni siquiera la salvación, la Biblia estaba encade-

nada. No es de sorprender que la condición de la iglesia en aquel tiempo fuese de absoluta confusión.

Gracias a Dios, por medio de Martín Lutero y esos maravillosos siervos de Dios, la iglesia fue conducida de vuelta a Jerusalén, al fundamento original. Ellos reedificaron el altar y también edificaron la casa. Gracias a Dios, de esa forma, vemos que algunos regresaron a Jerusalén. Ahora estaba nuevamente la presencia del Señor, y también el testimonio del Señor.

Hermanos, en la primera generación, todo estaba muy bien, lleno de vida. Pero, en la segunda generación, se perdió gradualmente la visión. Ahora guardaban la tradición. En la primera generación, la copa de bendición estaba llena; pero en la segunda generación, sólo estaba a medias. En la tercera generación, casi toda la bendición se había ido: solamente quedó la copa.

Pero el Señor levantó otras personas, hubo otro avivamiento, otra primera generación. Otra vez regresaron a Jerusalén. Sin embargo, cuando la bendición se fue, la confusión llegó de nuevo. Así, el pueblo estaba otra vez en Babilonia. Entonces, hubo otro despertar – surgió el gran avivamiento en Inglaterra.

Por medio de Martín Lutero, vino la justificación por la fe; por medio de Juan Wesley, la santificación por la fe. Grandes avivamientos. Gracias al Señor por todo aquello. Otra vez, por medio del liderazgo de Juan Wesley, fuimos conducidos de regreso a Jerusalén. Ahora conocemos mucho mejor la voluntad de Dios. No sólo cono-

ceamos la posición de la justificación por la fe. Según esa posición, ahora podemos vivir una vida de santificación. Ahora producimos los frutos de la santificación.

Hermanos, gracias al Señor, hoy día debemos mucho a Martín Lutero, a Juan Wesley y muchos otros. Gracias a Dios, la primera generación fue maravillosa. La copa estaba llena. Pero cuando llegamos a la segunda generación, sólo vemos la mitad de la copa. Y en la tercera generación, toda la bendición ya se fue.

Entonces, en Inglaterra, el Señor levantó a John Nelson Darby y a George Müller. Gracias a Dios, otra vez regresamos a Jerusalén.

La primera generación, duró solamente veinte años, desde 1828 a 1848. Aquel fue un maravilloso mover del Espíritu Santo. Según un erudito llamado D.M. Panton, el movimiento de los Hermanos fue mucho mayor que el de la Reforma. La Reforma fue posible no sólo debido a la obra del Espíritu Santo, sino también con la ayuda de los príncipes y nobles alemanes. Martín Lutero fue protegido por las armas carnales. Por eso hubo tan-

En la primera generación, todo estaba muy bien, lleno de vida. Pero, en la segunda generación, ellos perdieron gradualmente la visión.

to éxito. Pero si conoces lo que el Señor hizo en Inglaterra, este otro movimiento fue más grande; su influencia es mucho mayor de lo que nosotros imaginamos.

Dios hizo una obra maravillosa, y así otra vez el pueblo regresó a Jerusalén. Los primeros veinte años fueron años de oro, llenos de bendiciones. Los estudiantes eran maestros de los demás.

Esto ocurrió en la primera generación. Pero en la segunda generación, fue sólo a medias, y ya estaban guardando la tradición. En el comienzo, hay revelación directa de Dios. Todo es vivo. Tú percibes la presencia de Dios, y tienes el testimonio. Pero al llegar a la tercera generación, está la copa vacía, y ahora vemos una copa, dos copas, tres copas. Hoy, si miras a tu alrededor, ves más de mil copas.

En el principio, cada copa tenía razón para gloriarse, porque estaba llena de bendición. Pero cuando la presencia de Dios se ha ido, ¿qué tienen ellos? Ahora comparan sus copas: 'Mi copa es mejor que la tuya'. Ahora estamos todos divididos. Hermanos, sólo hay un cuerpo de Cristo. Sin embargo, hoy, debido a que todos tenemos diferentes doctrinas, diferentes experiencias; diferencias culturales, diferencias de clases, todo eso nos divide.

Recuerden a nuestro Señor Jesús en aquel aposento alto. Él oró tres veces. La primera vez, oró por sus doce discípulos. «Padre ... que sean uno, como nosotros» (Juan 17:11). Luego, él oró por la iglesia, «...para que sean uno, así como nosotros somos uno» (Juan 17:22). ¿Por qué? Nuestro Señor

sabía muy bien. Él es el Profeta; él podía ver el futuro lejano.

La soledad del Señor

Antes de orar, ¿qué dijo nuestro Señor a sus discípulos? «Vendrá el día en que todos seréis esparcidos; cada uno regresará a su propia casa, y yo me quedaré solo». ¿Qué significa eso? Cuando nuestro Señor Jesús fue arrestado, los discípulos huyeron para salvar sus vidas. ¿Piensas que el Señor se estaba refiriendo sólo al momento de Getsemaní? Si es así, ¿cómo explicar que cada uno se fuera a su propia casa?

Entre los doce discípulos, sabemos que sólo Juan tenía una casa en Jerusalén. Por eso es que Jesús encargó a su madre, María, a Juan. ¿Qué significa eso entonces? Significa que aquella profecía no sólo era aplicable al primer siglo, no sólo a los doce discípulos. Según nuestro Señor, la iglesia de Dios estaría esparcida: 'Cada uno de ustedes tiene su propia casa. En esa iglesia te sientes confortable, o te vas a otra iglesia porque allá te sientes más confortable. Tú tienes tu casa, él tiene su casa, cada uno tiene su casa. Pero yo fui dejado solo'.

Hermanos, hoy, cuando vemos tantas divisiones, cuando vemos a todos los hijos de Dios esparcidos, ¿quién es el más solitario? El Señor dijo al pueblo de Israel cuando lloró sobre Jerusalén: «Tu propia casa». Cuando el Señor era un adolescente, a los doce años de edad, él dijo: «¿No debería yo estar en la casa de mi Padre?».

Él llamó al templo de Dios, la casa de su Padre. Más tarde, cuando el Se-

ñor lloró sobre Jerusalén, él dijo: «Jerusalén, Jerusalén...». Él se acordó del llanto de Jeremías, ¿y qué dijo? «Yo dejaré *vuestra* casa desierta». No dijo «la casa de mi Padre». Hermanos, esa es la confusión.

Hoy día, cuando estamos todos divididos y esparcidos, nos preguntamos: ¿Responderá el Padre celestial la oración de nuestro Señor? «Que ellos sean uno, como nosotros somos uno».

Algunas veces nuestras oraciones no son respondidas, y hay alguna razón para ello. Pero, piensa que es imposible para el Padre celestial negar la súplica que nuestro Señor hizo antes de ser crucificado. Él oró por sus doce discípulos, y oró por la iglesia en general. Él sabía que un día todos estarían esparcidos. 'Tú tienes tu

copa; yo tengo otra copa. Ven a mi copa'.

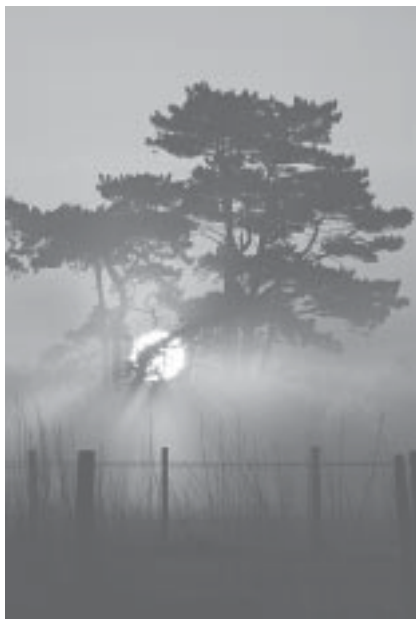
Hermano, ¿qué estás mostrando a los demás? ¿Una copa vacía? ¿Una institución? ¿Nada más que una copa? ¿Nada más que una organización? ¿Nada más que un programa? ¿Nada más que una práctica? 'Hermanos y hermanas, vengan a nuestra casa. Vengan aquí, vayan allá'. Ahora están todos esparcidos. Sin embargo, nuestro Señor Jesús dijo: «Me han dejado completamente solo».

Hermano y hermana, si de veras oyes el llanto del verdadero Jeremías, tu corazón tendrá que ser conmovido. Desearás regresar a Jerusalén. Yo pienso que eso es lo que el Señor está haciendo hoy día en Chile. Gracias al Señor por esta tierra. Este es el país más largo del mundo, y cuando venimos a Chile casi llegamos al fin del mundo, porque está lejos de la plataforma del centro del mundo, y aun lejos del centro del mundo religioso, lejos del centro del así llamado mundo cristiano.

Una obra original del Espíritu Santo

El Espíritu Santo puede hacer una obra única, no influenciada por los misioneros americanos o europeos. Hace muchos años atrás, los jóvenes fueron capaces de recibir la dirección del Espíritu Santo, y fueron tocados por el Señor. Como Zorobabel, como Josué, regresaron a Jerusalén, regresaron a la voluntad de Dios. ¡Gracias a Dios!

Qué maravillosa obra del Señor: la reedificación del altar, la reconstrucción del templo, y finalmente la reconstrucción de la ciudad. En el al-



tar vemos nuestra consagración; en la casa de Dios, encontramos la presencia de Dios.

Ahora, cuando oímos la voz del llanto de nuestro verdadero Profeta, y cuando respondemos al llamamiento de nuestro Maestro, y nos reunimos como uno, ¿qué significa eso? Significa que, de alguna manera, Dios está respondiendo la oración de nuestro Señor Jesús, a lo menos en Temuco, a lo menos en Santiago, a lo menos en algún otro lugar. ¿Se dan cuenta? De alguna forma, aquella oración está siendo maravillosamente cumplida.

¿Qué desean ustedes, hermanos y hermanas? Naturalmente, ustedes desean la voluntad de Dios, quieren satisfacer el corazón de nuestro Señor. El corazón del Señor está representado por Su oración: «...*para que sean uno, así como nosotros somos uno*».

Esta es la primera generación, llena de bendición, llena de agua viva. Yo siempre digo a muchas personas en los Estados Unidos y en muchos otros lugares: 'Si visitas Chile, atravesar los Andes es una experiencia maravillosa; pero si visitas a los santos de allí, hallarás una cosa que es única, algo que es original'.

Toda obra del Espíritu Santo debe ser algo original, debe ser algo nuevo. No es algo que se tomó de Estados Unidos, de Alemania o de otra parte. La obra en este lugar no es una extensión de la obra en los Estados Unidos; es la obra del Espíritu Santo en esta localidad. Es por eso que el testimonio ha sido preservado de una forma maravillosa. Pero es necesario

esperar... esperar... y esperar, para ver si esto es sólo para la primera generación.

Aprendiendo las lecciones de la historia

Si lees tu Biblia o la historia de la iglesia, aprenderás todas las lecciones a partir de la historia. Tenemos una primera generación, llena de bendiciones, de revelación. Pero cuando llegamos a la segunda generación, ellos no ven mucho, pero han oído mucho. Son sostenidos por los más antiguos.

En aquella generación, todo había sido dirigido por el Espíritu Santo. Pero ahora saben cómo reunirse, saben cómo hacer esto o aquello. Como hay muchos frutos, ellos pasan el método a la generación más joven.

Cuando la generación más joven conoce el método, ¡ah, qué maravilloso! ¡Ah, funciona! Entonces, ellos tienen el método, y ya no es necesario ir más a la presencia del Señor. Ya no van para recibir revelación; la tradición es buena y suficiente.

La primera generación tiene revelación y bendición. La segunda, tiene tradición y tradición. Todo llega a ser fácil; no necesitas estudiar la Biblia, ni necesitas orar. Ya conoces la voluntad de Dios. ¿Cuál es la voluntad de Dios? 'Es lo que los ancianos me hablaron, lo que la primera generación me contó'.

Hermanos, vean el peligro aquí. En la segunda generación, la copa está a medias, y al llegar la tercera generación, casi todo es tradición; sólo está la copa. Es por eso que en la historia de la iglesia de hoy hay tantas copas – miles de copas.

Ahora, hermanos, vamos a aprender algunas lecciones de la historia de la iglesia, de cómo este testimonio maravilloso debe ser preservado. Sabremos que será preservado, si en la primera generación la copa está llena y en la segunda generación la copa permanece llena. ¿Qué significa eso? Que en la primera generación, ellos tenían un contacto vivo con la fuente de vida. La generación más joven, nuevamente, tiene que tener una experiencia de primera mano.

Hermano, tú que perteneces a la primera generación, sé cuidadoso. Tu responsabilidad es traer a la generación más joven a la presencia del Señor. El Espíritu Santo sabrá cómo enseñarles. La unción está en ellos. Nosotros no debemos usurpar el lugar del Espíritu Santo. Sólo así vamos a mantener cada generación con vida. Eso es muy importante.

Esdras y la segunda generación

Ahora bien, cuando estudiamos el libro de Esdras, y llegamos al capítulo 7, vemos algo muy interesante. En el capítulo 1, la primera generación regresó a Jerusalén, conducidos por Zorobabel y Josué. Pero, luego, en el capítulo 7, tenemos la generación más joven, la segunda generación, conducida por Esdras. Y Esdras era un escriba que había nacido en Babilonia.

Para Zorobabel, el regreso a Jerusalén tenía una motivación. Él había dejado Jerusalén cuando era joven, y al regresar tenía como noventa años de edad. Añoraba su casa; su hogar era Jerusalén. Por emoción, anhelaba regresar. Pero Esdras había nacido en

Babilonia. Y todos los jóvenes nacidos en Babilonia tenían su futuro en Babilonia. Ellos nunca habían visto Jerusalén. Jerusalén era una ciudad vacía, una ciudad muerta. ¡En cambio, mira Babilonia!

Esdras había nacido en Babilonia. Todo su brillante futuro estaba allí. Sin embargo, de alguna forma, Dios estaba obrando en Babilonia, en medio de la confusión. Si tú vives en Jerusalén, todo está claro; si vives en este otro mundo, todo es confuso. Esdras nació y creció en aquel ambiente donde se adoraban ídolos, pero de alguna forma él buscó la palabra de Dios, y tomó una determinación: él quería conocer la palabra de Dios.

Esdras no tenía un motivo para ir a Jerusalén. Sin embargo, gracias a Dios, la palabra de Dios lo cautivó, y Esdras llegó a ser el gran escriba. Por medio de él fueron reunidos los 39 libros del Antiguo Testamento. Cuando llegamos al tiempo de Esdras, por primera vez tenemos completa la revelación del Antiguo Testamento.

Hermanos, el Señor puede hacer algo más allá de nuestra imaginación. La primera generación nunca pensó que el Espíritu de Dios tenía un maravilloso depósito aun en Babilonia. Y entonces este joven, aunque tenía un futuro brillante en Babilonia, volvió las espaldas a ese mundo y llegó a Jerusalén. ¿Qué significa eso? Que aunque la segunda generación nació con revelación de primera mano, la segunda generación puede llegar a ser más rica que la primera.

Ustedes, los padres, deberían es-

tar muy orgullosos de que sus hijos e hijas sean mucho mejores que ustedes, más exitosos y más inteligentes que ustedes. Ese es el éxito de esta maravillosa familia. No me digas que tus hijos tienen sólo la mitad de tu habilidad, y tus nietos la mitad de la habilidad de tus hijos. Si es así, tu familia está yendo cada vez más abajo. ¿Cómo sabemos que una familia está yendo arriba, arriba y arriba? En que tus hijos son mejores que tú, tienen más éxito que tú, y tú no tienes celos de ellos; tú estás contento con ellos. Y cuando alcanzas a ver a los nietos, mucho mejor todavía. Así debe ser una familia que ha sido bendecida por Dios.

Lo mismo se aplica a la familia de Dios. Si el testimonio ha sido preservado, tenemos que estudiar el libro de Esdras. No sólo la primera generación, sino también la segunda generación.

Ahora, para la primera generación está la tarea del fundamento. Ellos regresan al fundamento; edifican el altar y luego la casa. Por veinte años, su obra es una obra de fundación.

La contribución de Esdras

Entonces, ¿cuál es la contribución de Esdras? Al estudiar este libro cuidadosamente, vemos que él tuvo dos contribuciones. Primero, él intentó *embellecer el templo*. Si traducimos esto al lenguaje del Nuevo Testamento, significa que la iglesia debe crecer hacia la madurez. En la primera generación, el fundamento está seguro. Pero ahora, en la segunda generación, Esdras no construyó otro tem-

plo. No. Él está haciendo algo sobre el fundamento original; él va a embellecer el templo. Es la iglesia como segunda generación.

Recuerden, la iglesia no es sólo algo exacto, algo 'correcto' de acuerdo al entendimiento de la verdad. Todo esto es maravilloso. Pero la iglesia, el cuerpo de Cristo, debería crecer. Entonces, ¿qué significa embellecer el templo? Muy simple. A través de la segunda generación, la iglesia llega a ser mucho más hermosa, más madura, sin mancha, presentada a Cristo como una iglesia gloriosa.

¿Por qué Esdras regresó? Él sabía, por la palabra profética del Antiguo Testamento, que cuando el Mesías viniera, entraría en el templo. Entonces, Jerusalén tenía que ser reedificada y el templo embellecido. Esdras regresó porque él sabía que el Mesías vendría pronto. Esdras regresó por amor al Mesías. Inconscientemente, él regresó a Jerusalén, para que Jesús pudiera nacer en Belén. Y en el día octavo, Él pudiera entrar en el templo.

Hermanos y hermanas, ¿lo vemos ahora? La generación más joven está, sin duda, más cerca del regreso del

Si de veras oyes el llanto del verdadero Jeremías, tu corazón tendrá que ser conmovido. Desearás regresar a Jerusalén.

Señor que la primera, y se supone que ellos deben recibir el regreso de su Maestro. Naturalmente, la iglesia tiene que madurar. Es claro que el templo tiene que ser hermoso. Esa es la primera contribución.

La segunda contribución de Esdras es *la restauración de la autoridad de la palabra de Dios*. Recuerden que cuando Esdras leyó la Palabra, muchas personas lloraron, fueron tocadas por la Palabra. Entonces, la generación más joven debería tener una Palabra mucho más rica que la primera generación.

Hermanos y hermanas, ¿cómo puede la iglesia ser gloriosa, sin mancha y sin arruga? La Biblia dice: Por la Palabra, por el agua de la Palabra. Esa «palabra», en el original griego, es *Rhema*, la palabra de vida.

Cuando nuestros jóvenes, en estos días, estudian las Escrituras, ellos estudian el *Logos*, están aplicando su corazón al estudio del *Logos*. Ellos cuentan con mejores condiciones que los de la primera generación, manejan el inglés, conocen los computadores, saben cómo utilizar libros de referencias. Entonces, están listos para la Palabra. Pero también viven en la presencia del Señor, y el Espíritu Santo hablará otra vez a esta generación más joven, y aquel *Logos* se volverá entonces una palabra viva. Esta es la contribución de Esdras, esta es la contribución de la generación más joven.

La responsabilidad de la primera generación

Entonces, hermanos, si el Señor es misericordioso con nosotros, si él se

tarda en regresar, nuestra historia no se reducirá sólo a los primeros capítulos del libro de Esdras, sino que deberíamos alcanzar además la experiencia del capítulo 7 del libro de Esdras.

Ahora, hermano, ¿cómo sabes si el Señor no levantará aquí mismo a algunos como Esdras o como Nehemías? Así que no se desanimen. Aunque aquéllos estuvieron cautivos en Babilonia, aunque allí todo era confusión, había esperanza. Piensen esto: Cuando el pueblo de Israel estaba cautivo en Babilonia, ésta era una súper potencia en aquel tiempo. Parecía imposible que algún día ellos pudieran ser liberados del poder de Babilonia. Pero aún así, Dios pudo hacer una obra maravillosa.

Entonces, la primera generación tiene una gran responsabilidad. No puedes quedarte sin hacer nada. Tu mejor contribución es orar por ellos.

Tú conoces el poder de la oración de los padres. Ustedes conocen muy bien a San Agustín. Él fue uno de los mayores pecadores de la historia; pero llegó a ser también uno de los grandes filósofos, uno de los grandes pensadores del mundo.

¿Cómo se puede combinar un gran pensador con un gran pecador? Era un gran pecador, porque era un gran pensador. Él era un joven profesor en aquel tiempo. Era muy promisorio, pero estaba lejos de Dios. Su madre, Mónica, oraba fervientemente por la salvación de su hijo. En sí misma, ella no podía imaginarse que su hijo sería salvo. Pero, para su sorpresa, debido a su oración, aquel gran pecador llegó a ser uno de los mayo-

res santos en la historia. No importa en qué condición están tus hijos, tu oración es la contribución más importante.

Gracias a Dios, tú perteneces a la primera generación, hallaste al Señor en una experiencia de primera mano. Tu copa está llena, pero, ¿qué decir de la generación más joven? ¿Qué decir de los próximos diez años, si el Señor se tarda? Hermanos, esa es la responsabilidad de la primera generación.

El segundo punto: «*No provoquéis a ira a vuestros hijos...*». Según la Biblia, ¿qué significa eso? Que no deberías frustrar o debilitar su ambición delante del Señor. Que tu familia sea una atmósfera llena de amor, alentándolos. Los jóvenes pueden fácilmente ser alentados. Cuando son jóvenes, les gusta competir, quieren ser el número 1, quieren ser superiores. Así son los jóvenes. Entonces, hermano, intenta ayudarlos, animarlos siempre a ser superiores y mejores en el reino de los cielos.

Finalmente, hay una lección muy importante que debemos aprender.

Anoche empleamos tres horas estudiando el libro de Ester. Es un drama. En aquel drama había un hombre llamado Amán. Debido a que el rey puso a Amán en una posición elevada, todos debían honrar a Amán. Pero había también otro personaje llamado Mardoqueo. Como judío, él se negó a arrodillarse delante de Amán. Amán estaba tan furioso, que no sólo quería matar a Mardoqueo, sino a todo el pueblo al cual éste pertenecía.

Conocemos ese drama. Si Amán realmente hubiera logrado su obje-

vo, no sólo Mardoqueo hubiera muerto, sino también su pueblo habría sido exterminado. En aquel libro, vemos que en el principio Mardoqueo, el hombre correcto, estaba afuera, y Amán, el hombre incorrecto, estaba adentro. Amán representa nuestra carne, y Mardoqueo representa al Espíritu Santo.

El Espíritu Santo tiene que luchar contra nuestra carne; esa es la historia del libro de Ester. Pero, escuchén cuidadosamente: Aparentemente, Amán sólo intentaba matar a Mardoqueo y su pueblo. Pero al estudiar con cuidado la cronología del libro de Ester y del libro de Esdras, descubrimos que el drama de Ester ocurrió entre el retorno de la primera generación y el de la segunda generación a Jerusalén, entre Zorobabel y Esdras.

Si Amán hubiera logrado su objetivo, es decir, si nuestra carne lograra su propósito, no sólo nosotros sufriríamos la pérdida, y no sólo el testimonio de Dios estaría en peligro. Más aún, si Amán lograba su objetivo, no habría Esdras; habría sido imposible que Esdras naciera en Babilonia. El enemigo de Dios sabía muy bien que aunque él no hubiese podido impedir que la primera generación volviese a Jerusalén, tendría una forma de detener a la segunda generación.

Ahora, la primera generación estaba llena de bendiciones; la segunda, tendría sólo la mitad. Solamente cuando la segunda generación, como Esdras, regresase a Jerusalén, sólo entonces se mantendría la misma bendición en plenitud. Entonces, el enemigo trata de frustrar la obra de

Dios – y eso lo conocemos muy bien. Entonces, hermano y hermana, por esa razón, tú que perteneces a la primera generación, ora por los más jóvenes.

Toda vez que nuestro Amán está en el trono, toda vez que permitimos que la carne sea exaltada, el resultado es muy simple: es imposible el nacimiento de Esdras. No habrá segunda generación.

Ustedes recuerdan que Amán era agageo, descendiente del rey Agag. ¿Quién es Agag? Recuerden la historia de Saúl. Dios pidió a Saúl que tratara con los amalecitas, que los exterminase, y que no ocupase nada de ellos, ni animales ni hombres. Pero Saúl desobedeció a Dios; él guardó los bueyes y las ovejas, y dijo: 'Guardé esto para sacrificarlo a Dios'. Por

eso, Samuel le dijo: «La obediencia es mejor que los sacrificios». Y más aún, Saúl no mató a Agag.

En la Biblia, los amalecitas representan la carne. Si no matas a Agag, un día el agageo te va a matar a ti. Si hoy no matas la carne, un día la carne no te dará ninguna oportunidad: te matará. Y, finalmente, la carne exterminará a la generación más joven. Hermanos, esa es la tragedia. Que el Señor hable a nuestros corazones.

Hoy no es el método, ni alguna doctrina, ni alguna luz acerca de la iglesia. Hermanos, no. Todo depende de que aprendamos nuestra lección delante del Señor. Nuestra alma debe descubrir que el adversario, el enemigo, es este perverso Amán. Cuando a nuestro espíritu le es revelado por el Espíritu Santo el verdadero color de nuestra carne, entonces nuestra carne estará en la cruz.

Cuando eso ocurre, y también cuando Mardoqueo está en el trono, toda la iglesia es controlada por el Espíritu Santo. Cristo es nuestra cabeza. Cuando el hombre correcto está adentro y el hombre errado está afuera, ese es el final del maravilloso drama del libro de Ester. De esta manera, entonces, la generación más joven será preservada; todo el pueblo de Israel será preservado. No lo olviden.

De hecho, aquí tenemos dos vidas. Según la ley del pecado y de la muerte, todo el pueblo de Israel debería ser exterminado. Eso es cierto. Pero, ¿cómo vamos a cambiar toda la situación? La actitud de Ester es muy importante, cuando ella dice: «Si perezco, que perezca». Ella sabía que si iba a la presencia del rey, la conse-



cuencia sería la muerte. Hay dos muertes aquí: la muerte de Ester y la muerte del pueblo –la muerte del testimonio de Dios–, o la muerte de la segunda generación, la muerte de Esdras.

Para que Esdras pudiera ser preservado, Ester tiene una oración maravillosa: «Si yo perezco, que perezca». Hermano, cuando pierdas tu vida, salvarás tu vida. Pero cuando guardes tu vida, la perderás. Esta es una lección que debemos aprender.

Ahora hablo especialmente a la generación más antigua: Recuerden, si quieren preservar el testimonio de

Dios, si de alguna forma la vida de Esdras debe ser preservada, andemos en el Espíritu. Toma tu cruz, y sigue al Señor. No eleves tu carne al trono; ése no es su lugar. Nuestra carne debe estar en la cruz. Permitamos que Cristo sea todo y en todo; que el Espíritu Santo tenga el control total; que toda la iglesia sea llena del Espíritu Santo. Entonces, una cosa es cierta: Cuando pierdas tu vida, la ganarás. Perderás tu vida, pero Esdras será maravillosamente preservado.

Que el Señor hable a nuestros corazones.

(Mensaje impartido en Temuco, en septiembre de 2008).

* * *

¡Hazme como Joe!

Joe era un borracho que milagrosamente se había convertido en la Misión Bowery. Antes de su conversión, se había ganado la fama de ser un sucio bebedor para quien no había esperanza; era sólo una miserable existencia en el suburbio. Pero luego de su conversión a una nueva vida con Dios, todo cambió. Joe se transformó en la persona más atenta que la misión hubiera conocido. Él pasaba sus días y sus noches en la misión haciendo todo lo que era necesario. No había ninguna tarea que se le solicitara, la cual él considerase indigna de hacer. Ya sea para limpiar el vómito dejado por algún alcohólico muy enfermo, o para cepillar los inodoros, después que hombres descuidados dejaron el baño hecho una inmundicia, Joe hacía lo que se le pedía con una sonrisa en sus labios y una aparente gratitud por la oportunidad de poder ayudar. Se podía contar con él para dar de comer a hombres débiles que provenientes de la calle entraban en la misión, y para desvestir y llevar a la cama a otros que estaban demasiado perdidos como para cuidar de sí mismos.

Una tarde, mientras el director de la misión estaba dando su mensaje evangelístico a la usual multitud de hombres hoscos y silenciosos con sus cabezas gachas, hubo un hombre que levantó la mirada, vino por el pasillo hasta el altar y se arrodilló para orar, pidiéndole a Dios que le ayudase a cambiar. El borracho arrepentido no dejaba de gritar: "¡Oh Dios, hazme igual a Joe! ¡Hazme igual a Joe!".

El director de la misión se inclinó hacia adelante y le dijo al hombre: "Hijo, yo creo que sería mejor si orases, "Hazme igual a Jesús".

El hombre levantó la cabeza para mirar al director con una burlona expresión en su rostro y le preguntó: "¿Él es igual a Joe?".

Colaboración de José Lara, Van Nuys, California (USA).

TEMA DE PORTADA

Acerca de la administración de Dios y administradores.



Foto: Belo Horizonte (Brasil)

La economía de Dios

Gino Iafrancesco
Colombia

Vamos a leer en el capítulo 1 de Colosenses, los últimos versos desde el 24, para tener un contexto más amplio, y hasta los primeros versículos del capítulo 2.

Dice Pablo: «*Ahora me gozo en lo que padezco por vosotros...*». No era

que Pablo fuera masoquista, no era que él se gozara en el sufrimiento como un fin en sí mismo, sino porque él sabía que aquellas cosas que Dios permitía que él pasara iban a redundar en beneficio de la edificación de una casa para el Dios vivo.

«... y cumplo en mi carne lo que falta de las aflicciones de Cristo por su cuerpo, que es la iglesia». No dice aquí que a Cristo le falten aflicciones por su cuerpo; dice que a Pablo le falta más de las aflicciones de Cristo. La obra del Señor Jesucristo en la cruz fue consumada, y la obra de redención ya está completamente hecha por el Señor al morir por nosotros. La parte que él nos dio a nosotros no es para redención, sino para colaborar con la edificación. En nuestra carne se van cumpliendo, del monto de las aflicciones de Cristo, algunas pequeñas aflicciones. Pablo les llama pequeñas; en otra carta, él dice: «...esta leve tribulación momentánea produce en nosotros un cada vez más excelente peso de gloria».

La economía de Dios

Y luego dice: «...la iglesia, de la cual fui hecho ministro, según la **administración de Dios**». Aquí nos encontramos con una palabra, en este caso, *administración*, que en el original griego es *economía, oikonomía*, de *oiko* (hogar, casa) y *nomos* (norma o ley). *Oikonomía*, economía, la norma del hogar, la ley de la casa, el arreglo administrativo del reino de Dios. Entonces, Pablo, y cada uno de los miembros del cuerpo, somos hechos económicos según la economía de Dios, según el arreglo de Dios.

Si existe un propósito (y lo existe) de parte de Dios, existe también un arreglo administrativo, un plan estratégico de Dios, con sus etapas, para que ese propósito sea cumplido. La palabra de Dios nos habla del propio ser de Dios, o sea, del misterio de

Dios, que conocemos en Cristo; nos habla también del querer de Dios, o sea, un siguiente capítulo de esos misterios de Dios, el misterio de la voluntad divina.

Entonces, la Palabra nos revela su ser, y nos revela su querer, o sea, su objetivo, la meta que él se trazó. Pero también la Palabra revela a los santos la estrategia, el plan, para que ese propósito sea conseguido. Entonces, esa estrategia, ese arreglo, esa administración, es el misterio de la economía divina, que aquí fue llamada *administración*, y en otros versículos es llamada «la dispensación del cumplimiento de los tiempos».

Jesús, en la parábola del mayordomo, le llama *mayordomía*. Pablo, en la 1ª a los Corintios, le llama *comisión*, y escribiéndole a Timoteo, le llama *edificación*. Cinco palabras diferentes –por lo menos en la traducción de Reina y Valera–, traducciones válidas, pero solamente parciales, de una sola y única palabra en el original griego, que es *economía*.

O sea, que la economía incluye la dispensación –lo que Dios tiene que dar; la economía incluye la administración– de qué manera él se nos revela y él se nos da. Incluye también la mayordomía; porque él encomienda a personas esta administración, y por lo tanto, la mayordomía incluye también la comisión. Cuando Pablo dice en 1ª Corintios 9, «la comisión me ha sido encomendada», esa palabra en el original griego es «la economía me ha sido encomendada». Entonces, la economía divina es encomendada a la iglesia.

La palabra del Señor nos habla de

la *administración*, en varios planos. Por ejemplo, cuando les escribe Pablo a los obispos, o escribe de ellos en la 1ª Epístola a Tito, dice: «*El obispo, como administrador de Dios*». Es el propio Dios, al fin de cuentas y en última instancia, el que se está administrando, el que se está dando.

Dios decidió revelarse, y también Dios decidió darse. No sólo revelarse, sino darse; o sea, administrarse, pasarse a nosotros; darnos su vida, para que nosotros vivamos nuestra vida con la suya, vivamos todos los aspectos de la vida humana, normales, creados por el mismo Dios para la humanidad, pero que los vivamos con él. Dios quiere vivir su vida con nosotros, y que nosotros vivamos nuestra vida con él, y que nosotros vivamos su vida en nuestra vida.

Entonces, por eso se habla de la administración de Dios, y se habla de los ancianos, los obispos o *episkopos*, como administradores de Dios. Ellos lo hacen primero, para que después los santos también lo sean. En 1ª de Pedro 4:10, ahora el Espíritu Santo, por el apóstol Pedro, les llama a los santos en general de ser «*buenos administradores de la multiforme gracia de Dios*». Entonces, aparece también la gracia de Dios. El Nuevo Testamento, y especialmente Pablo, hablan de la administración de la gracia. Y Pedro, hablando de los santos, todos los santos, dice: «*Cada uno, según el don que ha recibido, minístrelo a los otros, como buenos ecónomos de la multiforme gracia de Dios*», o sea, la gracia de Dios siempre nueva, siempre especial, siempre fresca, siempre aplicada de manera muy particular; sin em-

bargo, a través de todos, pasando a través de los santos. Los santos, como buenos administradores o ecónomos de la multiforme gracia de Dios. Entonces, habló de la administración de Dios mismo y de la gracia de Dios.

Y en 1ª a los Corintios, capítulo 4, en los primeros versos, se habla también de otro aspecto de esa administración, porque Dios primeramente llega como vida, llega como gracia; pero la palabra del Señor nos habla de la luz de la vida. O sea, que la vida tiene luz. En el primer capítulo del evangelio de Juan, ustedes recuerdan que dice: «*En él estaba la vida –la vida eterna, la vida divina, la vida que estaba con Dios, y es Cristo– y la vida era –y sigue siendo– la luz de los hombres*».

«*La luz en las tinieblas resplandece*».

Una de las características de la vida es la luz. La vida, la luz y la verdad están íntimamente relacionadas y entrelazadas. Porque la vida tiene luz, y la luz alumbró los ojos de nuestro entendimiento. La luz de Dios es para ser administrada.

Los dos aspectos de la economía

En la palabra administración o economía vemos que existen dos aspectos: un aspecto íntimo, interior, que es aquello, o más bien, Aquel que se administra; pero también existe hacia dónde se administra. El hermano Watchman Nee escribió un libro, al que le puso un título muy interesante. Se llama «Cristo, la esencia de todas las cosas espirituales». Es un título larguísimo, para que pueda decir las cosas más completas, porque a veces, si el título fuera más corto, no di-

ría todo lo que tiene que decir. Podría haber dicho sólo «Cristo» el título, y sería muy bueno. Hubiera podido decir «Cristo, la esencia», y también sería muy bueno. Pero él continuó: «Cristo, la esencia de todas las cosas», y del singular –Cristo, la esencia–, pasó a la aplicación cotidiana, pasó a los múltiples desafíos, porque eso es la administración.

La administración es pasar desde el único, a todos. Como luego en 1ª a los Corintios, al final del capítulo 15, dice que después de que todo el reino haya sido sujetado al Hijo, entonces también el Hijo se sujetará al Padre. Y dice para qué: «...*para que Dios sea todo en todos*». O sea, Dios lo tiene que ser todo, pero en todos. O sea, Dios tiene que ser aplicado en todo.

Aquí vemos dos aspectos: el aspecto interior, cuando sale de la unidad de Dios, de la esencia divina, y cuando comienza a administrarse en dirección a muchos, y a varios y diferentes, y en estados diferentes, y con desafíos diferentes, y con problemas diferentes. Y el **único** tiene que ser aplicado en **todo**, y salir victorioso en todo, y ser la solución de todo, de cada cosa, de cada problema.

Cuando miramos al trono de

El Señor quiere ser Señor
no solamente en lo íntimo
de nuestros corazones,
sino ser aplicado en toda
nuestra vida cotidiana.

Dios, se nos dice que él mora en luz inaccesible (1ª Timoteo 6:16). Vamos a suponer que esa luz inaccesible es blanquísima. Cuando el Señor se reveló allá, dice que sus vestiduras eran tan blancas que resplandecían, más blancas que la nieve.

Pero, cuando aparece en el trono el Señor, en Apocalipsis 4, alrededor del trono hay un arco iris, y el arco iris es el lenguaje de la fidelidad del Señor hacia la creación. Él había destruido al mundo con un diluvio, y luego le promete al hombre que no va más a destruir el mundo con un diluvio de aguas. Y dice que él va a poner su arco en las nubes, no sólo para que nosotros lo veamos, sino para él mismo verlo y acordarse de nosotros.

Los colores del arco iris son muy variados, y todos ellos son parte del color original, del blanco. Podemos decir que ese blanco es Cristo, la esencia de todas las cosas espirituales. Pero él tiene que ser aplicado, él tiene que ser aplicado a través de muchas personas, él tiene que ser aplicado para todos los desafíos humanos, para que Dios lo sea todo en todo; que Dios esté en todo. Entonces, aquella luz blanca se descompone en colores. Y para este lado parece que es roja, y aquí es anaranjada, y aquí es amarilla, y aquí es verde, o azul, o añil, o violeta.

Esos siete colores, todos, son partes; son la diversidad en que se expresa la unidad. Entonces, hay una unidad, una esencia; pero una esencia que, según Dios, debe llenarlo todo, debe expresarse en toda la variedad. Dice que hay un Espíritu,

pero diversidad de dones; un Señor, pero diversidad de ministerios, de servicios; un solo Dios y Padre, pero diversidad de operaciones.

Entonces, el Señor tiene que estar-nos a la vez llevando y a la vez trayendo. Por eso es que él llama a su pueblo un reino sacerdotal, porque el aspecto sacerdotal es el que se vuelve hacia la unidad, es el que se vuelve constantemente hacia el Señor, para encontrarse con el Señor, y para no perderse en las cosas. Pero, cuando el sacerdote se vuelve al Señor, como dice Pedro: «Fuisteis llamados de las tinieblas a su luz admirable». Pero, entonces, a partir de ahí, el sacerdote tiene que salir en el nombre de Dios. Él tiene que impregnarse de Dios, tiene que conocer a Dios, tiene que recibir la impresión de Dios, tiene que conocer la naturaleza, el carácter y la voluntad perfecta de Dios, para que ahora sea expresado como rey. Ese sacerdote ahora sale como rey.

En el Nuevo Testamento, los sacerdotes son reyes también. Reyes y sacerdotes, un reino sacerdotal. En cuanto sacerdotes, conocemos al Señor detrás del velo; y en cuanto reyes, aplicamos al Señor fuera del velo. Pero no tiene que haber una gran diferencia entre adentro y afuera. El objetivo de Dios es administrarse; es aplicar lo que está dentro, afuera; la luz, salir en colores; el Espíritu, en dones; el Señor, en ministerios; Dios, en operaciones.

Así como el aceite pasa por distintos brazos del candelero y llena distintas lámparas, y esas lámparas, unas están en un brazo de la izquierda, y otro brazo de la derecha. Hay

candeleros en la Biblia, y esos candeleros tienen brazos, bien en la izquierda y bien en la derecha. Podríamos llamarles a los brazos de afuera, los 'ultra'. Como Simón el Zelote, por ejemplo; yo pienso que él como que provenía de la ultra izquierda. Y Mateo, como que venía de la ultra derecha. Pero se encontraron en la caña central, que es Cristo. ¡Se encontraron en el Señor!

El Señor es suficiente para responder los desafíos y las demandas, tanto de la izquierda como de la derecha. Porque es que él quiere ser Señor no sólo en lo íntimo de nuestros corazones, sino ser aplicado en toda nuestra vida cotidiana. Ser aplicado en nuestro arte, ser aplicado en nuestros mercados, en nuestras transacciones. No podemos dejar al Señor fuera de nuestras transacciones. El Señor tiene que llenarlo todo, incluso las transacciones comerciales.

Todo lo que es humano tiene que ser llenado por Dios. Dios tiene que administrarse, desde Dios, por Cristo; y de Cristo, por el Espíritu, a nuestro espíritu, a nuestra alma. Todos los aspectos de nuestra alma tienen que ser saturados por el Señor. Tenemos que amar al Señor con toda el alma, no sin el alma; con todo el corazón, con toda la mente, con todas las fuerzas.

El Señor tiene que llenarlo todo. Las cosas, sin el Señor, no tienen sentido, están vacías. Pero las cosas fueron creadas por el Señor; pero creadas para él mismo, creadas para ser sustentadas, llenadas, por él. Cuando el Señor ascendió, dice la Escritura, él ascendió con el objetivo de llenarlo

todo. Llenarlo todo. Entonces, el Padre, saliendo de sí mismo hacia nosotros, revelándosenos y dándosenos en Cristo y por el Espíritu, para llegar primeramente a nuestro espíritu.

Y en nuestro espíritu es donde nosotros tocamos la esencia, en nuestro espíritu es donde conocemos al Señor. Con nuestro espíritu es que somos impregnados de la naturaleza del Señor. Y de ahí en adelante, toca traducir al Señor con nuestra alma; y, con nuestro cuerpo, llevarlo a todas partes, portar al Señor; permitir que debajo del trono del Señor fluya el río, y ese río circule hacia el Lugar Santo, y circule hacia el atrio, y salga hacia el desierto, para que toda alma que se sumerja en el río del Espíritu, viva. Porque el Señor es la vida, y él es el que viene a dar vida a todas las cosas.

Entonces, existe un aspecto administrativo, un aspecto de interpretación, un aspecto de aplicación, y tenemos que estar siempre yendo y viniendo. Viniendo como sacerdotes, y saliendo, no de la presencia de Dios, mas saliendo en su nombre, en su representación, como reyes, para aplicar a Cristo en el trabajo.

Si el Señor hubiera querido que solamente estemos orando, no nos hubiera puesto en el jardín del Edén a trabajar, a cultivar el huerto, a guardarlo; sino que, al contrario, del río del Edén salían cuatro brazos, y comienza lo que es simple a volverse un poco más complejo, y a ir a los cuatro puntos cardinales. Y nos dice que uno de esos ríos nos llevaba a ciertos lugares donde había bedelio y había ónice. O sea que el río conduce

al hombre a los metales preciosos que el hombre quiere ver en sí mismo. Los seres humanos, cuando ven una piedra preciosa, se la quieren poner en la nariz, en las orejas, en los anillos, en el cuello, y ahora hasta en el ombligo.

Dios quiere hacernos preciosos. Él nos hizo de barro, pero él nos quiere hacer preciosos. Entonces, el río nos conduce hacia la edificación. Y edificación es el trabajo de sobreedificación a partir del fundamento. Edificación es la aplicación de Cristo a todos los desafíos, en todas las áreas de la vida. Entonces, la luz inaccesible del trono, cuando se dispensa, se convierte en arco iris. El aceite se convierte en la luz de siete lámparas. Número de plenitud a un lado y al otro lado, eso nos habla de la administración de Dios.

El objetivo final es que Dios lo llene todo, que no haya nada en lo cual Dios no esté, que no haya nada que no le haya sido sometido a Dios, que no haya ninguna cosa que se haga fuera del control y de la naturaleza y del gobierno bien lubricado y suave del Señor. Porque, a veces, nosotros nos volvemos cristianos de domingo, y tenemos eso del Señor para los cultos y para la adoración y para los domingos. Y si hay otra reunión de oración, amén, puede ser los miércoles... Pero el resto, nos lo quedamos nosotros.

Pero Dios quiere llenarlo todo en todo. Cristo ascendió para llenar todos los miércoles, todos los lunes, todos los martes, todos los lugares donde tengamos que ir, todas las tareas, todos los desafíos. En todas las áreas

El Señor debe ser aplicado a la plenitud del cuerpo, para la plenitud de los casos, y de las cosas y de los desafíos.

humanas, nada debe quedarse sin ser saturado por Cristo; por Dios, en Cristo, por el Espíritu.

Y la iglesia fue llamada a vivir en este mundo. «Padre, no pido que los saques del mundo. No son del mundo, pero no pido que los saques del mundo, sino que los guardes del mal». Nosotros tenemos una tarea que cumplir en este mundo; entonces, tenemos que cargar con el arca. Nosotros tenemos que portar al Señor; tenemos que introducir al Señor en el banco, en la escuela, en el trabajo, en el mercado, en el estudio, en todas partes.

¡Qué triste el banco sin el Señor, qué triste el estudio sin el Señor! ¡Qué triste es todo sin el Señor! ¡Todo es nada sin el Señor! Mas el Señor quiere ser todo en todo. Todo en todo; no vamos a dejarle nada al diablo. El Señor quiere todo; él quiere ser todo en todo. Todas las cosas que van apareciendo tienen que ser enfrentadas con el Señor.

Cristo para los diversos desafíos

En Apocalipsis aparece el Señor con distintas credenciales a las iglesias. Aparece, por ejemplo, cuando le habla a Éfeso, con unas credenciales

diferentes; cuando le habla a la iglesia en Esmirna, le habla con otras credenciales. Es el mismo Cristo. Todas esas credenciales que el Señor reparte entre las iglesias, en el capítulo 1 están integradas en la visión del Cristo glorioso, en el Cristo glorificado. Ahí están todos los detalles, ahí está en medio de los candeleros, ahí tiene las estrellas en su diestra, tiene la espada en su boca. Tiene todos los detalles que luego aplica diferenciadamente, según la iglesia lo necesita en distintos desafíos.

La iglesia en Éfeso corría el peligro de perder el candelero. El Señor le dice: «Si no te arrepientes, quitaré tu candelero». Entonces, ¿cómo se presenta el Señor a la iglesia en Éfeso? «El que tiene los siete candeleros dice esto». O sea, el peligro es enfrentado por lo que el Señor es. Él es el Señor de la completación; él es el Dios de la plenitud. A la iglesia, muchas veces, le gustan ciertas cosas y descuida otras, pero él es el Dios de la plenitud.

En cambio, la iglesia en Esmirna estaba en una situación diferente. La iglesia en Esmirna estaba en persecución, y el Señor estaba decidido a no ponerles más cargas a los hermanos que estaban en persecución. Solamente les pidió que fueran fieles hasta el final, hasta la muerte. Pero el Señor no les va a pedir a los santos que mueran, si él primero no ha muerto. Entonces, a otras iglesias él les dice otras cosas, pero a la iglesia en Esmirna le dice: «El que estuvo muerto y vivió es el que te dice esto».

Entonces, ¿cuál es la credencial que el Señor presenta a la iglesia en

Esmirna? Él pasó por la muerte; él pasó por el martirio. Y, si él le va a pedir a la iglesia soportar una prueba terrible, es porque él la soportó primero, y él venció, y ahora está vivo. «Estuve muerto, mas he aquí que vivo ... Sé fiel hasta la muerte, y yo te daré la corona de la vida ... Y el que venciere no sufrirá daño de la segunda muerte». De la primera sí, pero no de la segunda. Otros escapan, o quieren escaparse de la primera, pero ni de la primera se van a escapar, ni de la segunda. Pero los vencedores escaparán, de la primera, no; pero de la segunda, sí.

¿Se dan cuenta? No todas las veces que el Señor le habla a la iglesia le habla con las mismas credenciales. A cada iglesia le aplica un aspecto de sí mismo. Toda la iglesia necesita la

totalidad, pero en cierto momento requerimos al Señor como tal cosa, y en cierto momento requerimos al Señor como tal cosa. Esas cosas no pueden separarse del Señor. Sólo que el Señor, a veces, es paciencia; a veces, es amor; a veces, es gracia; a veces, es firmeza. Él es todas estas cosas, pero él sabe cuándo tiene que hablar fuerte, y cuándo tiene que hablar suave, cuándo tiene que dar una caricia y cuándo va a dar azotes. Él sabe cómo aplicar.

El Señor debe ser aplicado, y a eso es lo que se refiere la palabra administración – la plenitud del Señor siendo aplicada a la plenitud del cuerpo, para la plenitud de los casos, y de las cosas y de los desafíos.

(Extracto de un mensaje impartido en Temuco, en agosto de 2008).

* * *

Ser grande

No trates de ser algo grande; puede que derroches toda tu vida esperando la oportunidad que nunca se presenta. Pero como las cosas pequeñas siempre te llaman la atención, hazlas en cuanto vienen, con ánimo pronto, para la gloria de Dios, para ganar la sonrisa de su aprobación y hacer el bien a todos los hombres. Es más difícil caminar lentamente pero sin desanimarse y que nadie se dé cuenta, que ponernos en los lugares altos del campo a la vista de todos, y hacer proezas de valor que los ejércitos rivales se detengan a contemplar. Pero todo hecho callado así, coge la atención rápida y la recompensa última de Cristo.

Para cumplir fielmente las tareas de tu puesto, usa al máximo los dones de tu ministerio; lleva pacientemente el yugo de Dios y la incompreensión de los hombres malos; conténtate en ser un mártir que lleva la burla y la estaca; encuentra una característica noble en la gente que te es molesta; pon un giro bondadoso a los hechos y palabras poco amables; ama con el amor de Dios aun lo desagradecido y malo; conténtate en ser una fuente en medio de un valle silvestre de piedras, alimenta unos cuantos líquenes y flores silvestres, o de vez en cuando una oveja sedienta; y haz esto siempre, no buscando la alabanza de los hombres, sino por la causa de Dios – esto hace a uno grande.

F. B. Meyer

TEMA DE PORTADA

Como todas las cosas creadas, los cuatro seres vivientes también expresan a Cristo.

En la carta del apóstol Pablo a los Colosenses se hace una solemne declaración respecto de nuestro Señor Jesucristo: *«Porque en él fueron creadas todas las cosas, las que hay en los cielos y las que hay en la tierra, visibles e invisibles; sean tronos, sean dominios, sean principados, sean potestades; todo fue creado por medio de él y para él»* (Col. 1: 16).

En este texto se afirman importantes verdades. En primer lugar, con la expresión «todas las cosas» Pablo se refiere a la totalidad de la creación; la que existe en los cielos y la que existe en la tierra, visible e invisible. Por lo tanto, se refiere no sólo al hombre, los animales, las plantas y las flores, sino también a los ángeles, arcángeles, querubines y serafines. Todo fue creado en Cristo.

En segundo lugar, la expresión *«...en él fueron creadas todas las cosas»*

Los cuatro seres vivientes

Rubén Chacón

Foto: La Habana (Cuba)



La plenitud que manifestó nuestro Señor durante su vida en la tierra, está significada por los cuatro seres vivientes.

significa que todas las cosas fueron creadas pensando en el bendito Hijo de Dios. En efecto, él es la causa de todas las cosas «*y sin él, nada de lo que ha sido hecho fue hecho*» (Jn. 1: 3b). En tercer y último lugar, el texto declara que todo fue creado «para él». En otras palabras, todo fue creado para expresar a Cristo. La multiforme gracia y la multiforme sabiduría de Cristo requerían, para ser expresadas, de innumerables criaturas, y creadas en las más variadas y diversas formas, colores, diseños, estilos, especies y géneros. Cada especie de árbol y cada especie de animal fue creada para expresar un aspecto de la belleza y la gloria de Cristo.

Ahora bien, esto que se predica de toda la creación terrenal y visible, es también aplicable a todo el mundo angelical, invisible. Los ángeles con toda su diversidad de rangos y tipos, fueron creados también para expresar a Cristo. Aspectos especiales y particulares de Cristo son manifestados a través de la magnificencia del orden angelical.

Entre los seres angelicales que mencionan las Escrituras aparecen aquellos denominados como «*los cuatro seres vivientes*» (Ez. 1: 5; Ap. 4: 6).

Según el profeta Ezequiel, cada uno de estos cuatro seres vivientes tiene cuatro caras: cara de hombre, de león, de buey y de águila. Si estos seres angelicales fueron creados –al igual que el resto de la creación– para expresar a Cristo, ¿cuál es entonces su significado espiritual? ¿Qué aspectos de Cristo nos quieren revelar?

Fijémonos en primer lugar en la reiteración del número cuatro. Son cuatro seres y cada uno con cuatro caras y cuatro alas. ¿Cuál es el significado del número cuatro en las Escrituras? Según el hermano Christian Chen, «el número tres significa la perfección divina con especial referencia a la Trinidad. El número cuatro debería marcar entonces aquello que se sigue de la revelación de Dios en la Trinidad, esto es, sus obras creadoras». En otras palabras, el número cuatro representa todo lo creado. Ahora bien, el número cuatro aplicado a lo terrenal, significa la totalidad terrenal. Por ello, las expresiones bíblicas: «*los cuatro confines de la tierra*» (Is. 11: 12), «*los cuatro vientos*» (Ez. 37: 9), «*la anchura, la longitud, la profundidad y la altura*» (Ef. 3: 18).

Podemos también hablar de los cuatro puntos cardinales y de las cuatro estaciones del año. Todas ellas expresan la totalidad de la realidad terrenal. Por lo tanto, el número cuatro aplicado a la tierra significa la plenitud terrenal. No es el número de la plenitud divina, sino de la plenitud en el ámbito terreno.

¿Pero qué tiene que ver esto con los cuatro seres vivientes y con nuestro Señor Jesucristo? Mucho, porque aunque nuestro Señor es eterno, no

obstante, vivió una etapa de su existencia que fue terrenal. «*Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros...*» nos dice Juan en su evangelio (1: 14). Por lo tanto, los cuatro seres vivientes tipifican la plenitud terrenal de nuestro bendito Señor Jesucristo. La plenitud que manifestó nuestro Señor durante su vida en la tierra, está significada por los cuatro seres vivientes. Por esto, no es casualidad que la vida terrenal de Cristo esté registrada en cuatro evangelios.

Sin embargo, como él es antes de su encarnación y es después de su existencia en la tierra, se necesitaron 66 libros para revelarnos toda su gloria y belleza. En efecto, los 66 libros de la Biblia nos descubren toda la plenitud de Cristo, la divina y la terrena. Pero, cuatro de esos 66 libros, los cuatro evangelios, se concentran en mostrarnos la plenitud del Hijo de Dios en los días de su carne.

¿Y cuál es esa plenitud de gloria manifestada por nuestro Señor en los días de su vida terrenal? Aquella representada por el rostro cuádruple de los cuatro seres vivientes. De acuerdo al libro de Apocalipsis, «*el primer ser viviente era semejante a un león; el segundo era semejante a un becerro (o buey); el tercero tenía rostro como de hombre; y el cuarto era semejante a un águila volando*» (4: 7).

Estas descripciones y el orden de ellas calzan perfectamente con el orden de los cuatro evangelios. Mateo con el león, Marcos con el becerro o buey, Lucas con el rostro de hombre y Juan con el águila volando. ¿Por qué? Porque precisamente Mateo revela a Jesucristo como Rey, Marcos lo descubre como Siervo, Lucas como hombre y Juan como Dios¹. En Mateo la realeza de Jesús está representada por el león; en Marcos el servicio de Jesús está tipificado por el buey; en Lucas, su humanidad perfecta, por el rostro de hombre; y en Juan, su divinidad, por el águila volando. Jesucristo en los días de su carne fue Rey, Siervo, Hombre y Dios. Esta fue la gloria que se nos manifestó durante su vida en la tierra.

Por lo tanto, la particularidad de cada evangelio, si bien todos ellos tienen en común el anuncio de la buena noticia, consiste en que Jesús, el Cristo o Mesías, fue en los días de su carne Rey (Mateo), Siervo (Marcos), Hombre (Lucas) y Dios (Juan). El Cristo no sólo es el Hijo de Dios, sino también Rey, Siervo, Hombre y Dios.

¹ Jesucristo es rey, siervo, hombre y Dios en los cuatro evangelios. Pero aquí hablamos de que Mateo enfatiza su rostro de rey por sobre los otros, y así sucesivamente con los otros evangelistas.

* * *

Para ver el oro

El mundo es como un cuadro con un fondo dorado, y nosotros las figuras de ese cuadro. Mientras no salimos del plano de ese cuadro y pasamos a las grandes dimensiones de la muerte, no podemos ver el oro.

C. S. Lewis



TEMA DE PORTADA

Claves escriturales y prácticas para una vida de fructificación.

La vida de fruto abundante

Rodrigo Abarca

El Señor nos enseña en Juan capítulo 15 el secreto de una vida cristiana fructífera ante Dios.

Es importante recalcar esto último, pues no siempre lo que los hombres consideran como «fruto», lo es de verdad a los ojos de nuestro Dios y Padre. Aquí se trata, entonces, del

fruto de que tiene valor en primer lugar para Dios, y que él está buscando en nosotros.

La voluntad del Padre, nos dice el Señor Jesús, es que llevemos mucho fruto. Ese fruto tiene que ver la realización de todos sus pensamientos y planes con respecto a nosotros. Es el

fruto de su voluntad cumplida en nosotros. No se trata de la realización de nuestros planes y deseos, sino de los suyos. Y hay entre ambas cosas un universo de diferencia. De hecho, el fruto abundante se obtiene, como veremos, en el camino opuesto a los deseos de nuestra alma caída.

Nunca ha sido el deseo de nuestro Padre que tengamos vidas infructíferas. Pues, la esterilidad de nuestras vidas tiene su causa en nosotros mismos y no en él. De acuerdo con el Señor, lo normal es que sus discípulos lleven mucho fruto: *«Os he puesto para que vayáis y llevéis fruto»* (Juan 15:16). Pero, no en virtud de alguna capacidad o habilidad inherente a ellos mismos, sino de Él mismo, en quien el Padre los ha puesto. Estamos en él, como los pámpanos están en la vid; unidos a ella y formando parte de ella. Este es el secreto de toda fructificación. Él es la vid y nosotros los pámpanos. Y, porque estamos en él, Dios espera que llevemos mucho fruto.

La vid estéril de Israel

En contraste, la antigua vid de Israel terrenal (según la carne) no pudo llevar fruto debido a que no permaneció en él. En Isaías capítulo 5 encontramos la historia de Israel contada, justamente, como una parábola acerca de la vid. Allí descubrimos que Dios, como experto Labrador, proveyó todas las condiciones materiales y medioambientales para que Israel llevase fruto: la plantó en tierra fértil con las mejores cepas; colocó una cerca a su alrededor para protegerla de animales e intrusos; y edifi-

có en medio de ella una torre de vigía, para guardarla de los ladrones. Sin embargo, y pesar de todo ese esfuerzo, la vid sólo produjo uvas silvestres, uvas agrias, que no se pueden comer, ni tampoco usar para producir vino. Luego viene la pregunta de Dios: *«¿Qué más se puede hacer por mi viña, que yo no haya hecho por ella? ¿Por qué, cuando esperaba que produjera uvas buenas, produjo uvas silvestres?»* (Is. 5: 4, LBLA). Las preguntas son retóricas, y la respuesta es, hasta este punto, «nada más». Pues todo lo que se podía hacer externamente, ha sido hecho por Dios. El problema no está en los elementos exteriores sino en la vid misma. El hombre por sí mismo, aún en sus mejores momentos, es absolutamente estéril para Dios.

La historia de Israel es una gran lección a este respecto. El hombre terrenal no es una buena vid para Dios. Lo mejor que puede producir, aún con el socorro de Dios, son uvas silvestres. Por ello, se necesitaba aquí una obra mucho más radical. Así Dios proveyó una buena vid, en contraste con la antigua, vale decir, un nuevo hombre en Cristo y nos injertó en él. Fuimos cortados del Adán terrenal e injertados en Cristo. Una vieja humanidad acabó y una nueva se levantó en Cristo. Ahora estamos unidos a él, tan real e íntimamente, como el pámpano a la vid. En consecuencia, podemos llevar fruto para Dios.

«El pámpano no puede llevar fruto por sí mismo», nos dijo el Señor. Esta es una lección fundamental que todos necesitamos aprender. El poder, la capacidad, la fuerza para fructificar

no está en el pámpano mismo, sino en la vid que lo sostiene. En verdad, el pámpano es completamente estéril e inútil aparte de la vid. Como sabemos, los pámpanos son las ramas o ganchos donde crecen los racimos de uva. Pero estos reciben su vida, fuerza y alimento de la vid. Todos los años, después del invierno, las ramas de la vid, o pámpanos, se cubren de

tros vivimos vidas estériles o con muy poco fruto radica en nuestra incapacidad para comprender y aceptar el veredicto divino sobre nuestra naturaleza humana. De algún modo, continuamos creyendo que la vida y el servicio cristianos son producto de nuestro propio esfuerzo e iniciativa, y como consecuencia, fracasamos una y otra vez.

La razón por la que tantos de nosotros vivimos vidas estériles o con muy poco fruto radica en nuestra incapacidad para comprender y aceptar el veredicto divino sobre nuestra naturaleza humana.

hojas verdes y se preparan para llevar fruto. Antes de ello, al final del verano, han sido podados y reducidos a una expresión casi mínima.

Cualquier lego en la materia pensaría que es un error reducir así las ramas de la vid y dejarlas tan pequeñas ¿Cómo podría algo tan pequeño dar mucho fruto el próximo verano? Pero, precisamente de eso se trata. Mientras menos quede del pámpano, más fuerza y vida de la vid recibirá en la próxima estación, para llevar fruto.

La enseñanza del Señor es sencilla, pero a la vez muy profunda. Casi todos los elementos de la vida cristiana están representados aquí. El más básico y fundamental es que no hay poder en nosotros mismos para llevar fruto. Nada puede cambiar este hecho. Nuestra parte aquí es simplemente aceptar el veredicto de Dios. La razón por la que tantos de noso-

La enseñanza de Pablo

El apóstol Pablo aprendió esta lección bien temprano en su vida cristiana. De hecho, para referirse a nuestra naturaleza humana caída y todo su inútil esfuerzo de agradar a Dios, él usa la palabra «carne». Y nos dice respecto de ella que, *«los que están en la carne no pueden agradar a Dios»* (Rom. 8:8, LBLA), y eso, porque *«el deseo de la carne es contra el Espíritu»* (Gál. 5:17a). La carne y el Espíritu son antagónicos, según el apóstol. Donde gobierna el uno, no puede gobernar el otro. Los dos no pueden concurrir simultáneamente en la vida de un hijo de Dios. Este parece ser un axioma de la vida espiritual. Por ello, Pablo describe la vida vivida bajo la ley como *«agradar en la carne»* (Gál. 6:12), en oposición a la vida en el Espíritu, libre de la esclavitud de la ley.

En efecto, Israel se encontraba bajo el pacto de la ley, cuyo funda-

mento era la capacidad humana para hacer y realizar los mandamientos de Dios. Mas ello se reveló finalmente como una vid estéril, incapaz de dar fruto para Dios. El problema, nos dice el apóstol, no estaba en la ley, que es santa, pura y buena, sino en el hombre mismo, que es carnal y vendido al pecado. En su intento de guardar la ley, la nación de Israel descubrió su fracaso.

Por lo tanto, el hombre necesita de un poder y una vida superior a sí mismo, a fin de ser útil para Dios. Esa es la vida de Cristo resucitado. Es, asimismo, la vida que imparte el Espíritu. Es la vida que la vid comunica a sus pámpanos. Estar «en la carne» es lo opuesto, como se ha dicho, a esta vida del Espíritu.

De hecho, «la carne» es para Pablo la condición básica del hombre sin Cristo. Se trata de la naturaleza humana en su estado no regenerado. En ese estado, el alma se mantiene en permanente rebelión y autonomía con respecto a Dios. Tal es la condición que el pecado produjo en nuestra naturaleza. Por ello, Pablo la llama también el hombre natural (del griego, *psikikos*, esto es, dominado por el alma), en contraste con nuestra nueva condición en Cristo, que es espiritual (del griego, *pneumatikos*, esto es, dominado por el Espíritu). El pecado es raíz de dicha autonomía «en la carne». Por esta razón, la carne no puede agradar a Dios, ya que es impotente para hacerlo. No en el sentido de que es débil para hacerlo (quiere, pero no puede), sino todavía más, porque es antagónica al Espíritu de Dios (no quiere, ni puede).

Este es, sin duda, un gran descubrimiento. El día en que nuestros ojos se abren para ver cuán aborrecible y perversa es nuestra carne, estamos en el camino de nuestra liberación. Ese día aceptamos el veredicto de Dios sobre ella, y consentimos en su completa anulación. Podemos clamar con el apóstol Pablo: «¡Miserable de mí!», al descubrir nuestra bancarrota total. En ese momento, vemos que es imposible para nosotros, en y por nosotros mismos, vivir una vida que agrade a Dios. Pues en nosotros y por nosotros mismos no somos sino «carne». No sólo lo malo de nosotros es «carne»; también lo es lo bueno.

De hecho, la carne no sólo tiene relación con las obras pecaminosas, sino también con todo lo que hacemos a partir de nosotros mismos. La justicia, el servicio, y todo lo bueno que procede de nosotros mismos aparte del Espíritu de Dios, cae dentro de la esfera de la carne y su actividad. Y Dios lo rechaza. Pues, «*los que viven según la carne no pueden agradar a Dios*» (Romanos 8:8).

Es importante comprender que la carne no es sólo aquello que en nosotros tiene que ver con el pecado, sino también todo aquello que surge de nuestra naturaleza humana caída. Esto último también es inútil para Dios. Por esta razón, el apóstol Pablo nos dice que existen cristianos carnales. Vale decir, cristianos que aún viven como si fuesen hombres naturales (*psiquikos*, 1ª Corintios 2:14), siendo ellos mismos espirituales (*pneumatikos*, 1ª Corintios 2:15). «¿*No sois carnales y andáis como hombres?*», reprende a los Corintios porque se ha-

bían dividido en diferentes facciones. Ahora bien, lo importante es que carnal aquí equivale a ser simplemente un hombre. Esto, porque en el pensamiento paulino, el hombre en su estado natural no es nada más que «carne», tal como afirma Génesis: «*No contendrá mi espíritu para siempre con el hombre, porque ciertamente él es carne*» (Génesis 6:3). Es decir, no posee un espíritu (o éste se encuentra inactivo), y está dominado por la vida de su alma. Vive una vida centrada en el yo, sus intereses y deseos son totalmente opuestos a Dios. El hombre en este estado es, por naturaleza, enemigo de Dios.

De este modo, si los creyentes dan lugar a la carne, andan simplemente como hombres naturales, y actúan como enemigos de Dios.

Ahora bien, en Cristo, el hombre es poseedor de una vida enteramente nueva y diferente: la vida del Espíritu. Si esa vida viene a ser, como debe, el elemento central y dominante de su carácter y conducta, se nos dice que es espiritual. En otras palabras, ya no está dominado por el alma y su actividad independiente, sino por el Espíritu. Su naturaleza humana no ha sido destruida, sino rendida, subyugada, a un principio y a un poder más alto que ella misma. De manera que puede decir con Pablo: «*Ya no vivo yo, más vive Cristo en mí*».

No que el yo ha cesado de existir, sino más bien que ha sido sacado del centro de su existencia. Ha sido quitado, por así decirlo, del trono de su vida, para que Cristo, por su Espíritu, ocupe su lugar. Ahora Cristo es la fuerza, el poder y la energía por la

cual vive Pablo. Ese es el secreto de su vida, y también de la nuestra.

Unidos a Cristo

Sin embargo, todo esto puede quedar como una enseñanza ajena a nuestra experiencia real, si no comprendemos la afirmación que el Apóstol hace a continuación: «*Lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del hijo de Dios*». Aquí entramos al terreno de la vida cristiana práctica.

Lo que hasta ahora se ha dicho explica el significado de estar unidos a Cristo, como el pámpano en la vid. ¿Qué quiere decir? Significa que si estamos en Cristo, unidos a él, ya no estamos «en la carne». De hecho, si estamos en Cristo, la carne ha sido crucificada junto con sus pasiones y deseos (Gál. 5:24). Recordemos que estar en Cristo es equivalente a vivir por el Espíritu. Lo primero habla de nuestra posición exterior y objetiva, mientras que lo segundo, de nuestra realidad interior y subjetiva: «*Por cuanto sois hijos, Dios envió a vuestros corazones el Espíritu de su Hijo*» (Gál. 6.6). Objetivamente estamos en Cristo, mientras que, subjetivamente, recibimos la morada de su Espíritu. Son como las dos caras de una misma moneda. O en palabras del mismo Señor, «Permaneced en mí y yo en vosotros».

En cuanto a nuestra posición objetiva, la Biblia nos enseña que es un hecho consumado. Estamos en Cristo por obra de Dios el Padre. No debemos llegar hasta allí, ni hacer algo para alcanzarla en el futuro. Esta es nuestra posición actual e inalterable como hijos de Dios. De hecho, si no

estuviéramos en Cristo, no seríamos en absoluto sus hijos, como ya hemos visto en la cita de Gálatas.

De ahí la sentencia del Señor: «*Yo soy la vid, vosotros los pámpanos*». No se trata de un estado, ni una posición o condición que debemos alcanzar, sino algo que ya somos ahora. Estamos, de hecho, unidos a Cristo. Estamos en la vid verdadera. Por ello, su mandamiento no es: «Hagan algo para estar unidos a mí», o bien, «Esfuércense por unirse a mí». Por el contrario, su mandamiento es: «Permaneced en mí». Es decir, «Quédense allí donde Dios los ha puesto». La buena noticia es que ya estamos unidos a Cristo, para recibir su vida constantemente. No debemos hacer nada más que permanecer donde estamos.

Sin embargo, ¿por qué, si estamos unidos a Cristo, fracasamos constantemente en experimentar su vida y llevar fruto? En realidad, nuestra experiencia parece negar continuamente el hecho de nuestra unión con Cristo. ¿Debemos concluir que se trata sólo de una «verdad posicional», como enseñan algunos maestros de la Cristiandad, ajena a nuestra experiencia real? No, en absoluto, pues el propósito de estar en Cristo es que llevemos fruto. Debe ser, por tanto, un asunto necesariamente experimental. Mas, ¿cómo?

La necesidad de la fe

El punto de partida, como hemos visto, es la fe. No se puede recalcar esto demasiado. La vida cristiana comienza con la fe y se desarrolla por medio de la fe. No sólo necesitamos

fe para ser salvos; también para ser santos y llevar fruto. Y necesitamos fe para andar en el Espíritu. Sin fe, la vida cristiana práctica se torna imposible. Por ello Pablo nos dice que ahora él vive «*en la fe del Hijo de Dios*». Antes Pablo creía en su carne, en su fuerza, capacidad y habilidades en la carne. Tenía fe en sí mismo. Confiaba totalmente en su carne. Pablo era meramente un hombre natural. Pero ahora, en Cristo, no confía más en su carne. No se apoya más en ella para su vida y actividad. Ahora confía en el poder de Cristo para vivir, que habita y opera en él por su Espíritu. Vive en la fe del Hijo de Dios.

Este es un asunto vital. La razón por la cual tantos hijos de Dios fracasamos en nuestra vida cristiana está, en primer lugar, en nuestra falta de fe. No le creemos a Dios. No confiamos en él, ni creemos a sus palabras. Somos demasiados escépticos y desconfiados. Es tanta nuestra confusión, que llegamos a considerar nuestro escepticismo como una especie de 'madurez cristiana'. La fe, pensamos satisfechos en nuestro corazón, es para personas crédulas e ingenuas, y no para nosotros que sabemos más. ¡Cuán equivocados estamos! Esta no es sólo una falta muy grave, sino también un pecado del cual necesitamos arrepentirnos. Recordemos que aquel que duda, como enseña Santiago, no recibirá cosa alguna de Dios (Stgo. 1:7).

Hemos invertido el orden de las cosas. Creemos demasiado en nosotros mismos, y en consecuencia, nos atrevemos a dudar de la palabra de Dios. No obstante, deberíamos en

verdad dudar radicalmente de nosotros mismos, y confiar como niños en la palabra de Dios. Ya que desconfiar de su Palabra es lo mismo que desconfiar de Dios. Su Palabra nos dice que estamos en Cristo, como el pámpano en la vid. En esto necesitamos creer y confiar. Dios no está tratando de engañarnos en este asunto.

Además, se nos dice que nuestra carne ha sido crucificada en la cruz de Cristo. En esto también necesitamos creer y confiar. La carne, el yo adámico, ha sido reducida a la impotencia en la cruz. Ha sido juzgada y anulada por completo. En su lugar, Dios nos ha dado a Cristo, en el Espíritu. De este modo, por medio del Espíritu Santo, Cristo ocupa ahora el lugar que antes ocupaba la carne y anula su poder sobre mí. Él está en el centro de mi vida, y no más yo. Él está en control. Así es mi nuevo estado en Cristo. Es mucho más que una posición. Es una realidad. En esto necesito creer. Por la fe me apropio de todo lo que soy y poseo en Cristo. Y se debe recalcar que todo sus hijos hemos recibido esa fe para creer. De otra manera, no hubiésemos sido salvos.

¡Qué poder maravilloso tiene la fe! Los teólogos nunca han podido definirla. Es una virtud teologal, nos dicen, para expresar que ella es de carácter divino. Vale decir, es en sí misma una operación de Dios en el corazón del hombre. Cuando usamos la fe, nos apoyamos y obramos «en» Dios. En su poder para hacer todas las cosas. Porque la fe no tiene su origen en nosotros, sino en Dios. No puede ser contabilizada como nuestro

mérito sino únicamente como gracia de Dios. Y él nos la da para que podamos apoyarnos en él y en su Palabra. Por eso, negarse a creer es también rechazar la gracia de Dios.

Crear, confiar y depender; he ahí la fe en acción. La fe es el primer don del Espíritu al corazón de los creyentes. Por ella somos salvos, y por ella caminamos con Dios. Sin fe es imposible agradar a Dios. Por la fe acepto el veredicto de Dios sobre mi carne, confirmo su crucifixión, y me rindo al Espíritu Santo que mora en mí. Por medio de la fe, descanso en su poder para mantenerme constantemente unido a Cristo ¿No ha venido él precisamente con ese propósito? Y descanso, además, en su poder para mantener mi carne crucificada de manera efectiva. Pues, es por el Espíritu que hacemos morir las obras de la carne (Rom. 8:13b). Por nosotros mismos somos totalmente impotentes contra la carne, porque, de hecho ¿puede la carne suprimirse a sí misma? Definitivamente no. Sólo el Espíritu es totalmente suficiente para hacerlo. Y él ha venido a morar en nosotros con ese expreso propósito: hacer morir las obras de la carne e impartirnos la vida de Cristo resucitado.

Pero, ¿estamos confiando en él para que lo haga? ¿O aún luchamos por vencer al pecado y vivir la vida cristiana por nosotros mismos? Cuando nuestros ojos se abran para ver nuestra completa insuficiencia e incapacidad, veremos que esta es una obra que únicamente el Espíritu puede hacer. Mas hasta ahora, debido a nuestra incredulidad, él ha estado

Hemos invertido el orden de las cosas. Creemos demasiado en nosotros mismos, y en consecuencia, nos atrevemos a dudar de la Palabra de Dios.

impedido de operar en nosotros. Es imposible recibir algo de Dios sin fe. Este es un principio inquebrantable. No se puede andar en el Espíritu sin fe. Y no se puede participar de Cristo sin fe.

Por medio de la fe participamos de nuestra unión con él. Su vida fluye en nuestra pobre rama y la capacita para llevar fruto. Es él quien ahora me sostiene. Antes yo trataba de mantenerme unido a él y fracasaba constantemente. Pero ahora, por la fe descanso en la fidelidad del poderoso Salvador. Él me mantiene siempre unido a sí por su Espíritu. Y nada tiene poder para separarme de él. Antes vivía afanado por suprimir mi carne. Ahora le dejo todo el problema a él y confío en su Espíritu para hacer morir las obras de la carne. Su Espíritu gobierna mi vida y me comunica constante y fielmente su vida poderosa. ¿Qué más puedo pedir o necesitar?

Llevando fruto abundante

Ahora mi parte es permanecer en él, a fin de que él permanezca en mí (Juan 15:4). ¿Cómo? Hay algunas co-

sas prácticas que podemos mencionar brevemente: En primer lugar, como ya hemos visto, creyendo a toda su Palabra, sin dejar lugar a la duda o la incredulidad. Luego, confesando todos nuestros pecados, tan pronto como el Espíritu nos haga consciente de ellos. El pecado tiene el poder de interrumpir nuestra comunión con Dios. Porque él es Santo y el Espíritu que nos habita y mantiene unidos a Cristo es santo. Por ello, necesitamos confesar todos nuestros pecados y apartarnos decididamente de ellos, si queremos permanecer en una vida de comunión con Cristo. No podemos dar lugar al pecado de ninguna manera. Este es un asunto de suma importancia para permanecer en él.

Tercero, desarrollando nuestro amor a Dios y a nuestros hermanos. Una vida de comunión con Dios y su Iglesia debe ser cultivada en nuestro corazón. Si la fe es el «método» de nuestra comunión, el amor es su contenido. Permanecer en Cristo es sinónimo de permanecer en su amor. Y cuarto, rindiéndonos completamente al gobierno del Espíritu Santo en todas las dimensiones de nuestra vida. No sólo debemos abandonar los pecados, sino también aquellas cosas que el Espíritu nos demanda dejar, y del mismo modo también hacer todo lo que nos guía a hacer. Es decir, necesitamos vivir una vida de obediencia al Espíritu de Dios. Debemos recalcar que ninguna de estas cosas las hacemos para llegar a estar unidos a Cristo (porque ya lo estamos), sino porque buscamos permanecer en él.

Entonces llega el fruto. El carácter

de Cristo empieza a aparecer en nuestra vida cotidiana. Su amabilidad, su paciencia, su humildad y su amor se tornan reales en nuestra relación con nuestras familias, los hermanos y otras personas. Nuestras palabras adquieren un nuevo poder cuando predicamos el evangelio. Nuestro corazón se enciende con un nuevo amor por el Señor y su iglesia. Deseamos ardientemente reunirnos y pasar tiempo en comunión con nuestros hermanos. La oración deja de ser una obligación tediosa que difícilmente realizamos, y comenzamos a anhelar el tiempo diario de comunión con Dios. Empezamos a ver que esta vida no es más que un peregrinaje hacia nuestra patria celestial. El mundo pierde su atractivo ante nuestros ojos. Ofrendamos gustosamente nuestro tiempo, bienes y dinero al Señor y el avance de su reino en la tierra. El destino de los que no tienen a Cristo deja de sernos indiferente. Empezamos a sentir el amor de Dios por este mundo perdido. En suma, un nuevo poder para vivir, para obrar y para hablar aparece en nosotros ¡Cuán diferente se torna nuestra vida!

Este fruto aparece, entonces, en tres dimensiones principales: en nuestra vida individual como un carácter transformado a imagen de Cristo; en nuestra vida de Iglesia, como un servicio que trae verdadera edificación a los hermanos; y en el

mundo, como un testimonio que trae salvación a los hombres y mujeres que están perdidos.

No debemos pensar que esta vida fructífera es opcional. Si no llevamos fruto, pesa sobre nosotros una solemne advertencia. El que siembra para la carne, de la carne segará corrupción (Gálatas 6:8). Al final, nuestra pérdida puede ser terrible. Pero, gracias a Dios, él ha provisto en Cristo todo lo necesario para que llevemos fruto. No nos quedemos esperando a que esta experiencia descienda sobre nosotros algún día. No es así como funciona. Si no estamos viviendo en ella, ¿qué nos impide entrar en ella hoy mismo?

Si hemos sido incrédulos, confesemos nuestra incredulidad y creamos. Si no lo entendemos, pidamos al Señor que nos ilumine y él fielmente lo hará. Si hasta ahora nuestra experiencia ha sido de esterilidad y fracaso, dejemos a un lado nuestra incredulidad, reconozcamos que el problema es nuestra carne, y aceptemos totalmente el juicio de Dios sobre ella. No intentemos más «agradar en la carne».


Por el contrario, confiemos plenamente en el poder del Espíritu Santo para hacer morir en nosotros las obras de la carne, y manifestar en nuestro cuerpo mortal la vida poderosa de Cristo resucitado. Esa es su tarea y finalidad.

* * *

Melodía del cielo

Si sólo pudiéramos captar una línea de la melodía pura del Cielo, perderíamos el gusto por los sonidos terrenales para siempre.

Frank Bartleman



TEMA DE PORTADA

La victoria de la Cruz es un juicio a la serpiente.

Juicio a la serpiente

Marcelo Díaz

El pecado es la mayor tragedia del hombre. La palabra usada en el Nuevo Testamento que se traduce como pecado es *hamartía*, y es de suma importancia. Sólo Pablo la utiliza en sus epístolas más de 60 veces. En el griego clásico significa solamente 'yerro', o algún tipo de acto negativo. Sin embargo, para los cristianos, es de suma gravedad.

Si pensamos un momento y nos detenemos a ver históricamente los estragos que ha hecho el pecado, nos daremos cuenta la magnitud de su poder y la tragedia que puede llegar a ocasionar. Su acción es devastadora. Las secuelas son lamentables y dolorosas. Es como el paso de un huracán que sólo deja destrucción, aniquila todo lo que se interpone a su

paso. Quita la vida. Es verdaderamente una tragedia.

Al escuchar la sincera confesión de un corazón arrepentido que fue infectado por su veneno, queda la impresión de que nos enfrentamos a un poder de tal magnitud que es imposible superar. Aún la mente más brillante queda doblegada cuando el pecado ha dado su mordida.

El apóstol Pablo, en su más profunda exposición acerca del pecado, concluye con un grito desgarrador. Grito que aún se escucha en la conciencia de todo hombre cuando se enfrenta a su realidad. «*¡Miserable de mí! ¿Quién me libraré de este cuerpo de muerte?*» (Romanos 7:24).

Algunos enseñan que el apóstol hacía referencia a una de las torturas predilectas bajo el dominio del emperador Diocleciano, la cual consistía en amarrar un cadáver al cuerpo vivo de un hombre, de modo que la putrefacción del cadáver se traspasaba lentamente a la vida del torturado.

La serpiente

Así es la infección del pecado. Como la mordida de una serpiente, figura del pecado. Pues siendo Satanás la serpiente antigua, el pecado es de su misma naturaleza.

La serpiente, en casi todas las civilizaciones, aparece como símbolo de la muerte, de poder y señorío. Su aspecto es repulsivo; se le asocia generalmente con las tinieblas, con la tierra.

La serpiente es un animal sigiloso, astuto, que aparece y desaparece, que cambia de piel en primavera, que renace después de un largo invierno

de frío. Ambivalente, silenciosa, peligrosa, mortal. Los mismos atributos que encontramos en el pecado.

Ahora, extrañamente, Jesús en el evangelio de Juan se identifica con una serpiente, diciendo: «*Y como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así es necesario que el Hijo del Hombre sea levantado, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna*» (Juan 3:14-15).

¿Por qué el Señor se identifica con una figura tan detestable? Porque bien sabía Jesús que en su muerte Dios pretendía tratar con el pecado. Él sería levantado en una cruz y con esto condenaría al pecado.

En Números 21:4-9, encontramos la referencia directa que el Señor hace a un suceso ocurrido en tiempos de Moisés, en el cual el pueblo de Dios moría a causa de la mordida de serpientes. Dios proveyó la solución, mandando a Moisés hacer una serpiente de bronce, la cual debía ser puesta en un asta para que todo aquel que había sido mordido, alzara su mirada a ella y recibiera vida.

Esto es, efectivamente, lo que ocurrió cuando Cristo fue levantado en la cruz. Dios concluyentemente dio su juicio sobre la mordida de la serpiente tratando con el pecado en la muerte de su Hijo. «*Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él*» (2ª Corintios 5:21). «*Dios, enviando a su Hijo en semejanza de carne de pecado y a causa del pecado, condenó al pecado en la carne, para que la justicia de la ley se cumpliera en nosotros...*» (Romanos 8:3-4).

Esto significa que Cristo en su

carne asumió el pecado para condenar en su muerte al mismo pecado.

Así, entonces, la serpiente de bronce levantada en el asta es figura de la crucifixión de Cristo, quien también es el Cordero inmolado.

El juicio de Dios sobre la serpiente

Entonces vemos que la cruz contiene una doble figura: por un lado, la de un cordero sin mancha, sacrificado para obtener nuestra redención; y por otro lado, la de una serpiente levantada sobre un asta, exhibida públicamente para testificar la condenación del pecado.

El mandato a Moisés era hacer una serpiente de bronce y ponerla sobre un asta a la vista de todos.

En la Biblia el bronce representa el juicio de Dios; por lo tanto, significa el juicio sobre la serpiente. El bronce aparece en el tabernáculo, precisamente en el altar donde se sacrificaban las víctimas. En el Nuevo

de bronce en un asta. Esta exhibición era una manifestación que debía ser descubierta por la mirada. Si alguien no miraba, no descubría la sanidad que ella otorgaba. Sencillamente era así, el acto objetivo estaba dado por Dios, pero el acto subjetivo de verla debía ser de aquellos que desfallecían.

¡Qué glorioso! Una vez más vemos en las Escrituras la participación de la gracia divina y la responsabilidad humana, que, unidas en un mismo acto, traen al presente la realidad celestial. Así también ahora: todo aquel que pone su mirada en la obra objetiva de Cristo, trae al presente la bendita realidad divina.

El papel de la fe

Sin embargo, siendo la cruz la exhibición de la condenación del pecado, ¿por qué vemos tanta debilidad frente al pecado? ¿Acaso Dios reservó esta verdad sólo para algunos? No,

La serpiente es un animal sigiloso, astuto, que aparece y desaparece, que cambia de piel en primavera, que renace después de un largo invierno de frío.

Ambivalente, silenciosa, peligrosa, mortal. Los mismos atributos que encontramos en el pecado.

Testamento, en la visión de Apocalipsis, el Señor se revela con los pies de bronce bruñido, lo que representa su caminar en el juicio de Dios. En consecuencia, el pecado ha sido juzgado en Cristo, en la cruz.

Moisés debía levantar la serpiente

definitivamente no. Pues está escrito: *«Para que **todo aquel que en él cree no se pierda, sino que reciba vida eterna**».*

Es necesario creer en la acción salvífica de Dios. Ineludiblemente, la fe es el camino a la realidad divina, la Palabra no puede operar donde no

hay fe. Pero hablamos de la fe, no en términos de una acción natural del hombre, sino por el contrario, donde no existe más esfuerzo humano sino sólo creer.

Lamentablemente, muchas veces llamamos fe a un esfuerzo anímico de la carne, confundimos 'nuestras fuerzas' con 'fe'. Entonces Dios no puede operar, y pacientemente permite nuestro fracaso para debilitarnos, y en esa condición espera que la única pulsión que salga del corazón sea creer.

Así, la fe purificada es hallada en alabanza y recibe vida. Vida indestructible, vida del mismo Hijo de Dios que opera en el creyente, la cual vence al pecado juzgado en la cruz. Por eso Juan escribe de esta manera a la iglesia diciendo: *«Todo aquel que es nacido de Dios no practica el pecado, porque la simiente de Dios permanece en él; y no puede pecar, porque es nacido de Dios»* (1ª Juan 3:9). *«Porque todo lo que es nacido de Dios vence al mundo; y esta es la victoria que ha vencido al mundo, nuestra fe»* (1ª Juan 5:4).

También dice: *«Hijitos míos, estas cosas os he escrito para que no pequéis. Y si alguno hubiere pecado abogamos para con el Padre, a Jesucristo el justo»* (1ª Juan 2:1).

¡Qué sensación de placer es ahora mirar esa cruz y pensar que, siendo un acto tan repudiable, para nosotros los creyentes es tan atractivo! ¡Qué bendita paradoja; esa cruz ensangrentada de muerte, a nosotros nos trae vida eterna y paz! Dios resuelve el conflicto de los siglos haciendo la paz por la sangre de la cruz. El pecado ha sido juzgado y su poder ha cesado frente a la Vida. Ahora podemos considerarnos, por la misma cruz, muertos al pecado, pero vivos para con Dios en Cristo Jesús.

Por eso la cruz será siempre nuestra esperanza; en ella encontramos la condenación del pecado, y aun la liberación de nosotros mismos. El veneno de la serpiente no puede contra la cruz y contra aquel que la contempla. Todo aquel que mira por la fe, recibe la Vida y será sostenido por ella.

* * *

Limpiando el conducto

Una marea tiene flujo y reflujo. ¿Puede ser que el poder de Dios y la vida en el Espíritu se caractericen por este fenómeno? ¡De ninguna manera! Su vida no conoce reflujo, sino que fluye eternamente. No sube y baja como el mar, sino que es como un río con un caudal permanente que siempre fluye. La marea debe ceder a ciertas horas, pero la fuente de agua de vida no conoce variación.

Si la fuente de agua de vida dentro del creyente se restringiera y dejara de fluir, no es porque haya algún problema en su origen. Es más bien el conducto de salida que ofrece obstrucción. El agua de vida debe tener un conducto limpio, y debe dirigirse hacia alguna parte. Otros la necesitan. La respuesta es sencilla: limpiemos el conducto y el flujo volverá a restablecerse en forma ininterrumpida.

Watchman Nee, en Aguas refrescantes

Las batallas de Dios contra la carne son de generación en generación.

Amalec



Foto: Desierto de Sinaí

Eliseo Apablaza

Hace unos días atrás, compartimos de Éxodo capítulo 17, de Refidim, esa jornada que vivió Israel en el desierto, una jornada marcada por la prueba, por la incredulidad y la batalla.

En esa oportunidad, nosotros hablamos de que cuando nosotros estamos enfrentados como cristianos a algunos problemas, a algunas necesidades, cuando estamos viviendo un

tiempo de desierto, y nos parece que no hay agua para beber, y nos parece que el Señor Jesús está lejos, que el socorro de Dios no llega, precisamente allí, cuando recién experimentamos el socorro del agua que sale de la roca, que nos sacia, allí cuando estamos empezando a experimentar la suficiencia del Señor Jesucristo, ocurre que Amalec se levanta y nos ataca.

La lección de Éxodo 17:

La carne no ha sido destruida: está allí

Y Amalec, dijimos, es la carne. Porque todo lo que está escrito en el Antiguo Testamento es figura y sombra de las cosas verdaderas, de las cosas que nosotros experimentamos hoy, en los días del Nuevo Testamento. De tal manera que este enemigo del pueblo de Dios, llamado Amalec, tiene un gran significado – significa nuestra carne, significa nuestro viejo hombre, este enemigo que nosotros tenemos adentro, este enemigo que forma alianza con otros enemigos que están afuera, con el mundo y con Satanás.

Amalec está adentro. En el pasaje de Éxodo capítulo 17, aprendemos una gran lección, que es ésta: Amalec nunca va a ser destruido, mientras nosotros estemos en este escenario terrenal. Amalec no fue destruido por Josué, sino fue debilitado solamente. Pues allí donde la versión Reina-Valera traduce «*deshizo*», el hebreo dice textualmente «*debilitó*» (v. 13).

Y aun más, en ese mismo pasaje, dice la Escritura que Jehová tendrá guerra contra Amalec de generación en generación, por causa de que Amalec se levantó contra el trono de Dios. Así pues, nuestra carne sigue estando vigente. Es un enemigo que está en pie.

Lo que nosotros tenemos que aspirar en este tiempo es, no a que el Señor destruya a Amalec – sino que, conforme a esa misma Palabra, el Señor lo debilite hasta la enfermedad, hasta la impotencia, para que no nos lleve a la derrota, para que no nos suma en la vergüenza.

Porque este Amalec tiene muchísimos secuaces; hay muchísimos capitanes en su ejército, como esa lista que vemos en Gálatas capítulo 5: adulterio, fornicación, inmundicia, lascivia, idolatría, etc.; o como la lista que el Señor enumera en Marcos capítulo 7, cuando dice que estas cosas salen del corazón del hombre.

Este debilitamiento de Amalec ocurre por operación de la palabra del Señor – que es la espada que Josué utilizó para vencerlo (Éx. 17:13). Es la palabra del Señor, el *Logos*, esta palabra por medio de la cual Dios creó los cielos y la tierra; y no sólo creó los cielos y la tierra, sino que también los sustenta. Esta Palabra es poderosa como una espada de dos filos, dice Hebreos capítulo 4. Mientras recibimos la Palabra del Señor, ella va realizando en nosotros este trabajo de debilitamiento de la carne. Así que la lección que aquel pasaje de Éxodo nos entrega es ésta: ‘¡Cuidado, cristianos, el enemigo está allí!’.

A veces parece que el enemigo ha desaparecido y está muerto, mas no es así. Simplemente está en un período de latencia. Está como esas fieras salvajes que, cuando van a atacar, están más silenciosas que nunca. Se agazapan detrás de un montículo, o detrás de un árbol caído... Hay un silencio sepulcral antes de su ataque. Así es Amalec. Cuanto más silencioso está, es más peligroso. En cualquier momento puede venir un ataque devastador.

Gracias al Señor por su Palabra, porque no nos deja a nosotros en la ignorancia, no nos deja confiándonos ingenuamente de que ya por causa

de que nosotros hemos sido salvados y que tenemos el Espíritu Santo adentro, por causa de que tenemos algunos años de caminar con el Señor, por causa de haber recibido una revelación de Cristo y la iglesia, etc., por causa de tantas cosas que podríamos enumerar, ya tenemos la carne derrotada y vencida. ¡No! Entonces, necesitamos de la Palabra, necesitamos de esta espada, que es el arma que Dios utiliza para el debilitamiento de Amalec en nosotros.

La lección de 1 Samuel 15: El peligro de perdonar lo mejor de Amalec

Una segunda lección o enseñanza respecto a Amalec nos ha sido recordada hace poco por nuestro hermano Andrew Webb. En 1 Samuel 15, el Señor le dice a Saúl: «Mira, anda, destruye a Amalec, por causa de que Amalec salió a atacar al pueblo cuando iba por el desierto. Así que ahora ha llegado el día de la venganza, Saúl, y tú vas a hacerlo. Destruye todo; no dejes nada con vida». Esa fue la orden para Saúl.

Amalec no fue destruido por Josué, sino fue debilitado solamente. Pues allí donde la versión Reina-Valera traduce «deshizo», el hebreo dice textualmente «debilitó».

Y Dios le había advertido a través de Samuel: «Mira, pon atención a las palabras de Jehová». Es como que le estaba subrayando. 'Pon atención a la orden que te estoy dando, Saúl, porque me temo que tu corazón se va a ablandar a la hora de ejercer el juicio; me temo que tu corazón no va a estar afinado al mío a la hora de hacerlo'. Y así fue.

La Palabra dice que Saúl destruyó todo, excepto a Agag, el rey, y a lo más hermoso del ganado y las ovejas. ¿Por qué? Porque tuvo temor al pueblo, el cual hablaba de reservar aquello para ofrecerlo a Dios en sacrificio.

A Saúl le faltó carácter; era un hombre blando, un hombre natural; no tenía carácter para hacer la voluntad de Dios. Y cuando llega al encuentro de Samuel, éste le dice: «¿Y ese balido de vacas y de ovejas...?». Entonces, ahí, él le da esa explicación tan necia.

Entonces Samuel le dice esas palabras que tienen vigencia hasta el día de hoy: «*¿Se complace Jehová tanto en los holocaustos y víctimas, como en que se obedezca a las palabras de Jehová? Ciertamente el obedecer es mejor que los sacrificios, y el prestar atención que la grosura de los carneros. Porque como pecado de adivinación es la rebelión, y como ídolos e idolatría la obstinación. Por cuanto tú desechaste la palabra de Jehová, él también te ha desechado para que no seas rey*» (1 Sam. 15:22-23).

¿Cuál fue el pecado de Saúl? El pecado de Saúl fue éste: Dejar con vida lo mejor de Amalec. En términos del Nuevo Testamento, ¿cuál es el pecado? Dejar con vida lo mejor que nos puede ofrecer la carne. 'Ah, pero

si esto se ve tan bueno; esto lo voy a perdonar, no lo voy a destruir, no lo voy a llevar a la cruz. Esto le puede servir a Dios'. Hay tantas cosas buenas en nosotros que dejamos con vida. Lo 'bueno' nuestro es más difícil de ver y de juzgar que lo malo nuestro. Lo 'bueno' nuestro nos puede servir de mayor tropiezo aún que lo malo, porque se disimula, se camufla, y exige seguir existiendo, exige no ser tocado. 'Si esto es bueno, ¿por qué no lo dejamos? ¿Acaso no le servirá a Dios?'

Esas son nuestras capacidades intelectuales, la fuerza de nuestra voluntad, nuestros 'buenos' planes, nuestros 'buenos' proyectos. 'Oh, yo quiero servir al Señor, en esto, en esto y en esto. Quiero hacer esto para Dios'. Se basa en lo bueno nuestro, en la buena intención que tenemos, en nuestras capacidades. Es como si nosotros le dijéramos a Dios qué es lo que él tiene que usar de nosotros. 'Aquí están los mejores carneros, Señor; aquí están las mejores ovejas, Señor; aquí están las mejores vacas, para ti, Señor'. Sin embargo, lo que el Señor quería de Saúl no era la sobrevivencia de aquellas cosas, sino el exterminio total.

Sí, el Señor puede parecernos cruel a veces. Un afecto tuyo desmesurado por tu hija, el Señor va a pedir que lo extermines. 'Señor, ¡pero es mi hija! ¡No seas cruel, Señor!'. 'Si eso es crueldad, sea; pero exterminalo'. O un amor desmesurado por tu trabajo, por tu carrera; por lo que sea. Todo aquello que **tú** consideras bueno, hermoso, saludable, aquello en que te glorías – eso es lo mejor de Amalec.

El Señor dice: «¿Se complace Jehová tanto en los holocaustos y víctimas, como en que se obedezca a las palabras de Jehová?». Oh, por eso es tan difícil la obediencia; la obediencia tiene más valor que las ofrendas. La obediencia tiene mucho más valor que ir al extremo del mundo a predicar. Obedecer la voluntad del Señor es más difícil que ir al otro extremo del mundo a predicar el evangelio. Una cosa santa y buena como es predicar el evangelio puede ser un disfraz de Amalec. ¡Con cuántas cosas en nosotros puede suceder así! Usted hace cosas para Dios, pero con una doble intención, con otra motivación. Eso es la carne, eso es Amalec.

La lección de 1 Samuel 30: Amalec ataca las familias

Pero ahora, para completar un poco más esta serie de mensajes sobre Amalec, quisiéramos agregar algo más, con la ayuda del Señor.

Está tomado de 1 de Samuel capítulo 30. Cuando leemos el capítulo 15 de este libro, donde se relata la muerte de Agag a manos de Samuel, nosotros podríamos pensar que todos los amalecitas fueron destruidos. Sin embargo, aquí, en el capítulo 30, aparecen los amalecitas de nuevo, cumpliéndose así la palabra que Dios dio a través de Moisés en Éxodo: «Jehová tendrá guerra con Amalec de generación en generación».

«Cuando David y sus hombres vinieron a Siclag al tercer día, los de Amalec habían invadido el Neguev y a Siclag, y habían asolado a Siclag y le habían prendido fuego». Ocurre que, en la ciudad de Siclag, estaba la familia de David,

La carne, cuando se manifiesta y ataca, puede dejar secuelas tan graves en la familia, que, además de dividirla, sume a los padres –a los maridos a veces– en este llanto hasta la desesperación.

sus mujeres, sus hijos, y las familias de todo su ejército, que eran seiscientos varones de guerra.

Acordémonos que, en estos días, David todavía no era el rey en ejercicio de Israel. Había sido ungido, sí, pero aún estaba Saúl en el trono. David era un rey fugitivo. En la ausencia de ellos de la ciudad de Siclag, los amalecitas vinieron y llevaron cautivas sus familias. De modo que, cuando David y sus hombres llegaron, encontraron la ciudad en llamas, y ni huellas de sus mujeres ni de sus hijos. Entonces ellos alzaron la voz y lloraron *«hasta que les faltaron fuerzas para llorar»* (v. 4).

Esto es lo que hace Amalec. ¿Cómo interpretamos eso a la luz del Nuevo Testamento? Fíjense aquí: Amalec ataca la ciudad, y se lleva cautivas a las familias.

La carne está haciendo hoy en día este mismo trabajo; está separando a los padres de los hijos, a los maridos de las esposas, llevando a unos en cautiverio y sumiendo a los otros en la desesperación, en el llanto.

La carne, cuando se manifiesta y ataca, puede dejar secuelas tan graves en la familia, que, además de dividirla, sume a los padres –a los maridos a veces– en este llanto hasta la desesperación. Más y más veces so-

mos testigos de la destrucción de los hogares, la separación de los padres con respecto a sus hijos, y de matrimonios divididos.

Es fácil echarle la culpa a Satanás, y echarle la culpa al mundo. Sin embargo, aquí se nos sugiere claramente que la principal causal es Amalec – es la carne.

Cuando al Señor le preguntaron si le era permitido al hombre repudiar a su mujer, él dijo: «Lo que Dios unió, no lo separe el hombre». «¿Y cómo Moisés nos mandó dar carta de repudio a nuestras mujeres?», le dijeron los judíos. Y el Señor les dijo: «Por la dureza de vuestro corazón, Moisés os permitió –no os mandó– repudiar a vuestras mujeres; mas al principio no fue así».

«La dureza de vuestro corazón». Ahí está la clave de muchas rupturas matrimoniales – la dureza de corazón. ¡Cuánta dureza en la carne! ¡Cuán fuerte llega a ser la carne! La carne se viste de una armadura impenetrable. Entonces, no hay capacidad de perdonar, de adaptarse al otro, de recibir al otro, de ceder ante el otro, de valorar al otro. Hay sólo juicio, descalificación, menosprecio y violencia.

Y luego le echamos la culpa al otro. ¿Qué ha pasado, Adán?. ¡Ay, Señor! La mujer que me diste por

compañera, ella es la culpable'. Sin embargo, es la dureza del corazón. ¡Oh, si fuésemos más quebrantados, más tiernos; si tuviéramos la mansedumbre y ternura de Cristo! Sería muy diferente.

Entonces, la carne produce estos descalabros. Y actúa también en relación a los padres con los hijos. Esos mismos padres, que pueden ser tan intransigentes entre sí, ja veces son tan benévolo con sus hijos! Hasta el punto de que a veces parece que los hijos son los que mandan en la casa.

Cuando los padres intentan ser firmes y corregir, los hijos se llenan de rebeldía. 'Oh, este papá es el más malo del mundo, es el más duro del mundo; él no me ama'. Hijos rebeldes... hogares divididos. Cada uno se afirma en su posición. Los hijos exigen derechos.

Hoy en el mundo, apenas los hijos tienen cierta independencia económica, se van de la casa. Arriendan un departamento entre varios jóvenes, como huyendo del orden familiar. Otros, todavía están en casa de los padres, pero sólo de cuerpo presente, porque su corazón ya no está ahí. Como aquel niño a quien el papá le mandaba sentarse, pero él estaba ensoberbecido, y no quería obedecer. Finalmente se sienta, pero le dice al papá: 'Me siento, pero todavía, por dentro, estoy de pie'. Así se levanta la carne y divide las familias.

Ahora, cuando David tomó conciencia de lo que había pasado, le consultó al Señor: «¿Perseguiré a estos merodeadores? ¿Los podré alcanzar?». Y él le dice: «Síguelos, porque los vas a alcanzar, y vas a libertar a

los cautivos». Así que David reunió a su pequeño ejército, y partieron detrás de sus cautivos.

Cuando llegan al campamento de los amalecitas, «...y he aquí que estaban desparramados sobre toda aquella tierra, comiendo y bebiendo y haciendo fiesta, por todo aquel gran botín que habían tomado de la tierra de los filisteos y de la tierra de Judá».

Amalec estaba haciendo fiesta. Mientras nosotros lloramos nuestros problemas matrimoniales, la separación de nuestros hogares, la partida de nuestros hijos, Amalec hace fiesta. Así es; ese es nuestro enemigo.

«Y los hirió David desde aquella mañana hasta la tarde del día siguiente; y no escapó de ellos ninguno, sino cuatrocientos jóvenes que montaron sobre los camellos y huyeron» (30:17). ¿Qué les parece? Dice: «...y no escapó de ellos ninguno», y luego dice: «...sino cuatrocientos jóvenes», o sea, Amalec no fue destruido, otra vez; fue vencido, pero no destruido. Cuatrocientos jóvenes escaparon. ¿Qué significa *jóvenes* en la Biblia? Los jóvenes son los que tienen vigor. Entonces, lo más vigoroso de Amalec, quedó en pie. Ellos tienen vigor para huir y escapar. Cuando la espada viene, ellos huyen. Por eso, Amalec sigue presente.

Con todo, gracias al Señor, hubo alegría. Tomaron todo el botín, y sus mujeres y sus hijos. «Y no les faltó cosa alguna, chica ni grande, así de hijos como de hijas, del robo, y de todas las cosas que les habían tomado; todo lo recuperó David» (30:19).

Hermanos, ¡qué maravillosa esperanza tenemos! ¿Ven ustedes el significado espiritual de esto? David aquí

es nuestro Señor Jesucristo. David recupera todo lo que había sido perdido. Sí, en Cristo tenemos esperanza de recuperar todo aquello que la carne ha desbaratado. Todo el daño que ha hecho, en Cristo lo recuperaremos.

Sí, ésa es nuestra confianza, ésa es nuestra esperanza. El Señor nos devolverá todo. Y las lágrimas que lloremos, el dolor que sufrimos, habrán servido para formar algo en nuestro carácter. Ni siquiera las lágrimas se perderán; los dolores no serán gratuitos; ellos también dejarán un saldo favorable. ¡Gracias, Señor Jesús, por tus victorias!

Amados hermanos, ¿qué nos enseña, entonces, este episodio de Sicalag, de Amalec atacando esta ciudad, y quemándola? La ciudad puede ser nuestra casa, o puede ser también la iglesia. Amalec viene y la ataca, y causa destrucción. Ese es Amalec, esa es la carne.

Hermanos, veamos cuántas cosas suceden en nuestros hogares que son producto de nuestros errores o pecados. Cuando nuestros hijos pecan, los padres no podemos 'lavarnos las manos'. Alguna responsabilidad tenemos; puede ser pequeña o grande,

pero tenemos alguna responsabilidad.

Cuánto de nuestro carácter, de nuestra naturaleza adámica, está todavía gobernando las relaciones en la casa. Cuánta dureza de corazón, cuánta incapacidad de perdonar. Que el Señor nos socorra, porque la carne se levanta y es tan fuerte, que puede destruir un hogar, destruir una familia; quitar la paz, la comunión.

Me viene a la memoria ese pasaje en los primeros capítulos de 1 Samuel, cuando el Señor le habla a Elí, y le dice: «Por cuanto honraste a tus hijos más que a mí, y no los estorbaste, yo haré que tú quedes sin hijos».

Ofni y Finees, los hijos de Elí, eran hombres livianos. Sin embargo, el Señor le habló a Elí: «Tú tienes responsabilidad. Es cierto que tú les dijiste a tus hijos que no estaba bien lo que estaban haciendo, pero no fuiste más allá para estorbarlos».

Que el Señor nos ayude para estar atentos y estar advertidos de estas formas sutiles y astutas con las que Amalec se levanta y se presenta, no sea que seamos avergonzados, o destruidos.

(Síntesis de un mensaje impartido en Temuco, en septiembre de 2008).

* * *

Donde estamos y como somos

No estamos aquí para desear estar en algún lugar donde no estamos, o ser algo que no somos, sino para hacer aquello que Le agrada exactamente donde estamos y así como somos.

Amy Carmichael

No vale la pena

Sacar un hombre del barro, sanar su cuerpo, regalarle ropa decente, proveerle con una casa propia en el campo, y dejarle morir e ir al infierno - verdaderamente, no vale la pena.

William Booth (fundador del Ejército de Salvación)

Betania

Betania era una aldea ubicada en la ladera oriental del monte de los Olivos, a unos 3 Km. de Jerusalén, cerca del camino de Jericó. Externamente era como muchas otras; sin embargo, para el Señor Jesús era muy especial, porque allí moraban Marta, María y Lázaro, su amigo.

Cuando se tornó más cruda la oposición en Jerusalén hacia el final de su ministerio, se hizo para él más acogedor ese hogar en Betania. Allí había una mujer que se sentaba a sus pies para escucharle con devoción, otra mujer que se preocupaba de atenderle, y su amigo Lázaro. ¡Cuánto solaz habrá encontrado en ese hogar de modesta aldea! Un remanso de aguas quietas en medio de una tempestuosa y agitada oposición.

Betania significa “Casa de canción” y también “Casa de aflicción”. ¿Contradictorio? No, Betania es ambas cosas. Allí se vivieron momentos sublimes, como la experiencia de la resurrección y el ungimiento de María; y también de gran tristeza, como la muerte del amigo, y la animadversión consiguiente de los religiosos. Es la vida con Cristo, que trae siempre consigo la experiencia de la muerte y de la resurrección; donde, sin embargo, la presencia de Cristo lo preside todo, y lo asegura todo.

Betania es un tipo neotestamentario de la iglesia, que, al margen del sistema religioso que Jerusalén representa – con sus múltiples rituales y su rechazo al Señor – se vuelca completamente hacia Cristo. En sencillez y modestia, los corazones de aquellos amigos se convierten en la verdadera casa del Señor. Todo allí se centra en Cristo; todo mira hacia él y en él encuentra su sentido.

Cuando el Señor asciende a los cielos, lo hace desde Betania, vuelto hacia sus amigos y discípulos, y dando la espalda a Jerusalén. “Así volverá, tal como le habéis visto ir”, dijeron aquellos varones de vestiduras blancas. Así, con su amable rostro dirigido hacia los que le aman, le escuchan, y le honran, así volverá.

Se nos dice que hoy Betania es una aldea ruinosa y pobre llamada «el-Azariyeh», o «Lazariyeh» (el pueblo de Lázaro). ¿Cómo no habría de serlo, si el Señor ya no está ahí? ¿Si sus queridos amigos tampoco están? Ruinoso y pobre es todo lugar donde él no está, donde no se escucha su voz ni se percibe su mirada. Donde no es atendido ni amado, donde él no encuentra complacencia.

LEGADO

Reflexiones acerca de la
visión espiritual.

Buscando la gloria de Cristo como



Hijo de Dios

T. Austin-Sparks

Lecturas: Heb. 1:1-2; Col. 1:13-17; 2ª Cor. 4:4-5; Jn. 1:1, 3-4; 5:20-21; 26-27; 17:5.

Existen tres direcciones principales en que la visión espiritual es necesaria; primeramente en relación con el lugar y significación de Cristo en el esquema divino de cosas. En segundo lugar, con referencia al lugar y significación del

hombre en tal esquema. Y por último, en relación con la realidad, caminos y objetivo de los poderes espirituales de maldad en este universo. De estas tres cosas tratan ampliamente las Escrituras. Ahora vamos a ocuparnos principalmente con la primera de ellas.

El lugar y significación de Cristo

En la persona y obra de Cristo existen dos aspectos: 1) Cristo como Hijo de Dios. 2) Cristo como Hijo del Hombre. Cuando hemos recogido todo cuanto se dice e intima en las Escrituras en cuanto a Cristo como Hijo de Dios, somos llevados a una conclusión. Es ésta: que los derechos y prerrogativas de Dios han sido conferidos por éste sobre Su Hijo, y Dios se ha sujetado para ser personal y definitivamente conocido únicamente a través del Hijo. No existe acceso ni conocimiento de naturaleza personal, ni comunión aparte del Hijo. «*Nadie viene al Padre si no es por mí*» (Juan 14:6). «*Ninguno conoce al Padre sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo lo quiera revelar*» (Mateo 11:27). Esta revelación se encuentra tan sólo en el Hijo. «*El que me ha visto a mí ha visto al Padre*» (Juan 14:9). Así que hemos de preguntarnos: ¿Cuáles son estos únicos y solos derechos de Dios que han sido conferidos al Hijo?

El primero es:

La prerrogativa de la vida

Cuando realmente llegamos a tratar con vida, llegamos a tratar con Dios. Cuando hay algo de vida presente, el hombre puede tener algún lugar. Puede ayudar, estimular, alimentar y cooperar con ella. Pero cuando la vida se ha ido, el hombre no tiene más lugar: es un asunto enteramente de Dios.

Sólo Dios puede tratar con esta situación. La cuestión de vida de los muertos es tan sólo asunto de Dios. Durante toda una generación rugió una batalla sobre este asunto, y de

Se ha escrito mucho sobre la inmortalidad del alma. La Biblia no enseña esto. Continuidad e inmortalidad son dos cosas distintas. La inmortalidad es un rasgo y prerrogativa divina.

manera especial lo hizo alrededor de un hombre, Luis Pasteur. Durante todo el tiempo de su vida, el asunto de la generación espontánea de la vida ardió y dividió a los hombres en escuelas fieramente antagónicas. Pero antes de su muerte el asunto fue claramente establecido. Hoy ningún entendido cree otra cosa que en el reino de lo natural la vida sólo procede de la vida, y nunca de la muerte. De este modo, el campo queda libre para lo sobrenatural, y la vida desde la muerte es la esfera única de Dios.

Lo que es verdad en lo natural, lo es también en lo espiritual. La vida que todos tenemos en común, es decir la vida de cuerpo y alma es una cosa, y la ley anterior se mantiene correcta en relación con ello. Pero existe otra vida: es una vida increada, es vida divina, lo que llamamos vida espiritual. Esto es por completo otra cosa. Podemos tener cien personas, o más aquí, todas ellas vivas en el primer sentido, pero quizás solo unas pocas lo estén en el segundo sentido. La mayoría, aunque muy activos en

cuerpo y alma pueden estar muertos por completo en relación con la vida divina, increada. De este modo se dividen las personas, y según este criterio tenemos dos órdenes de creación completamente diferentes, dos especies de seres.

Se ha escrito mucho sobre la inmortalidad del alma. La Biblia no enseña esto. Continuidad e inmortalidad son dos cosas distintas. La inmortalidad es un rasgo y prerrogativa divina. *«El único que tiene inmortalidad»* (1ª Tim. 6:16). La inmortalidad es esta naturaleza divina que es característica de la vida divina. Es algo por completo más alto que la simple supervivencia a la desintegración y al sepulcro. Esto último sin inmortalidad o vida inmortal debe ser algo muy horrible. Es lo que la Biblia llama metafóricamente estar «desnudo» o «avergonzado». De manera que el apóstol habla de la inmortalidad como ser «revestido», «para que lo mortal sea absorbido por la vida».

De modo que el dar esta vida es prerrogativa sólo de Dios, y aquellos que la poseen son por tanto distintos en realidad interior de todos los demás. Poseen la base de una completa transformación, que es el significado de ser «glorificados».

Sin embargo, nuestro mensaje específico es que Dios ha conferido esta vida a su Hijo Jesucristo, y que no puede poseerse aparte de Él. *«Como el Padre tiene vida en sí mismo, así ha dado al Hijo el tener vida en sí mismo»* (Juan 5:26). *«Como el Padre levanta a los muertos y les da vida, también el Hijo a los que quiere da vida»* (Juan 5:21). El evangelio de la gloria de Cristo es

que Dios le ha dado la gloria de poder dar vida eterna, incorruptible, vida inmortal, a los que creen en él. *«Esta vida está en el Hijo. El que tiene al Hijo tiene la vida»* (1ª Juan 5:11-12). El que tiene al Hijo, tiene de una vez esta vida impartida y todos los gloriosos pensamientos y propósitos de Dios para el hombre se ponen en marcha y están en camino a su cumplimiento.

De modo que lo que se introduce con Cristo es la vida de una nueva creación, un nuevo universo. Todo debe realizarse sobre el principio biológico, pero es una vida distinta de cualquier otra vida en naturaleza, capacidad y conciencia. Siendo peculiarmente la propia vida divina de Dios, es la base y vínculo de la verdadera comunión interior con Él. De este modo podemos ver algo de la inmensa y vital significación de Cristo.

Aceptar a Cristo de manera viva y positiva es recibir una vida que significa una diferencia interior y secreta en nuestra misma constitución, y estar en camino a posibilidades que les son negadas a los otros.

Rechazar o ser negligentes con Cristo es perder o desaprovechar todo lo que Dios se propuso cuando creó al hombre y le puso bajo prueba de fe. Aquí yace el inmenso peligro de las evasivas o la falta de decisión. No está en el poder del hombre el decidir cuándo esta vida le será ofrecida. Cuando Cristo es presentado, éste es el momento en que la vida y la muerte están en las balanzas de nuestra aceptación o rechazo, y los mayores valores y asuntos eternos están vinculados a esta decisión.

Es a todo esto a lo que el gran enemigo de la eterna gloria del hombre quiere cegar y mantenerlo ciego. Una de las cegadoras mentiras del diablo es la mentira de la evolución. Aunque todos creemos en un cierto desarrollo y progreso, la doctrina que declara que el hombre comenzó con la ameba y en el curso de muchos miles, quizás millones de años, pasó por numerosas etapas, es decir: mono, hombre primitivo, hombre civilizado, ser angélico, etc., y finalmente llega a ser un dios habiendo alcanzado la deidad! Esto es una mentira, un fraude diseñado por su satánico inventor para impedir que los hombres reciban a Cristo. Se dice que todo este progreso (?) ha sido efectuado por completo sin ninguna intervención de afuera.

Alguien, escribiendo sobre este tema, lo plantea del siguiente modo: «Hemos oído de una máquina maravillosa que en uno de sus extremos va tomando con una especie de garras el cuero que necesita y la introduce llevándola etapa tras etapa sin ninguna intervención externa hasta que por el otro extremo sale convertida en zapatos. ¡Sin ninguna intervención externa!». El autor dice que esto es evolución. Las garras toman la ameba en un extremo y la introducen, después se supone que la evolución la conduce a través de varias etapas hasta convertirla en ángeles o dioses. «Sin embargo –dice el autor de la ilustración– en cierto momento la ameba es atrapada en el engranaje y desafortunadamente al final ¡salen bestias por el otro extremo que se desgarran unas a otras!». Nos pre-

guntamos: ¿Están los hombres más cerca de los ángeles o los dioses tras estos miles de años? ¿Es la vida mortal de la raza humana tan superior después de todo? Sólo los muy ciegos dirían que sí.

Es justamente en esta pequeña frase – intervención externa – donde está la clave. Nunca habrá una verdadera conformidad a la semejanza de Dios sin intervención externa. Este asunto no funcionará como una máquina. Esta intervención externa planteada en las palabras de Cristo: «*Yo he venido para que tengan vida y para que la tengan en abundancia*» (Juan 10: 10). No hay ninguna esperanza de que el hombre alcance a Dios por sí mismo, pero Dios ha intervenido en la persona de su Hijo y con él ofrece la vida que tiene el poder de llevamos a ser uno con él en semejanza y comunión.

La prerrogativa divina de la luz conferida al Hijo

La segunda prerrogativa de Dios es Luz. ¡Fue Dios quien dijo: «*Hágase la luz, y fue la luz*»! La luz está con Dios. Por supuesto, en la Escritura hay muchas intimaciones de esto en el reino natural. Dios hace tinieblas y luz, y cuando lo desea puede interrumpir el curso natural de las cosas y en este asunto volver la luz en tinieblas y viceversa. Puede dividir el mismo territorio entre luz y tinieblas. Cuando todo Egipto está bajo la plaga en tinieblas, densas tinieblas, los hijos de Israel tienen luz en sus casas. Justo en la misma tierra, luz y tinieblas existieron simultáneamente por intervención divina. Sí, la luz puede ser pre-

servada y mantenida por Dios más allá del curso normal, y las tinieblas pueden ser traídas de manera prematura cuando debería de haber Luz.

Hay mucho de esto en el Antiguo Testamento y es continuado en el Nuevo Testamento. Cuando el Hijo del hombre fue crucificado, las tinieblas cubrieron la tierra hasta la hora novena. Echa fuera al Hijo de Dios y estarás echando fuera la luz de Dios. Esta es la enseñanza. La luz es prerrogativa de Dios.

Lo que se ilustra a través de los tratos de Dios con la naturaleza es la gran verdad de la luz espiritual: que la luz espiritual es prerrogativa de Dios, que en un momento dado él puede hacer brillar la luz en las tinieblas – no tiene que esperar un cierto curso de cosas. Puede apagar la luz en cualquier momento. Está dentro de su poder el hacer esto. Convertir de las tinieblas a la luz es un milagro en el mundo espiritual y una intervención externa, y es igualmente una intervención divina de juicio cuando la luz que hay en nosotros se convierte en tinieblas. Todo esto pertenece a Dios.

De modo que esta segunda prerrogativa de Dios, es decir, la luz, fue también conferida a Jesucristo, su Hijo e integrada en él. *«Yo soy la luz del mundo»* (Juan 9:5). *«En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios y el Verbo era Dios ... Todas las cosas fueron hechas por medio de él y sin él nada de lo que ha sido hecho fue hecho. En él estaba la vida y la vida era la luz de los hombres ... A Dios nadie le vio jamás, el unigénito Hijo que está en el seno del Padre, él le ha dado a conocer»* (Juan 1:1, 3-4, 18).

Echa fuera al Hijo de Dios y estarás echando fuera la luz de Dios. Esta es la enseñanza. La luz es prerrogativa de Dios.

Forma parte de la gloria de Cristo el poder, en un momento dado, irrumpir en nuestras tinieblas. ¿Y no ha sido precisamente esto lo que trajo gloria a nuestros corazones cuando mediante este toque bendito de Su dedo (el Espíritu de Dios) pudimos decir de repente: «¡Veo! ¡Nunca lo había visto así!». ¿Cuál es en este punto el deseo espontáneo de nuestros corazones? Es adorarlo.

Regresemos por un momento a aquel hombre que nació ciego, a quien el Señor dio vista y al final le planteó la cuestión: *«¿Crees tú en el Hijo de Dios?»*. *Él respondió y dijo: «¿Y quién es, Señor, para que crea en él?»*. *Jesús le dijo: «Tú le has visto, y el que habla contigo, él es»*. *Y él le dijo: «Señor, creo. Y le adoró»*. ¿Por qué adoró? Porque para él el Hijo de Dios era una misma cosa con haber recibido la vista. Las dos cosas fueron juntas. El recibir la vista estaba estrechamente unido con Aquel que no podía ser otro que el Hijo de Dios, al haberle dado la vista. Esto es lo que el Señor quería decirnos al incluir este incidente en este evangelio, cuyo propósito es dar evidencia de que Jesús es el Hijo de Dios.

Ya sabéis cómo concluye Juan su evangelio. Si se escribiera todo cuanto podría escribirse, ni en el mundo cabrían los libros; pero estas cosas se escribieron *«para que creáis que Jesús es el Hijo de Dios y para que creyendo tengáis vida en su nombre»* (Juan 20:31). Y este incidente se registra en el libro que tiene este propósito.

Cuando los discípulos dijeron: *«Señor ¿quién pecó, este o sus padres para que naciera ciego?»*, el Señor rechazó esta superstición al decir: *«No es que pecó éste ni sus padres, sino para que las obras de Dios se manifiesten en él»*. Y el Hijo es el instrumento de las obras de Dios. El Señor Jesús ya había dicho que el Padre obra, y que las obras que hace el Padre, el Hijo también las hace, y *«obras mayores que estas le mostrará»*. Las obras de Dios – dar vista a través del Hijo a aquellos que han nacido ciegos, guiándolos a la adoración. Y a Dios no le importa que adores a su Hijo, no se pondrá celoso de su Hijo, porque él se ha adherido con su Hijo y le ha puesto en igualdad consigo mismo y le ha conferido sus derechos y prerrogativas. Adorar al Hijo es como adorar al Padre, porque el Padre y el Hijo son uno.

Que Jesús es el Hijo de Dios se evidencia cuando las personas reciben vista espiritual, y esta es la gloria de Cristo, poder – como decíamos – guiar a la adoración. Es algo muy grande el experimentar, aunque sea sólo un poco de lo que estamos diciendo. Es algo muy grande el tener nuestros ojos abiertos. Es algo grande el tener nuestros ojos abiertos de modo inicial, en lo fundamental. Es

algo grande que mientras seguimos adelante sigamos teniendo los ojos abiertos para ver lo que nadie ha podido enseñarnos, lo que hemos luchado por ver y entender. Después Dios, de manera soberana toca nuestros ojos espirituales, mediante intervención externa, y vemos. ¿No es un gran día cuando vemos de este modo?

Algunos de nosotros conocemos la siguiente experiencia con la palabra de Dios. Sabemos que en un pasaje en concreto hay algo que se nos escapa. Tiene un significado divino, pero no podemos captarlo. Le hemos dado vueltas, hemos procurado ayuda en otros. Hemos acudido a todas las autoridades en este pasaje en particular, pero no hemos captado ese algo que se nos escapa. Aprendemos muchas cosas buenas de lo que otros han dicho, pero de alguna forma sabemos que hay algo esencial que no conseguimos captar.

Se lo traemos de nuevo al Señor y decimos: ‘Señor, si tú quieres que lo entendamos, muéstranoslo en su momento, cuando sea necesario, no simplemente para tener más información, sino cuando vaya a servir a un propósito’. Y lo hemos dejado de este modo con el Señor y hemos seguido adelante en quietud, quizás ocupados con otra cosa, y entonces lo hemos visto por completo y todo el asunto se ha vuelto luminoso. Lo hemos visto y nuestros rostros se han llenado de gozo. Podemos señalar muchas cosas de este tipo en el curso de nuestra vida. Simplemente nos han venido y las hemos recibido. No se nos pueden quitar.

Lo que pretendo aquí es sencillamente ilustrar lo tremendas que son estas irrupciones de luz en nuestra vida, cómo nos elevan, cómo nos llenan de gloria, cómo cambian nuestra perspectiva cuando irrumpe la luz espiritual, luz no de este mundo sino de arriba. El Señor Jesús es la suma de esta luz divina. Él es la luz. Sólo con que nuestros ojos fueran abiertos para ver la trascendencia del Señor Jesús, ¡qué tremendamente distinto sería todo! ¡Cuán liberados nos sentiríamos! Nuestra necesidad es ver al Hijo de Dios como Aquel a quien ha sido conferida la prerrogativa de impartir luz espiritual, porque él es la luz. Es él quien quiere venir a nuestra situación de tinieblas para librarlos de ellas. En esto consiste su gloria, y tú puedes conocer la gloria del Hijo de Dios, puedes adorarlo, porque tus ojos han sido abiertos.

Él está aquí. Del mismo modo que el que Jesús sea la resurrección y la vida significa que él imparte resurrección en cualquier momento y no tan sólo en el día final. Te acordarás que Marta dijo: «*Yo sé que él (Lázaro) resucitará en el día postrero*», y que el Señor le dijo: «*Espera, Marta, yo soy la resurrección y la vida; y estando yo aquí, también puede estarlo el poder del día postrero en lo que a la resurrección se refiere; cuando yo estoy presente no es un asunto de tiempo, ¡puede ser ahora!*». De modo que, estando él aquí puede producirse una nueva creación con una luz de nueva creación. El asunto no es que más adelante tendré luz, sino ahora, mediante esta gloriosa intervención desde afuera.

La gloria de Jesucristo, la que él tenía con el Padre antes de que el mundo fuese, consiste en esto: que él tiene esta prerrogativa tan sólo divina, tiene el derecho, el poder y la capacidad de traer luz. Nadie más puede darla. No es posible llegar a esa luz. Es un don suyo, un acto suyo. Esto es su gloria.

La prerrogativa divina del señorío conferida al Hijo

Una última palabra en referencia a la gloria de Jesucristo como Hijo de Dios. Le ha sido también conferida la prerrogativa divina del gobierno. En este último tema, la decisión en todos los asuntos es de Dios.

Por encima de todas las cosas está Dios. Él gobierna, y lo hace en los reinos de los hombres y entre los ejércitos de los cielos. Él gobierna, pero ahora ha conferido este gobierno a su Hijo. «*Porque el Padre a nadie juzga, sino que todo el juicio dio al Hijo*» (Juan 5:22). Por tanto, esta prerrogativa divina del gobierno ha sido conferida al Hijo.

¿Qué significa esto para nosotros ahora? «*El evangelio de la gloria de Cristo ... Predicamos a Jesucristo como Señor*». Esto es en esencia una sola declaración: la gloria de Cristo, Cristo Jesús como Señor. Creo que he de dejar a un lado los detalles y pasar al final de esta cuestión. La gloria de Cristo sólo se reconoce cuando él es el Señor en realidad, pero cuando lo es, se reconoce su gloria.

Quiero decir que Dios se satisface cuando su Hijo llega al lugar señalado, y Dios no puede estar satisfecho sobre algo sin que el afectado se dé

cuenta de ello. Siempre hay un eco de algo en el corazón de Dios que nos afecta: quiero decir que si el cielo se regocija por un pecador que se arrepiente, tal pecador no dejará de percibir el eco de este gozo celestial. El gozo que le llega a un pecador arrepentido no es únicamente su propio gozo, es el gozo que hay en el cielo, es un eco de lo que está ocurriendo arriba.

Cuando el Padre experimenta complacencia, va a haber un testimonio en aquel en quien tiene esa complacencia. «*Este es mi Hijo amado en el cual tengo complacencia*» (Mateo 3: 17). El Hijo conoce en su propio espíritu, en su propio corazón, el deleite del Padre. «*El Padre ama al Hijo*»: Jesús puede decir esto sin ningún engrimiento ni presunción. Cuando el lugar que le ha sido asignado al Hijo por el Padre se le da efectivamente al Hijo en cualquier vida, cualquier grupo o cualquier lugar de esta tierra, puedes estar seguro que el cielo se abrirá allí, y la gratificación del Padre se manifestará.

Nunca superarás ninguna lucha y batalla por algún asunto relacionado con Su señorío en tu vida sin conocer un nuevo gozo, paz y descanso en tu corazón. Ha habido una lucha sobre algún asunto de obediencia a la voluntad de Dios, algo que el Señor ha dicho. Durante largo tiempo se ha prolongado esta lucha y al final la superas. Al final, tu obstinada voluntad se rinde y lo superas. Se restablece el señorío del Señor, y ¿cuál es el resultado? Descanso, paz, gozo, satisfacción.

Dices: 'Qué necio he sido por re-

sistirme a esto durante tanto tiempo'. ¿Qué es esto? No es simplemente un alivio psicológico que has logrado al superar una situación difícil. Es el Espíritu de Dios trayendo testimonio a tu interior. Es la Santa Paloma iluminando tu espíritu. Es la complacencia del Padre testificada a tu corazón, el señorío de Dios en Cristo establecido. Nunca podremos realmente creer en el absoluto señorío de Dios sin dar a Cristo su lugar. Es una contradicción. Para que el señorío de Dios sea una realidad, Cristo ha de ser Señor en nuestros corazones. Hemos de ver esto.

El obstáculo del yo

Lo que realmente quiero dejar con ustedes en esta última palabra es esto: Pídele por favor al Señor que abra tus ojos al significado del señorío de Cristo en tu vida. ¿Sabes, amado?, todos nuestros problemas giran alrededor de este asunto. Otros señores han tenido dominio sobre nosotros. ¿Qué son estos otros señores? Hay muchos señores. Nuestra propia

Cuando el Señor trata con cosas que obstaculizan el camino de su señorío, es un tiempo oscuro, lleno de sufrimiento, pero vas a llegar al lugar en que vas a darle gracias por todo ello.

alma puede estar dominándonos, nuestros sentimientos, nuestros gustos, preferencias y juicios, lo que no nos gusta, nuestras antipatías, nuestras tradiciones, nuestros maestros, estas cosas pueden estar gobernándonos. Son tantos los señores, y pueden estar gobernando. El Señor desea llevarnos a un lugar más amplio y más libre, un lugar donde el cielo está abierto. Sin embargo, hay algo que todavía nos tiraniza: nosotros mismos estamos en el centro, la vida natural, el *yo* está en el trono, tenemos una manera horrible de atraerlo todo hacia nosotros mismos. En el mismo momento en que surge algo y saltamos al centro de la palestra, la vida del *yo* está gobernando.

¿Qué clase de vida es ésta? Es una vida de sombras por decir lo mínimo. Es una vida de limitaciones, de variabilidad, de subidas y bajadas, de debilidad de incertidumbre. Si queremos salir de ahí y entrar en la luz, la completa luz, en la gloriosa libertad de los hijos de Dios, todos estos otros señores han de ser depuestos, y Cristo ha de ser Señor.

Mientras digo esto, estás por completo de acuerdo conmigo. Dices: 'Si, por supuesto que queremos que Cristo sea Señor, no queremos nada menos que esto, que Cristo sea Señor, y sabemos que ha de ser Señor. ¡Sabemos que Dios le ha hecho Señor y Cristo! Estamos de acuerdo'.

Amados, esto está bien, pero, ¿qué vamos a hacer? Después de asentir, de estar de acuerdo, ¿vamos a seguir imponiendo nuestro propio criterio, vamos a seguir tratando con los demás y con las situaciones en

nuestra propia fuerza? ¿Vamos a seguir saliendo en la foto, vamos a seguir permitiendo a aquellos antiguos dominadores que nos influencien? Este establecimiento de Cristo como Señor es algo que sólo puede hacerse, no por asentir ni por estar de acuerdo – aunque esto es también necesario. Sólo puede ser hecho siendo nosotros quebrantados, y hemos de decirle al Señor: 'Señor, rompe todo lo que esté en el camino, quita de en medio todo obstáculo a tu absoluto señorío'.

«Mi ídolo más amado, sea el que sea, ayúdame a echarlo de tu trono y adorarte sólo a ti».

Puede haber algo muy querido, una parte de nuestro mismo ser, y está obstaculizando el camino: nuestra misma vida, nuestro *yo*. Algo debe hacerse en nosotros, pero qué importante es que veamos cuántas cosas dependen del lugar y trascendencia de Cristo en el orden divino, Cristo como Señor. ¿Qué depende de esto? La gloria de Cristo.

¿Alguna vez has entrado en una nueva posición con el Señor en que su señorío haya sido establecido en una manera nueva, en algún nuevo asunto, en alguna nueva esfera? ¿Has experimentado esto y te has sentido mal por ello, sientes que has perdido algo? Sabes que es lo contrario. Puede que la experiencia haya sido terrible y profunda, pero cuando la has pasado glorificas a Dios. Cuando el Señor trata con cosas que obstaculizan el camino de su señorío, es un tiempo oscuro, lleno de sufrimiento, pero vas a llegar al lugar en que vas a

darle gracias por todo ello. ¿Cómo puede ser esto? Esto es lo que sentimos mientras estamos en el proceso, pero estoy seguro, y la experiencia lo demuestra en cierto grado, que cuando estamos al otro lado, y el Señor tiene un nuevo lugar en nuestra vida, le damos gracias y le decimos: 'Has sido justo fiel y verdadero'. Puedes decir esto por fe, pero qué maravilloso es decirlo por experiencia. Fiel y verdadero.

La gloria de Dios en la faz de Jesucristo, la gloria de Cristo, el evangelio de la gloria de Cristo como Hijo de Dios, todo esto nos llega en términos de vida, luz y señorío. Que el Señor nos guíe a la experiencia de estas cosas.

(Nota: Este artículo es el capítulo 6 del libro «Visión espiritual» del autor. Los 5 capítulos anteriores han sido publicados por Aguas Vivas de la siguiente manera: cap.1, en la N° 33, cap.2 en la N° 34, cap.3 en la N° 52, cap.4 en la N° 18, y cap.5 en la N° 53).

* * *

La respuesta a un escéptico

Cierta vez Charles Finney, el evangelista norteamericano del siglo XIX, se encontró con un hombre muy culto, cuyo escepticismo elegante había hallado imitadores.

– Sí, señor, yo soy escéptico. Si usted logra probarme que la Biblia es el libro de Dios, me dará un placer infinito.

– ¿Cree usted en la existencia de Dios? – le preguntó Finney.

– Sí, por cierto; yo no soy ateo.

– Entonces, ¿opina usted que ha tratado a Dios como debía hacerlo, ha respetado usted su autoridad, le ha amado? Porque usted admite, al menos lo supongo, que debe amarle y tratar de agradarle conforme a las luces que usted tiene.

– Sí, yo admito todo esto.

– Pero, ¿ha obrado usted en conformidad con esto?

– Confieso que no lo he hecho como debía.

– Pues bien, ¿con qué objeto le daría a usted más luz, si no obra conforme a la luz que usted ya tiene?

Siguió una pausa, y Finney añadió:

– Cuando usted se haya arrepentido de haber sido infiel a sus nociones del deber, y esté resuelto a procurar en adelante hacer la voluntad de Dios en lo que usted la conoce, entonces yo trataré de probarle que la Biblia es de Dios. Hasta aquel día sería completamente inútil.

Sintiendo que la conversación había terminado, el escéptico se retiró murmurando:

– Al fin y al cabo, usted no exige nada que no sea razonable.

Al día siguiente, al despuntar el alba, cuando Finney se estaba vistiéndolo, llamaron a su puerta. Era el escéptico. Entró exclamando lleno de gozo:

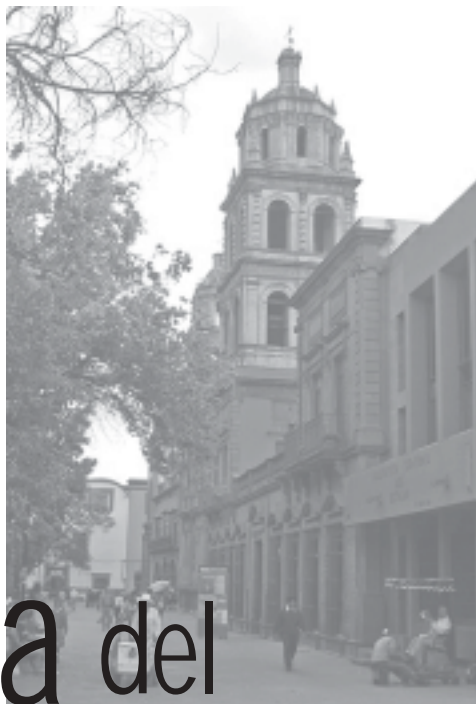
– ¡Señor Finney, Dios ha hecho un milagro!

Y refirió cómo, al tratar en seguida de hacer lo que sabía ser la voluntad de Dios, había sido iluminado con una luz repentina, y había sido puesto frente a frente de Jesucristo.

Tomado de Charles G. Finney, su vida y su obra

LEGADO

Reflexiones acerca
de la Iglesia.



«La iglesia del Nuevo Testamento no era...»

A. W. Tozer

La iglesia primitiva no era meramente una organización o un movimiento, sino una encarnación andante de la energía espiritual. La iglesia empezó en poder y se movió mientras ella tuvo poder. Cuando ella ya no tenía poder se encerró para

su seguridad y buscó conservar sus ganancias. Pero sus bendiciones fueron como el maná: cuando intentaron guardarlo toda la noche, crió gusanos y hedió. Así nosotros hemos tenido monasticismo, escolasticismo, el institucionalismo; y todos ellos han

sido indicativos de la misma cosa: la ausencia de poder espiritual. En la historia de la iglesia, cada retorno al poder del Nuevo Testamento ha marcado un nuevo adelanto en algún lugar, y cada disminución de poder ha visto el levantamiento de algún nuevo mecanismo para la conservación y defensa. Si este análisis es razonablemente correcto, entonces nosotros estamos hoy en un estado de energía espiritual muy baja.

El único poder que Dios reconoce en su iglesia es el poder de Su Espíritu; mientras que el único poder realmente reconocido hoy por la mayoría de los evangélicos es el poder del hombre. Dios hace su obra por la operación del Espíritu, mientras los líderes cristianos intentan hacer la suya por el poder del intelecto entrenado y consagrado. La personalidad brillante ha tomado el lugar de la inspiración divina.

Sólo lo que se hace a través del Espíritu Eterno morará eternamente.

La esencia de la verdadera religión es la espontaneidad, el mover soberano del Espíritu Santo sobre y en el espíritu libre de los hombres redimidos. Cuando la religión pierde su carácter soberano y se vuelve mera forma, esta espontaneidad también está perdida, y en su lugar viene el precedente, la propiedad, el sistema y la 'mentalidad del kardex'. Detrás de la 'mentalidad del kardex'

está la creencia de que la espiritualidad puede organizarse.

Durante siglos, la iglesia se mantuvo firme contra toda forma de entretenimiento mundano, denunciando lo que éste era – un dispositivo para perder el tiempo, un refugio contra la voz perturbadora de la conciencia, un esquema para desviar la atención de la responsabilidad moral. Pero últimamente ella parece haber decidido que si no puede conquistar al dios del Entretenimiento, puede unir fuerzas con él y hacer uso también del poder que él usa.

La cristiandad está tan enredada con el mundo que millones nunca imaginarán cuán radicalmente han perdido el modelo del Nuevo Testamento. El compromiso está por todas partes. El mundo está lo bastante encubierto como para pasar la inspección de hombres ciegos que posan como creyentes.

La cristiandad evangélica está ahora trágicamente por debajo de la norma del Nuevo Testamento. La mundanalidad es una parte aceptada de nuestro estilo de vida. Nuestro entorno religioso es social en lugar de espiritual. Hemos perdido el arte de la adoración. No estamos produciendo santos; nuestros modelos son los exitosos hombres de negocios, los atletas famosos y las personalidades teatrales. Nosotros continuamos nuestras actividades religiosas con los

La cristiandad está tan enredada con el mundo que millones nunca imaginarán cuán radicalmente han perdido el modelo del Nuevo Testamento.

métodos de la publicidad moderna. Nuestros hogares se han convertido en teatros. Nuestra literatura es poco profunda y nuestro himnario linda en el sacrilegio. Y escasamente alguien parece notarlo.

Mucho de lo que acontece en la cristiandad del Nuevo Testamento es poco más que verdad objetiva endulzada con canción y sazónada por la entretención religiosa. Cristo llama a los hombres a tomar una cruz; nosotros los llamamos a divertirse en Su nombre. Él los llama a abandonar el mundo; nosotros les aseguramos que si ellos aceptan a Jesús el mundo será su refugio. Él los llama a sufrir; nosotros los llamamos a disfrutar todas las comodidades burguesas que brinda la civilización moderna. Él los llama a la autonegación y la muerte; nosotros los llamamos a extenderse como árboles o a volverse estrellas en el lastimoso firmamento religioso. Él los llama a la santidad; nosotros los llamamos a una felicidad barata y chillona que habría sido rechazada con desdén por el menor de los filósofos estoicos.

Un nuevo Decálogo ha sido adoptado por los neocristianos de hoy, la primera palabra del cual dice: «No discreparás»; y también una nueva serie de bienaventuranzas que empieza: «Felices aquellos que toleran todo, porque ellos no se harán responsables de nada». Es ahora cosa aceptada hablar sobre las diferencias religiosas en público con la comprensión de que nadie intentará convertir a otro o señalará errores en sus creencias. Imaginen a Moisés aceptando tomar parte en un panel de discusión

con Israel sobre el becerro de oro; o a Elías comprometido en un caballeroso diálogo con los profetas de Baal. O intenten imaginarse a nuestro Señor Jesucristo buscando reunirse con los fariseos para zanjar las diferencias.

La bendición de Dios es prometida al pacificador, pero el negociador religioso vigila mejor sus pasos. La oscuridad y luz nunca pueden ser reunidas por el hablar. Algunas cosas no son negociables.

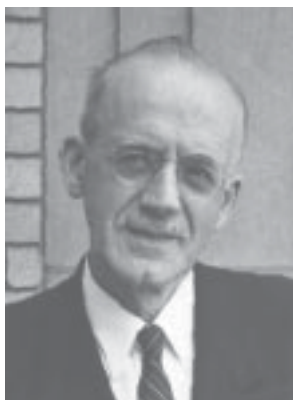
Cien personas religiosas tejidas en una unidad por una organización cuidadosa no constituyen una iglesia más que once hombres muertos hacen un equipo de fútbol. El primer requisito es la Vida (*Zoe*), siempre.

La moderna boga de invocar la ciencia en apoyo de la cristiandad no demuestra la verdad de la fe cristiana, sino la incertidumbre royendo en los corazones de aquéllos que deben mirar a la ciencia para dar respetabilidad a su fe.

La ciencia, la diosa de hablar dulce que hace poco tiempo dispuso sonrientemente de la Biblia como una guía fidedigna y tomó al mundo de la mano para llevarlo a un milenio hecho por el hombre, ha resultado ser un dragón capaz de destruir ese mismo mundo con una sacudida de su cola ardiente.

La Biblia habla de otro mundo demasiado perfecto para ser descubierta con los instrumentos de la investigación científica. A través de la fe nosotros captamos ese mundo y lo hacemos nuestro. Es accesible a nosotros por medio de la sangre del pacto eterno.

Tomado de Caminos al Poder.



Pensamientos de A.W. Tozer

Me temo que los cristianos modernos somos de hablar mucho y de poco actuar. Usamos el lenguaje del poder, pero nuestras acciones demuestran debilidad.

Un ministro ineficaz, semi-muerto, es una propaganda mejor para el infierno que un buen hombre muerto.

Existe un verdadero peligro en los esfuerzos de algunos de sustituir la vida por la organización, de tal manera que mientras que tienen un nombre para vivir, están espiritualmente muertos.

No es el cuerpo de verdad lo que ilumina, sino el Espíritu de verdad.

Mi servicio será juzgado por Cristo, no por cuánto haya hecho sino por cuánto más podría haber hecho.

A los ojos de Dios, mis dádivas no se miden por cuánto he dado, sino por cuánto he dejado para mí una vez que aparté mi dádiva.

Santos que no son santos; esa es la tragedia del cristianismo.

Si un hombre trata de poner la fe de Cristo a la par de la opinión humana, o trata de probar que sus enseñanzas están en armonía con esta filosofía o aquella religión, al procurar defender a Cristo en realidad lo está rechazando.

Debemos odiar el pecado en nosotros mismos y en todos los hombres, pero jamás debemos subestimar al hombre en el que se encuentra el pecado.

Buscar a Dios en las inspiradas Escrituras dejando de lado su propia revelación, es no sólo fútil sino peligroso.

Permanece cerca de Jesús, ¡y todos los lobos del mundo no podrán dañarte!

La verdadera adoración busca la unión con el ser amado, y es un esfuerzo activo para salvar la distancia entre el corazón y Dios a quien adoramos.

Cuando encuentro a alguien que se halla muy cómodo en este mundo y en su sistema, me siento obligado a dudar de si alguna vez ha nacido verdaderamente de nuevo. En verdad, todos los cristianos que conozco que hacen algo para Dios son aquellos que no están acordes a su época, que no están en concordancia con su generación.

Yo no creo que ningún bien duradero pueda provenir de actividades religiosas que no echen sus raíces en esta cualidad de la criatura: el temor. El animal que está dentro de nosotros es muy fuerte y seguro de sí mismo. Hasta que no haya sido vencido, Dios no se revelará a los ojos de nuestra fe.

El Espíritu Santo no es un lujo que pretende crear cristianos de lujo, como la portada con letras doradas y cubiertas de cuero hace que un libro sea de lujo. El Espíritu es una necesidad imperativa. Sólo el Espíritu eterno puede realizar obras eternas.

Existe el arte de olvidar, y cada cristiano debería hacerse diestro en esto. Olvidar las cosas que quedan atrás es una necesidad positiva si es que vamos a convertirnos en algo más que bebés en Cristo.

Algo grato en la relación con nuestro Padre celestial es descubrir que nos ama por lo que somos, y que valora nuestro amor más que muchas galaxias de nuevos mundos.

Hoy, como en todos los siglos, los verdaderos cristianos son un enigma para el mundo, una espina en la carne de Adán, un enigma para los ángeles, el deleite de Dios y la habitación del Espíritu Santo.

Los padres de la iglesia escribieron diciendo que si un hombre siente que está ocupando algún lugar en el reino de Dios, eso es orgullo, y hasta que eso muera, en realidad no ocupa ningún lugar.

El hombre que está seriamente convencido de que merece ir al infierno, posiblemente no vaya allí, mientras que el hombre que está seguro de que merece el cielo, con toda seguridad nunca entrará en ese bendito lugar.

El científico moderno ha perdido a Dios en medio de las maravillas de este mundo; nosotros los cristianos estamos en verdadero peligro de perder a Dios en medio de las maravillas de su Palabra.

Cualquier avivamiento que venga a una nación y deje a la gente tan enamorada del dinero como antes y tan absorbida por los placeres mundanos, es una trampa y un engaño.

En muchas iglesias el cristianismo ha sido diluido hasta que la solución es tan débil que si fuera veneno no dañaría a nadie, y si fuera medicina no curaría a nadie.

Es dudoso si Dios puede bendecir a un hombre grandemente hasta que Él lo haya herido profundamente.

Un cristiano real es un caso raro, sin duda. Él siente amor supremo hacia Aquel a quien nunca ha visto; habla todos los días familiarmente con alguien a quien no puede ver; espera ir al cielo por la virtud de Otro; se vacía para estar lleno; admite que está errado si puede declararse recto; desciende para levantarse; es más fuerte cuando es más débil; más rico cuando es más pobre y más feliz cuando se siente peor. Muere para poder vivir; abandona para tener; regala para guardar; ve lo invisible; oye lo inaudible.

Fees ver lo invisible, pero no lo inexistente.

He hallado que Dios es cordial y generoso y en todos los sentidos es fácil vivir con él.

He aquí una prueba para ver si tu misión en la vida terminó: si todavía estás vivo, es que no.

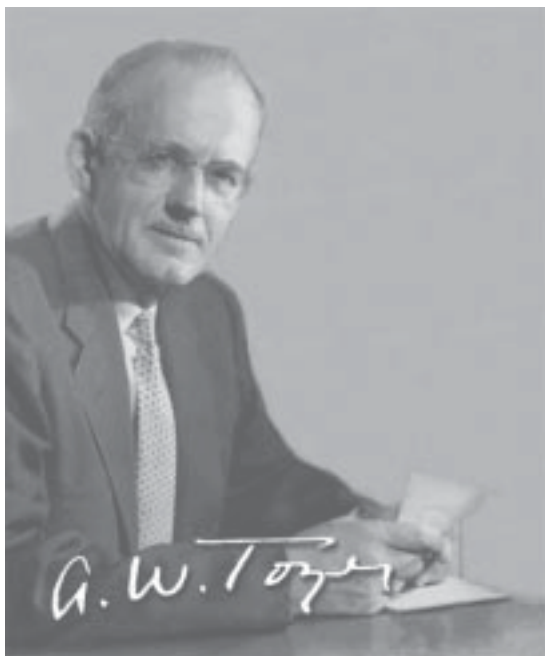
Mi fuego no es grande, pero es real, y puede haber algunos que pueden encender su vela en su llama.

¿Cómo podemos excusar esa pasión por la publicidad tan claramente evidente entre los líderes cristianos? ¿Qué decir sobre la ambición política en los círculos de la iglesia? ¿O sobre la afiebrada palma que se extiende por más y mayores 'ofrendas de amor'? ¿O sobre el egotismo

desvergonzado entre cristianos? ¿Cómo podemos explicar nosotros el burdo hombre de culto que habitualmente levanta a uno y otro líder popular al tamaño de un coloso? ¿Qué decir sobre el obsequioso 'besamanos' a hombres adinerados por aquéllos que pretenden ser predicadores legítimos del evangelio? Hay sólo una respuesta a estas preguntas; es simplemente que en estas manifestaciones nosotros vemos el mundo y nada más que el mundo. Ninguna profesión apasionada de amor por 'las almas' puede cambiar lo malo en bueno. Éstos son los mismos pecados que crucificó Jesús.

Casi todo lo asociado con el ministerio se puede aprender con una cantidad media de uso inteligente. No es difícil predicar o manejar asuntos de la iglesia o atender una llamada social; las bodas y entierros pueden conducirse fácilmente con un poco ayuda de Emily Post y el *Manual del Ministro*. Se puede aprender a hacer un sermón tan fácilmente como fabricar zapatos – introducción, conclusión y todo. Y así con todo el trabajo del ministerio como se lleva en la iglesia promedio de hoy. Pero la oración – esa es otra cuestión. Allí Mrs. Post está incapacitada, y el *Manual del Ministro* no puede ofrecer asistencia. Allí el solitario hombre de Dios debe luchar solo, a veces con ayuno, lágrimas y cansancio indecible. Allí cada hombre debe ser original, porque la verdadera oración no puede imitarse ni puede aprenderse de alguien más.

* * *



«Temo que nunca veremos otro Tozer. Hombres como él no los forma la universidad, sino que son enseñados por el Espíritu».

Leonard Ravenhill

Un profeta del siglo XX

Nacido el 21 de abril de 1897, en La Jose (ahora Newburg), una diminuta comunidad agrícola en la región montañosa de Pennsylvania occidental, Aiden Wilson Tozer influyó en su generación como pocos. Fue pastor, predicador,

autor, editor, expositor en conferencias bíblicas, y mentor espiritual.

Pero más que eso, Tozer ganó la reputación de ser un profeta del siglo XX. Sus dones espirituales y su caminar con el Señor le permitieron un grado de visión con respecto a la ver-

dad bíblica y la naturaleza y el estado de la iglesia evangélica en su día. Capaz de expresar sus percepciones de una manera hermosa, simple, poderosa, Tozer era a menudo la voz de Dios cuando las palabras de otros eran sólo ecos. Él vio a través de la niebla de la cristiandad moderna, señalando las piedras en las que podría tropezar si continuara su curso.

Primeros pasos

A.W. Tozer fue el tercero de seis hijos, y recibió muy poca educación durante su niñez. En cambio, le tocó ocuparse de las labores domésticas. En 1907, cuando su hermano dejó el hogar para trabajar en la fábrica de caucho Goodrich en Akron, Ohio, Tozer se vio forzado a hacer el difícil trabajo de un granjero. A los 15 años, toda la familia se trasladó a Akron, y Tozer fue a trabajar a la Goodyear.

Poco antes de su cumpleaños 17, Tozer oyó a un predicador callejero mientras regresaba a casa de su trabajo. Él no pudo sacudirse el simple mensaje. «Si tú no sabes cómo ser salvo, sólo clama a Dios, diciendo: 'Señor, ten misericordia de mí, pecador'». Después de luchar con Dios durante un tiempo en casa, Tozer salió del santuario de su ático como una nueva criatura en Cristo. De hecho, aquel lugar se volvería de ahí en adelante su refugio, donde oraba y meditaba en la bondad de Dios.

Bajo la tutela de su futura suegra, Tozer progresó rápidamente en las cosas de Dios. Ella lo animó a leer buenos libros, estudiar la Biblia, y orar. También le instó a predicar, a menudo reuniendo a las personas en

casa de ella para oírlo. A falta de una formación teológica, la presencia de Dios fue su aula. Sus cuadernos y herramientas consistieron en la oración y los escritos de los cristianos y teólogos tempranos – los puritanos y los grandes hombres de fe.

Tozer entró en la Iglesia Alianza Misionera poco después de su conversión, donde conoció a Ada Cecilia Pfautz, con quien se casó en 1918, a la edad de veintinueve años. Del matrimonio nacieron siete hijos, seis varones y una mujer.

El amor de Tozer por la lectura saturó su vida familiar. Él examinaba a sus hijos sobre lo que leían y les contaba historias a la hora de acostarse. «Lo que más recuerdo de mi padre», evoca su hija Rebecca, «eran esas historias maravillosas que nos narraba». Pero la instrucción iba de la mano con la amonestación. Su hijo Wendell, uno de los seis varones nacidos antes de la llegada de Rebecca, recuerda: «Todos nosotros preferíamos ser tratados por nuestra madre que tener un rapapolvo de nuestro papá».

Comienzo de su ministerio

En 1919 Tozer fue llamado a servir como pastor en una pequeña iglesia en Nutter Fort, West Virginia. En estos principios humildes, Tozer y esposa comenzaron un ministerio que abarcaría unos cuarenta y cuatro años en la Alianza Cristiana y Misionera. Después seguirían otras iglesias en Indiana y Ohio. Aunque nunca asistió a un instituto bíblico o seminario, Tozer habría de recibir dos doctorados honorarios.

Por primera vez él empezó a registrar sus pensamientos en papel. Este cambio abriría para él en el futuro un lugar como un escritor prolífico.

El dinero fue extremadamente ajustado en los días tempranos de su ministerio. Viviendo un estilo de vida simple y modesto, él y su esposa nunca poseyeron un automóvil, prefiriendo viajar en autobús y tren. Los Tozers hicieron un pacto de confiar en Dios para todas sus necesidades sin tener en cuenta las circunstancias. «Estamos convencidos de que Dios puede enviarles dinero a Sus hijos creyentes - ¡pero es cosa fácil emocionarse por el dinero y no dar gloria a quien es el Dador!». Nunca se movió de este principio. Las cosas materiales nunca fueron un problema. Si Tozer tenía comida, vestuario, y sus libros, él estaba dichoso.

De hecho, después de volverse un autor cristiano muy conocido, Tozer asignó muchos de sus derechos de autor a aquellos que estaban en necesidad.

Mientras pastoreaba aquella iglesia en Indianápolis, Tozer notó que su ministerio estaba cambiando, y que Dios lo conducía hacia una nueva etapa de servicio. Por primera vez él empezó a registrar sus pensamientos en papel. Este cambio abriría para él en el futuro un lugar como un escritor prolífico.

Su ministerio en Chicago

Corría la segunda mitad del año 1928. A.W. Tozer recibió una carta de

una iglesia en el área sur de Chicago que lo quería como su pastor - pero él no estaba interesado. Nada en su espíritu lo inducía a dejar Indianápolis, donde él era un pastor feliz y exitoso.

Él recibió varias cartas más de Chicago insistiendo sobre el asunto. Finalmente, Tozer estuvo de acuerdo en predicar un domingo para ellos. Aquel primer domingo fue notable. Francis Chase, un amigo íntimo de Tozer, lo recordaba así. «Él dijo muy poco, y yo no esperaba mucho. Era bajo de estatura, de abundante cabellera negra, y ciertamente no lo que se dice un figurín de moda. Sus zapatos aun entonces eran pasados de moda. Yo lo presenté y lo dejé en la plataforma. Él no dijo nada acerca de sentirse contento de estar allí o cualquiera de esas frases usuales en tales ocasiones, sino simplemente introdujo el tema de su sermón, que era 'la Abadía de Westminster de Dios', basado en Hebreos 11».

Después del servicio, las personas susurraron a los líderes de la iglesia: «¡No le permitan escaparse!». Los líderes pensaban lo mismo. Aquí había un hombre que obviamente había pasado tiempo en la presencia de Dios. Le preguntaron si él podía pastorearles, pero Tozer contestó: «Eso no me corresponde a mí decidirlo».

Después de otros intentos falli-

dos, finalmente la persistencia de la Tabernáculo del Evangelio de Southside, Chicago, fue recompensada. Todavía incierto sobre el movimiento que estaba haciendo, Tozer aceptó la invitación. Eufóricos, los líderes de la iglesia anunciaron su decisión. El 4 de noviembre de 1928, A., W. Tozer se hizo pastor del Tabernáculo del Evangelio de Southside.

Escribiendo a un amigo después de aceptar la llamada a Chicago, Tozer confidenció: «Tan pronto como traspasé el perímetro urbano de Indianápolis, tuve testimonio claro de mi decisión. Allí sentí sobre mi alma una dulce paz, y supe que yo estaba en la voluntad de Dios».

Ahora, un campo más grande se abría ante él. La situación de la iglesia de Southside era ideal. Chicago estaba experimentando un *boom*. Los profesores y estudiantes de los institutos cristianos de la ciudad encontraban que Tozer no sólo desafiaba el corazón, sino la mente. El ideal de Tozer era tener una iglesia donde el Espíritu de Dios fuera notorio cuando uno meramente cruzaba el umbral, y esto parecía haber sido logrado.

Desde el principio, su enfoque de predicación cautivó a la congregación. Había alrededor de ochenta personas cuando Tozer empezó, y la congregación tuvo que ampliar la construcción en 1941 para acomodar aproximadamente a 800. Muchos sentían que había sólo dos grandes iglesias en Chicago: la Moody Memorial Church, con Harry Ironside, y la Iglesia Alianza de Southside. Cientos de personas, especialmente estudian-

tes de la universidad cercana, acudían a sus servicios.

Tozer predicó sobre todas las doctrinas mayores y a través de libros enteros de la Biblia – pasando tres años en el Evangelio de Juan, por ejemplo.

Desde 1951, el ministerio de Tozer creció, cuando WMBI, la estación de radio Moody, inició la transmisión de un programa semanal desde el estudio de su iglesia. Su ministerio a los institutos bíblicos cercanos era su deleite especial. Tozer sirvió en la Iglesia Alianza de Southside desde 1928 hasta 1959, cuando aceptó el llamado de la Iglesia Alianza de Avenue Road en Toronto, Canadá.

Durante muchos años, Tozer ‘representó’ a la Alianza Cristiana y Misionera, de muchas formas. Pero a causa de lo elevado de su visión devocional, y la profundidad de sus visiones proféticas, él estaba mucho más allá de los límites de la ACM. En este aspecto de su ministerio él era, en su mayor parte, no-doctrinal.

Tozer solía decir: «Rehúso permitirle a cualquier hombre que me ponga sus lentes y me obligue a ver todo en su luz». Él literalmente «se quemó las pestañas» en su búsqueda de la verdad. Aparte de su lectura incansable de la Biblia, se entregó al estudio de los grandes clásicos en religión, filosofía, literatura, poesía, los padres de la iglesia y los místicos cristianos. Su amor especial por la poesía y los himnos de la iglesia dio alas a su predicación y a sus escritos.

Lector voraz, él leía un trozo, y luego pensaba y reflexionaba sobre lo que había leído. Decía a menudo:

«Debes pensar diez veces más de lo que lees». Nunca leyó un libro meramente para decir que él lo había leído. Siempre un libro era para guiarse en su búsqueda de Dios. En un editorial que escribió sobre la materia, Tozer dijo que el mejor libro era aquel que ponía al lector en un tren de pensamiento y luego se retiraba, terminada su obra.

Su vida de oración

El ministerio de Tozer fue sustentado por la oración constante. Él era visto a menudo paseando por los pasillos de un santuario o postrado en el suelo, orando. Tozer decía a menudo: «Como un hombre ora, tal es él». Un biógrafo destacó: «Tozer ocupó más tiempo en sus rodillas que en su escritorio». «Su predicación, así como sus escritos, no eran sino extensiones de su vida de oración», comenta James L. Snyder, en el libro *En Busca de Dios: La Vida de A. W. Tozer*. Lo que él descubriría en oración pronto hallaba aplicación en sus sermones, luego en sus artículos y editoriales y finalmente en sus muchos libros.

El predicador

Los sermones de A.W. Tozer nunca eran superficiales. Él pensaba profundamente acerca de Dios y quería que otros experimentaran al Dios que él conocía. Tozer tenía la habilidad de guiar a sus oyentes de tal manera que ellos pudieran medir sus propias vidas a través de la Palabra viva de Dios.

Todo lo que Tozer enseñaba y predicaba provenía del tiempo que él pasaba en oración. Allí cerraba las puer-

tas al mundo y su confusión, enfocándose en cambio sólo en Dios.

Él comprendió temprano en su ministerio que Cristo lo estaba llamando a un tipo diferente de devoción – uno que requería un vaciarse de sí mismo y un hambre de ser llenado a desbordarse con el Espíritu de Dios. Fue también una devoción que lo consumió a lo largo de su vida.

«Dios se revela a los bebés», escribió Tozer, «y se esconde en espesa oscuridad de los sabios y los prudentes. Debemos simplificar nuestro acercamiento a Él».

El método de Tozer para predicar era la fuerte declaración de principios bíblicos, nunca una mera participación en estudios de palabras, ingeniosos esquemas o estadísticas. Su estilo era el desarrollo simple de la verdad tan naturalmente como una flor que se despliega bajo la luz del sol.

Hábil para expresar sus pensamientos de una manera simple pero poderosa, Tozer combinó el poder de Dios y el poder de las palabras para nutrir almas hambrientas, calar corazones humanos, y llevar las mentes terrenales hacia Dios.

Su humor, escrito y hablado, se ha comparado al de Will Rogers, honrado y doméstico. La congregación podía en un momento ser barrida por ventarrones de risa y al siguiente quedarse en un silencio santo. No era un narrador o contador de cuentos, pero en el giro de una frase, una aguda observación a través de sátira o una ilustración doméstica, él lograba su propósito.

Sus sermones no eran apelaciones

emocionales superficiales. Detrás de ellos había un pensamiento sólido, y Tozer obligaba a los oyentes a que pensarán. Tenía la habilidad de hacerles enfrentarse a la luz de lo que Dios estaba diciendo.

Cuando predicaba, Tozer sostenía su Biblia en su mano izquierda y con su mano derecha sus notas. Él siempre predicaba con un esquema, normalmente un pedazo de papel plegado por la mitad, con notas cuidadosamente escritas en dos de las mitades interiores sujetas a la página de su Biblia. Todo el tiempo que predicaba se mecía de un lado a otro sobre sus pies.

Sobre todo en su propio púlpito, los primeros minutos parecía como si él fuera leyendo despacio, deliberadamente de un manuscrito inexistente. Nunca corría de arriba a abajo, rara vez se movía o hacía alguna demostración. En lugar de gritar, usaba frases frescas, precisas, concluyentes. Hablaba con voz tranquila y sabía cómo enfatizar las cosas rompiendo la frase con una palabra. Su idea del arte del sermón era: «Consigue bajar la idea y las palabras cuidarán de sí mismas en la entrega».

Tozer siempre hablaba en figuras, incluso en la conversación privada. Esto era debido, sin duda, a su entrenamiento, lectura y meditación. En la edición de las obras publicadas de

Tozer, sus ilustraciones y la mayor parte de su humor fueron dejadas fuera.

El escritor y editor

En 1950 Tozer fue elegido editor del semanario *Alliance Weekly*, ahora llamado *Alliance Life*, revista oficial de la Alianza Cristiana y Misionera. El comité que presentó el nombre de Tozer, dijo de él: «Su estilo es claro y poderoso, y los creyentes amantes de la Biblia aprobarán su presentación única de un evangelio centrado en Cristo... en todas partes».

Esto probó ser profético, ya que, bajo la dirección de Tozer, la revista dobló su tiraje. El *Alliance Weekly*, por sobre todo, ayudó a establecer a Tozer como un portavoz de la iglesia evangélica en grande. Alguien observó que el semanario era la única revista suscrita solamente por sus editoriales. En efecto, muchos se suscribieron a ella simplemente por los punzantes editoriales y los profundos artículos de Tozer.

Ellos publicaron sus editoriales simultáneamente en Gran Bretaña. H.F. Stevenson, editor de la revista *The Life of Faith* en Londres, dijo: «Su examen de la escena contemporánea es tan pertinente a Gran Bretaña como a su propio país, de modo que sus artículos y libros también fueron leídos aquí con avidez».

Después del servicio, las personas susurraron a los líderes de la iglesia: «¡No le permitan escaparse!». Los líderes pensaban lo mismo.

En años recientes se han reunido varios de esos editoriales en el libro *La Raíz del Justo*. En ellos, Tozer fustiga sin piedad la falsa religiosidad de su tiempo. Así, los primeros párrafos de su libro dicen: «Una marcada diferencia entre la fe de nuestros padres y la misma fe entendida y vivida por sus hijos es que los padres se preocupaban por la raíz de la materia, mientras sus descendientes hoy sólo parecen interesados con el fruto».

«Mucho de lo que pasa en la cristiandad hoy es el breve esfuerzo luminoso de la rama desgajada para dar su fruto en su tiempo. Pero las leyes profundas de la vida están en su contra. La preocupación por las apariencias y un abandono correspondiente de la raíz invisible de la verdadera vida espiritual son señales proféticas que se han desatendido. Los «resultados» inmediatos son toda esa cuestión, pruebas rápidas de éxito presente sin un pensamiento de la próxima semana o el próximo año. El pragmatismo religioso está corriendo descontrolado entre los ortodoxos. La verdad es cualquier cosa que funciona. Si consigue resultados es bueno. Hay sólo una prueba para el líder religioso: el éxito. Todo se le perdona excepto el fracaso».

«Un árbol puede superar casi cualquier tormenta si su raíz es profunda, pero cuando la higuera que nuestro Señor maldijo se secó desde sus raíces inmediatamente se marchitó. Una iglesia que está firmemente arraigada no puede ser destruida, pero nada puede salvar a una iglesia cuya raíz está seca. Ningún estímulo,

ninguna campaña de publicidad, ningún regalo de dinero y ningún edificio hermoso pueden traer vida al árbol sin raíces».

Tozer denunciaba que las iglesias en los años 50 se habían rendido a la mentalidad consumista: «Se han convertido en poco más que pobres teatros donde los ‘productores’ venden de puerta en puerta sus mercancías falsas con la plena aprobación de líderes evangélicos que pueden aun citar un texto santo en defensa de su delincuencia».

¿Se puede imaginar palabras tan fuertes como las suyas en una revista denominacional hoy? Imposible. Muchas de esas publicaciones han llegado a ser meras piezas de relaciones públicas, que nunca advertirán a los cristianos contra la espiritualidad muerta.

Tozer apreciaba también grandemente el arte y la excelencia. Sus escritos revelan que exigía el máximo de sí mismo. La lectura amplia y una mente disciplinada le proveían enormes recursos para las apropiadas expresiones que fluían de su lengua y pluma. A menudo decía: «Hay una palabra correcta; úsala». Invariablemente, él tenía la palabra correcta a su alcance.

Francis Chase, su amigo íntimo por más de treinta años, comparte esta visión de sus hábitos de trabajo. «Él me dijo una vez que iba a menudo a un pequeño desván en la iglesia para escribir algunos editoriales. Él decía que su corazón y su mente estaban tan secos y sin inspiración como una tablilla quemada. Allí abría su Biblia, posiblemente un himnario, se

arrodillaba junto a un viejo sofá, tomaba un lápiz, y entonces el Espíritu Santo venía a él. Para mantenerse al ritmo de lo que inundaba su alma, tenía que escribir ferozmente. Cuatro o cinco editoriales se completaban de una vez».

La frescura de sus escritos asombra a algunos. Un amigo cercano y colega, el Dr. Nathan Bailey, último presidente de la Alianza Cristiana y Misionera, explica: «En sus escritos, dejó a otros encargarse de lo superficial, lo obvio y lo trivial, entregándolo a la disciplina de estudio y oración que produjeron artículos y libros que calaron profundo en los corazones de los hombres».

El gran cuidado con el cual produjo sus libros lo estableció como escritor devocional de una naturaleza clásica que será leída por mucho tiempo, aun cuando nosotros olvidemos su ministerio hablado. Él laboró diligentemente para desarrollar un estilo y fuerza de expresión que llamó continuamente la atención.

La imaginación viva y los poderes descriptivos de Tozer dieron fuerza e intensidad a sus presentaciones. Él pasaba horas produciendo meticulosamente sermones que nosotros podríamos describir como majestuosos

y profundos. En lugar de gritar, usaba frases precisas y climáticas. Su voz y entrega eran más bien tranquilas, pero el mensaje penetraba el alma.

Como un ave de presa intelectual, Tozer podría rasgar en pedazos los argumentos defectuosos de un autor. Parecía tener una intuición espiritual que le permitía olfatear el error, nombrarlo por lo que era y refutarlo con firmeza.

Un profeta del siglo XX

Observando la vida cristiana contemporánea, él sentía que la iglesia estaba en un curso peligroso hacia comprometerse con las preocupaciones «mundanas». A través de su predicación y sus escritos, Tozer dio un toque de trompeta a los evangélicos para volver a las posiciones auténticas, bíblicas, personales e interiores que caracterizaron a la iglesia cristiana cuando ella era fiel a Cristo y su Palabra. Cuando él exponía las Escrituras, analizando o explicando una verdad bíblica, los oyentes eran encarrados con decisiones que nunca olvidarían o lamentarían.

Tozer vivió en la presencia de Dios, por lo cual él vio claramente y habló como un profeta a la iglesia. Consciente de que el profeta debe oír a Dios, antes de hablar a los hombres («Ningún hombre califica para hablar si no ha escuchado primero» – decía), oraba de la siguiente manera: «Señor, enséñame a escuchar. Los tiempos son ruidosos, y mis oídos están cansados con los mil sonidos estridentes que continuamente los asaltan. Dame el espíritu del niño Samuel cuando él dijo, 'Habla, que tu siervo oye'. Per-

¿Se puede imaginar palabras tan fuertes como las tuyas en una revista denominacional hoy? Imposible.

míteme oírte hablar en mi corazón; permíteme acostumbrarme al sonido de tu voz. Que sus tonos puedan serme familiares cuando los sonidos de la tierra lleguen y el único sonido sea la música de tu voz hablante».

Como profeta, él buscó la gloria de Dios con el celo de Elías, y lamentó, con Jeremías, la apostasía del pueblo de Dios. Pero él no era un profeta de la desesperación. Sus escritos son mensajes de preocupación. Ellos exponen las debilidades de la iglesia y denuncian las concesiones; ellos advierten y exhortan. Pero también son mensajes de esperanza, porque Dios siempre está allí, siempre fiel para restaurar y cumplir Su Palabra a aquéllos que le oyen y obedecen.

La siguiente oración refleja cuál era su mayor ambición espiritual: «Señor Jesús, vengo a ti por preparación espiritual. Pon tus manos sobre mí. Úngeme con el aceite del profeta del Nuevo Testamento. Prohíbe que yo llegue a ser un escriba religioso y así pierda mi llamamiento profético. Sálvame de la maldición que lleva oscuridad a través del clero moderno, la maldición de transar, de la imitación, del profesionalismo. Sálvame del error de juzgar una iglesia por su tamaño, su popularidad o la cantidad de su ofrenda anual. Ayúdame a recordar que soy un profeta – no un promotor, no un gerente religioso, sino un profeta. Nunca me permitas volverme un esclavo de las multitudes. Sana mi alma de ambiciones carnales y líbrame de la comezón de la fama. Sálvame de la esclavitud a las cosas. No me permitas gastar mis días entreteniéndome en la casa. Pon

el terror de ti sobre mí, oh Dios, y guíame al lugar de oración donde yo pueda luchar con los principados y potestades y los gobernantes de las tinieblas de este mundo. Líbrame de comer en exceso y dormir hasta tarde. Enséñame la autodisciplina para que yo pueda ser un buen soldado de Jesucristo».

«Acepto el trabajo duro y las pequeñas recompensas en esta vida. No pido ningún lugar fácil. Intentaré ser ciego a las pequeñas cosas que podrían hacer la vida más fácil. Si otros buscan el camino más suave, yo intentaré tomar la senda dura sin juzgarlos demasiado severamente. Esperaré oposición y trataré de tomarla tranquilamente cuando venga. Enséñame a usar lo que recibo de tal manera que no dañe mi alma ni disminuya mi poder espiritual. Y si, en tu providencia permisiva, la honra viniere a mí de parte de tu iglesia, permíteme no olvidar en esa hora que soy indigno de la menor de tus misericordias, y que si los hombres me conocieran tan íntimamente como yo me conozco, ellos detendrían sus honores o los darían a otros más dignos de recibirlos.

«Aunque he sido escogido por ti y honrado por una profesión alta y santa, nunca me permitas olvidar que no soy sino un hombre de polvo y ceniza, un hombre con todas las faltas naturales y pasiones que plagan la raza de los hombres. Te ruego, por consiguiente, mi Señor y Redentor, sálvame de mí mismo y de todas las heridas que yo pueda hacerme a mí mismo mientras trato de ser bendición para otros. Lléname de tu poder

por el Espíritu Santo, y yo iré en tu poder y contaré de tu justicia. Yo entenderé el mensaje de amor redentor en tanto mis energías normales lo permitan».

Tozer, el místico

En el verdadero y mejor sentido de la palabra, Tozer era un místico. Él puso gran énfasis en la contemplación de las cosas divinas que tiene como resultado la vida de consciencia de Dios. El último proyecto literario de Tozer, completado justo antes de su muerte y publicado varios meses después, fue *El Libro Cristiano de Verso Místico*. Es una recopilación de la rica poesía mística que había alentado y bendecido el corazón de Tozer a lo largo de los años.

En la Introducción de ese libro él definió su significado del término *místico*: «La palabra 'místico' como se presenta en el título de este libro se refiere a esa experiencia espiritual personal común a los santos de los tiempos bíblicos y bien conocida por multitud de personas en la era post bíblica. Me refiero al místico evangélico que ha sido traído por el evangelio a una comunión íntima con la Deidad. Su teología no es menos ni más de lo que se enseña en las Escrituras. Él anda en la alta senda de la verdad por donde transitaron los viejos profetas y los apóstoles, y donde caminaron a través de los siglos los mártires, reformadores, puritanos, evangelistas y misioneros de la cruz. Él sólo difiere del cristiano ortodoxo ordinario porque experimenta su fe en lo profundo de su ser sensible, mientras el otro no. Él existe en un mundo de

realidad espiritual. Él es reposado, profundo, y a veces casi extáticamente consciente de la presencia de Dios en su propia naturaleza y en el mundo alrededor de él. Su experiencia religiosa es algo elemental, tan viejo como el tiempo y la creación. Es el conocimiento inmediato de Dios por unión con el Hijo Eterno. Es conocer al Dador del conocimiento».

Investigadores posteriores han descubierto en su vasta bibliografía, alusiones a, al menos, 35 místicos que él recomendó, como Juan de la Cruz, Teresa de Ávila, etc. Lo cual es muy atípico en el contexto de un protestantismo muy conservador, como lo fue el del siglo XX.

Sin embargo, a sabiendas de que el apelativo de «místico» despertaría algunas suspicacias, se tomaba la libertad de aclarar aún más el concepto. «Algunos de mis amigos con buen humor –y otros un poco severamente– me han llamado un 'místico'. Bueno, me gustaría decir esto sobre cualquier misticismo que se pueda suponer que tengo. Si un arcángel del cielo viniese, y empezara a decirme, enseñarme, y darme instrucción, yo le pediría el texto. Le diría: '¿Dónde se dice eso en la Biblia? Quiero saberlo'. Insistiría en que fuese de acuerdo a las Escrituras, porque yo no creo en ninguna enseñanza extra-escritural, ni anti-escritural, ni sub-escritural. Pienso que nosotros deberíamos poner el énfasis donde Dios lo pone, y continuar poniéndolo allí, y exponer las Escrituras, y permanecer en ellas. Aunque yo viera otra luz sobre la luz del sol, mantendría mi boca cerrada sobre eso hasta haber verificado con

Daniel y Apocalipsis y el resto de las Escrituras para buscar alguna base en la verdad. Y si no fuese así, pensaría que sólo he comido algo que no debo, y no diría nada sobre ello. Porque no creo en nada que sea no escritural o anti-escritural».

La luz se apaga

En su diario andar y ministerio, Tozer tenía un sentir de Dios que lo envolvía en reverencia y adoración. Su ejercicio cotidiano era la práctica de la presencia de Dios, siguiéndolo con toda su fuerza y energía. Para él, Jesucristo era una maravilla diaria, una sorpresa recurrente, un asombro continuo de amor y gracia.

Durante su vida, él escribió nueve libros y compiló un décimo. Después de escribir dos biografías, él bosquejó *La Búsqueda de Dios* una noche en un tren, mientras su corazón estallaba a desbordar con la necesidad de los hombres de encontrar la «religión personal del corazón». Después de su muerte, los editores compilaron otros libros de sus editoriales y sermones grabados. Entre todos, hay más de cuarenta títulos, vertiendo con convicción cristiana profunda las verdades medulares: «Aparte de Dios, nada importa. Nosotros pensamos que la salud importa, o el conocimiento, o el arte o la civilización. Pero hay una palabra insistente que, indudablemente, sí importa. Esa palabra es *eternidad*».

Entre los más de cuarenta libros publicados, por lo menos dos se consideran como clásicos cristianos: *La Búsqueda de Dios* y *El Conocimiento del*

Santo. Sus libros imprimen en el lector la posibilidad y necesidad de una relación más profunda con Dios.

Hacia el fin de su vida, Tozer comentó: «He hallado que Dios es cordial y generoso, y en todos los sentidos es fácil vivir con él». En efecto, durante casi cincuenta años Tozer vivió en Dios.

Sin embargo, él no era un hombre perfecto; tenía sus faltas y 'verrugos'. Poseía una disposición que le causaba pesar y decepción. Aunque nunca desagradable o venenoso, en ocasiones él tenía que disculparse ante aquellos a quienes hirió inadvertidamente cuando hacía estallar espontáneamente sus globos de pretensión, pomposidad y postura.

Al final de su ministerio, él pidió a su congregación: «Oren por mí a la luz de las presiones de nuestro tiempo. Oren para que yo no llegue a un final de agobio – un viejo predicador exhausto, cansado, sólo interesado en hallar un lugar para dormir».

El 12 de mayo de 1963, a la edad de 66 años, las labores terrenales de A.W. Tozer terminaron, cuando fue víctima de un ataque cardíaco. Su fe en la majestad de Dios se hizo visible cuando él entró en Su presencia.

Sepultado en Akron, su lápida dice, simplemente: «*Un hombre de Dios*». En el funeral, su hija Becky dijo algo típico de lo que el propio Tozer habría dicho: «No puedo sentirme triste; sé que papá es feliz; él vivió para esto toda su vida». Y así fue. Aunque su presencia física está lejos, Tozer continuará sirviendo a aquellos sedientos por las cosas de Dios.

* * *

La parte de la historia de la Iglesia que no ha sido debidamente contada.



George Fox

Los Cuáqueros

Guiados por la luz interior de la vida

Rodrigo Abarca

En ciertos periodos de la historia, cuando la iglesia se ha inclinado peligrosamente hacia un extremo de la verdad –al punto de casi desviarse completamente– Dios ha respondido revelando y enfatizando el extremo opuesto, a fin de restaurar a los suyos, y traerlos

de vuelta a su padrón celestial. Dicha respuesta tiene como propósito producir un efecto opuesto poderoso, capaz de traer el necesario equilibrio espiritual. Este principio se puede apreciar claramente en la vida e historia de George Fox y los Cuáqueros.

El contexto histórico

A principios del siglo XVII, Inglaterra se hallaba desgarrada por intensas luchas políticas y religiosas. Como ya vimos en los artículos pasados, la iglesia oficial y los disidentes no conformistas disputaban por el tipo de iglesia que debía consolidarse en el suelo inglés. Ambos eran protestantes, pero con enfoques radicalmente opuestos, no en cuanto a sus doctrinas esenciales, sino en cuanto a la forma exterior de la iglesia. Los anglicanos se aferraban a la iglesia legada por la tradición histórica, mientras que los disidentes querían una iglesia más ajustada al modelo del Nuevo Testamento, hasta donde ellos lo entendían. Se trataba, por tanto, de una lucha por cosas importantes, aunque exteriores.

Muy poco interesaba, en esos días, la experiencia real e interior. La vida cristiana había llegado a ser no mucho más que una profesión formal de ciertos credos protestantes considerados ortodoxos. Todo había sido reducido a la confesión exterior de un conjunto de doctrinas correctas, sin importar su verdadero impacto en la vida de quienes las profesaban. Las personas se consideraban «justificadas» por su adhesión a un credo ortodoxo formal, y no por una fe viva en Cristo muerto y resucitado. Además, un calvinismo rígido, agobiante e intelectualizado llenaba los corazones de pesimismo, sobre enfatizando la condición corrupta de la naturaleza humana y su incapacidad de vivir una vida libre del poder del pecado. De este modo, se justificaban toda clase de vicios, y una relajación mo-

ral generalizada entre los así llamados cristianos. En verdad, lo que ocurría es que muy pocos conocían a Cristo por experiencia.

Este lamentable estado de cosas se reflejaba en ministros y clérigos incapaces de guiar a los hombres que pastoreaban hacia un conocimiento vivo de Cristo, pues ni aun ellos le conocían de verdad. Entre tanto, se entretenían en largos y acalorados debates teológicos, carentes de significación espiritual. Su ortodoxia era correcta, pero tan fría, muerta e impotente como un cementerio. Sin embargo, en esos días de escaso conocimiento espiritual, Dios iba a usar a un hombre llamado desde fuera de todo ese mundo religioso para comenzar a revertir la situación. Su nombre era George Fox.

Un hombre enviado por Dios

En su autobiografía, Fox nos dice que nació en Leicestershire, en Julio de 1624. Su padre, un tejedor de oficio, y su madre, que tenía mártires entre sus antepasados, eran considerados como personas rectas y cristianas. Desde niño, George mostró una seriedad poco común. Cuando tenía 19 años fue invitado a una fiesta con otros parientes ‘cristianos’, donde vio cómo algunos bebían en exceso. Disgustado al percibir tanta diferencia entre palabras y hechos, abandonó el lugar, y a partir de allí se entregó a una larga búsqueda espiritual. Viajó por diversos lugares de Inglaterra y conversó con ministros de todas las tendencias de su época, buscando respuestas a sus profundas inquietudes espirituales. En ese tiempo se

sentía envuelto por densas y terribles tinieblas, pero nadie consiguió ayudarlo. Esto lo condujo a un estado de desesperación casi total. Todo a su alrededor parecía muerto e impotente. Los cristianos de sus días carecían de verdadera realidad espiritual.

Un día, mientras caminaba en di-

cia aún más profunda estaba por llegar. En su autobiografía nos cuenta que cuando todas sus esperanzas en ministros y predicadores, y aún en todo hombre, se habían agotado, de modo que no quedaba nada exterior en que apoyarse y nada más que él pudiera hacer, escuchó una voz que

Disgustado al percibir tanta diferencia entre palabras y hechos, abandonó el lugar, y a partir de allí se entregó a una larga búsqueda espiritual.

rección a la ciudad de Coventry, sintió que Dios hablaba a su corazón de manera directa, abriendo su entendimiento. Entonces comprendió súbitamente que todos, sean católicos o protestantes, si han pasado de muerte a vida, son verdaderos creyentes, mientras que quienes no han pasado por esa experiencia, no lo son, aunque se llamen a sí mismos creyentes. Esa experiencia de 'apertura', como él la llamó, donde la verdad llegaba, ya formada, a su corazón, se repetiría en los días siguientes, y a lo largo de toda su vida. De la misma manera, entendió claramente que el haber estudiado en Oxford o en Cambridge no calificaba a un hombre para ser ministro de Cristo – a pesar de que esto iba en contra del punto de vista comúnmente aceptado, incluso por él mismo hasta ese momento.

Tras otra de esas 'aperturas', comprendió que Dios no habita en templos hechos por manos de hombre, sino en el corazón de la gente. Que su pueblo es su templo y que él habita en ellos. No obstante, una experien-

le decía, «*Hay uno, Cristo Jesús, que puede responder a tu condición*»¹. Entonces –nos dice– su corazón saltó de gozo. Nadie más que Cristo podía responder a su corazón entenebrecido, y esto, para que sólo Cristo tuviese la gloria. Todos, tal como él, están engeguados bajo el pecado, y sólo Cristo puede alumbrarles, concediendo su gracia y poder. Sólo él tiene la preeminencia.

Este fue para él, recalca Fox, un conocimiento experimental. A partir de ese día todos sus sufrimientos, tinieblas y tentaciones se disiparon. Vio que Cristo era poderoso para vencer en él todas esas cosas y aún más. Ahora tenía la certeza de ser guardado por Cristo del poder del pecado, mediante el Espíritu Santo. Todas sus necesidades estaban satisfechas en Cristo. Tras este acontecimiento se sintió compelido a anunciar a todos los hombres aquello que había descubierto por experiencia propia, y comenzó un aguerrido mi-

¹ *George Fox, an Autobiography*, por George Fox.

nisterio itinerante. Este fue el comienzo de las «Sociedades de Amigos», a quienes sus detractores apodaron «Cuáqueros»².

Sus enseñanzas y conducta

Los Cuáqueros, a partir de Fox y sus enseñanzas, rechazaban todos los aspectos exteriores de la religión de sus días, considerándolos como un formalismo vacío. Por el contrario, enfatizaban el conocimiento y las realidades espirituales interiores como lo único realmente válido. En días de ortodoxia fría y exterior, hicieron un osado llamado a «conocer la verdad en lo íntimo». La luz interior, decían, que mora en el corazón de cada creyente, nos enseña todas las cosas. No es que menospreciaran la Biblia, como pretendían sus adversarios, sino que enfatizaban la absoluta necesidad de que el Espíritu Santo la revele en lo íntimo. Aparte de esa revelación interior, las doctrinas, y aún la misma Biblia –decían– carecen de significado. Todo debe ser evaluado por la experiencia interior.

Por ello, consideraban a la iglesia como una entidad exclusivamente espiritual, conformada por todos aquellos que han nacido de nuevo; y despreciaban todos sus aspectos exteriores como carentes de significado, inclusive el bautismo y la Cena del Señor, como parte de su reacción contra

el formalismo excesivo de su tiempo. Para ellos, estos sacramentos eran interiores y espirituales. Además, rechazaban el ministerio oficial y profesional, afirmando que el verdadero ministerio era concedido por el Espíritu, aparte de los títulos y ordenaciones exteriores. Rechazaban, por otra parte, los templos, que en su tiempo eran considerados ‘lugares santos’, tildándolos de ‘casas campanarios’. Para ellos, el verdadero templo eran los creyentes, en quienes habitaba Dios en Espíritu.

En cuanto a la vida cristiana práctica, se negaban a pronunciar juramentos y detestaban todo tipo de simulación o hipocresía social. De hecho, consideraban a todos los hombres como iguales en dignidad, sin importar su origen o condición social. Se negaban a pagar ‘hombres sociales’ a nobles u otros títulos sociales, pues sentían una aversión profunda hacia toda forma de servilismo (no obstante, reconocían los títulos de rey o juez). Jamás se quitaban el sombrero ante un poderoso o noble en señal de respeto, lo cual llevó a muchos de ellos a la cárcel.

Eran, además, pacifistas convencidos y militantes, que se negaban a usar las armas y prevenían a todos contra el uso de ellas, aún a riesgo de ser considerados como traidores. Todas las guerras sin excepción, a juicio de los hermanos, procedían de las pasiones humanas, de acuerdo con el texto de Santiago. También se oponían ardientemente a la esclavitud, pues para ellos todos los hombres eran iguales ante Dios. En suma, de acuerdo a los Cuáqueros, todo verda-

² Del inglés, «**Quaker**». Según Fox, en su autobiografía, este nombre se debe a un juez llamado Bennet, que se burló de sus palabras, cuando Fox le aconsejó «**temblar** delante de la palabra de Dios». Pues «quaker» significa «temblador» en inglés. No obstante, otros dicen que se refiere al continuo temblor de las manos y brazos que los Cuáqueros experimentaban al orar.

dero cristiano debía mostrar una vida consagrada y transformada por la vida interior del Espíritu.

Por otro lado, los hermanos creían firmemente en la vigencia de los carismas espirituales. George Fox relata numerosos incidentes de sanidades, liberaciones de demonios, profecías y palabras de conocimiento sobrenatural en su propia experiencia. No obstante, eran normalmente moderados y serios en el empleo de los mismos, evitando cualquier exceso emocional. Es interesante notar que unos cincuenta años más tarde, durante el avivamiento metodista, muchos cuáqueros se sintieron extrañados ante las manifestaciones emocionales que observaban en las reuniones de Whitefield y Wesley. Toda esa emotividad resultaba ajena a sus sentimientos, más acostumbrados a la quietud.

Su historia y sufrimientos

Se trataba de una verdadera protesta contra la religión formal y vacía de sus días. Muchos se sintieron atraídos por sus enseñanzas y para 1652 se reunió en Preston Patrick, al norte de Inglaterra, la primera «Sociedad de Amigos». Pronto aparecieron muchas más en todo el país. Aunque los Cuáqueros enfatizaban la importancia de la voz interior del Espíritu, sus reuniones estaban muy lejos de parecerse a los cultos pentecostales posteriores. Se congregaban quietamente, formando círculo o dos grupos de hileras opuestas, sin ningún tipo de ministro o dirección formal, y esperaban en silencio hasta que uno de ellos, o tal vez varios, recibiera una palabra que comunicar a sus hermanos. Se permitía hablar a todos, tanto hombres como mujeres, si ello se hacía bajo la dirección del



Espíritu. Los Cuáqueros creían y practicaban el sacerdocio de todos los creyentes, basados en que todos tenían la Luz interior para guiarles.

Las circunstancias de la historia inglesa explican la terrible reacción que debieron soportar. Los disidentes no conformistas ascendieron momentáneamente al poder durante la regencia de Oliver Cromwell. Los obispos anglicanos fueron exiliados y por un tiempo se gozó de libertad de culto. Esto fue favorable para Fox y las sociedades de amigos, que se extendieron por toda Inglaterra. No obstante, el estilo confrontacional de algunos de ellos les atrajo varios problemas, incluso con el gobierno relativamente tolerante de Cromwell.

Acostumbraban interrumpir las reuniones en los templos oficiales, normalmente tras el sermón, para exponer sus enseñanzas, provocando a veces desórdenes y ataques violentos de la multitud (aunque nunca respondían a las agresiones de sus atacantes). Alrededor de 3.200 de ellos sufrieron la prisión durante ese período, bajo terribles condiciones y abusos, no sólo por interrumpir cultos oficiales, sino también por supuestas blasfemias, no quitarse el sombrero ante personas de rango social, y negarse a tomar las armas. George Fox mismo estuvo ocho veces en prisión a lo largo de su vida.

Tanto hombres como mujeres enfrentaron con admirable valor la persecución, los golpes y las humillaciones a que eran sometidos por el populacho enfurecido. No retrocedían, ni se escondían delante de sus perseguidores. De hecho, no hacían nada

Las cosas exteriores deben siempre ser la expresión de realidades exteriores y espirituales. De otra manera, se tornan vacías y muertas.

para evitar ser capturados y puestos en prisión. A pesar de todo, la Sociedad de Amigos creció e incluso envió misioneros a las reservaciones Indias en América del Norte, Holanda y Alemania.

Sin embargo, el sufrimiento más intenso habría de sobrevenir tras la muerte de Cromwell. La monarquía fue restaurada bajo Jacobo II, y esto trajo cierto alivio a los hermanos por un breve tiempo. Pero, más adelante, con la publicación del «Acta de Uniformidad», en la que se obligaba a todos los súbditos del reino a conformarse a la restaurada «Iglesia de Inglaterra», bajo amenaza de penas severas, miles sufrieron la prisión y la pérdida de todos sus bienes materiales, pues se negaron a aceptar el decreto y continuaron reuniéndose abiertamente, desafiando la prohibición – a diferencia de los grupos no conformistas, que continuaron adelante en secreto. Alrededor de 400 hermanos murieron en prisión durante aquellos años.

Debido a los enormes sufrimientos que debieron afrontar, tal como lo hicieran los Puritanos, algunos co-

menzaron a emigrar hacia América. William Penn, hijo de un famoso almirante inglés, había abrazado las ideas de de los Cuáqueros en 1666, y llegó a convertirse en uno de sus mayores predicadores y defensores. Éste decidió hallar en América del Norte un hogar libre para los suyos, y comenzó ayudando a enviar unos ochocientos de ellos a Nueva Jersey en 1667. Más adelante, obtuvo como pago de una deuda del Rey Carlos II la concesión de un gran territorio en el Nuevo Mundo, que fue más tarde conocido como Pennsylvania, en honor a su nombre. Allí se fundó Filadelfia, la primera ciudad cuáquera de América. Un nuevo capítulo se abrió así para la historia de los Cuáqueros refugiados.

Finalmente, en 1689, se dictó en Inglaterra un acta de tolerancia, y las sociedades de amigos pudieron al fin gozar de libertad de culto. George Fox murió poco tiempo después, en 1691, tras un incansable y sufrido ministerio itinerante.

Legado espiritual

Aunque los Cuáqueros fueron demasiado lejos en su rechazo de todas las formas exteriores de la iglesia, inclusive aquellas enseñadas en el Nuevo Testamento (con lo cual resulta difícil concordar), su valor radica en que por su intermedio fue restaurada la importancia de la morada interior del Espíritu Santo, como divino Con-

ductor y Maestro de todos los creyentes.

Su convicción de que la Escritura, las doctrinas correctas y las prácticas eclesiásticas no significan mucho aparte de la vida que imparte el Espíritu, continúan vigentes hasta hoy. Porque el conocimiento de la verdad en lo íntimo, por revelación del Espíritu, es vital para la vida de los creyentes, tanto individual como corporativamente. Las cosas exteriores deben siempre ser la expresión de realidades exteriores y espirituales. De otra manera, se tornan vacías y muertas. En la Inglaterra de sus días ese era el caso y por eso reaccionaron con tanta osadía.

Era necesaria una restauración, y para ello se debía comenzar con lo esencial. Resultaba fundamental redescubrir a Cristo de una manera experimental. Sólo así el pecado, la religiosidad y la muerte que imperaban en su tiempo podían ser revertidas. Por ello, los Cuáqueros levantaron el estandarte del testimonio para recordar que Cristo no habita en las doctrinas correctas, los templos y los ritos exteriores, sino en el corazón de los creyentes, impartiendoles su vida, poder y dirección para vencer en todas las cosas. Y, si se inclinaron demasiado hacia un extremo de la verdad, se debió sobre todo a que el Cristianismo de sus días se había inclinado mortalmente hacia el extremo contrario.

* * *

Primero la verdad

¿Quieres ganar almas? No procures derribar sus prejuicios antes de haberlos llevado a la verdad.

D. L. Moody

Daniel

A. T. Pierson

Palabra clave: Secreto revelado

Versículo clave 2:22

Este libro no es exactamente una historia respecto de los judíos, babilonios, o Daniel, presentando discontinuidad tanto en el asunto como en el tiempo en que fue escrito. Profecía e historia están mezcladas; incidentes, en un período de setenta años, fueron escogidos para ilustrar el poder de una voluntad decidida, separación para Dios, la oración de fe; la intervención de Dios en milagros, inspiración en profecía, la providencia divina sobre reyes y naciones, y el ministerio de los ángeles.



El libro está dividido en *dos partes iguales*: la primera es una *narración*; la segunda, una *revelación*. El período es aquel del cautiverio babilónico. Nabucodonosor, en el auge de su poder, capaz, aunque arrogante y despótico. En el corazón de este centro mundial

de poder pagano, Jehová visita sus exiliados a través de milagros y profecía, para mostrar su aliento y poder dados por vislumbres del futuro.

La parte narrativa presenta el *conflicto entre el Dios verdadero y los falsos dioses* en seis formas:

1. **Sabiduría, o capacidad intelectual**: cuatro hebreos cautivos compitiendo con sabios caldeos.
2. **Poder para revelar secretos divinos**: La oración de Daniel, no sólo revelando interpretaciones, sino incluso revelando sueños.
3. **La adoración a Jehová en contraposición a la adoración de ídolos**: los tres siervos de Dios librados de la prueba del fuego.
4. **Soberanía divina vs. Humana**: El “yo” de Nabucodonosor sucumbe al gran “Yo soy”.
5. **Sacrilegio vs. Retribución**: El banquete profano de Beltsasar y la terrible escritura en la pared.
6. **La ley superior vs. La ley inferior**: El decreto de Darío revocado y

Daniel siendo sacado ileso de la cueva de los leones.

La parte apocalíptica contiene dos sueños de imperios mundiales, los 4 animales, y el carnero y el buey y la oración de confesión de Daniel respondida con revelación; ministros angelicales; profecías en cuanto a Persia y Grecia; los tiempos antes del fin. Las profecías se encuentran en dos clases: primera, relacionadas con los monarcas babilónicos Nabucodonosor y Beltsasar, y la segunda, desarrollos futuros abarcando una visión general de los imperios mundiales que nacieron de la monarquía babilónica o caldea, hasta entonces el 'poder supremo', es decir: el Medo-Persa, el Macedónico o Griego, y el Romano. Los cuatro reinos del capítulo 2 y los cuatro animales del capítulo 7 son los mismos. Porfirio reconoció el cumplimiento exacto de esas profecías, pero dijo que ellas deben haber sido ¡escritas después de los eventos!

El tiempo de la venida del Mesías

es revelado con exactitud en 9:24. Tenemos setenta héptadas, o sea, periodos de siete, es decir, 490 años, desde el decreto de Ciro al sacrificio del mesías y la consumación de Su obra redentora (450 a.C. a 33 a.C.). Como Cristo nació de cuatro a cinco años antes de la era cristiana, como es comúnmente reconocido, solamente 69 periodos de siete años fueron cumplidos. ¿No será la septuagésima semana de Daniel apocalíptica?

José en Egipto y Juan en Patmos corresponden a Daniel en Babilonia. Este libro está lleno de principios para los jóvenes: “*Y Daniel propuso en su corazón no contaminarse*” (1:8); “*en quien mora el espíritu de los dioses santos*” (4:8); “*él era fiel*” (6:4); “*porque había confiado en su Dios*” (6:23); “*te levantarás para recibir tu heredad*” (12:13), entre otros.

DIVISIONES:

- 1) Daniel 1-6. El conflicto.
- 2) Daniel 7-12. La revelación.

Dos padres diferentes

Dos pequeñas estaban estudiando en la misma escuela. Una de ellas dijo a la otra: “Si fuese necesario, yo sé que mi padre moriría por mí”. Sólo al oír el comentario de la pequeña sobre el padre usted ya sabe qué tipo de padre cristiano era él. La otra pequeña también venía de una familia cristiana. Su padre era muy severo y frecuentemente quedaba enojado con la hija, irreflexivamente. Cierta día ella oyó un mensaje cristiano en la escuela. Cuando llegó a casa, el padre le preguntó lo que ella había aprendido aquel día. La pequeña respondió: “Yo sé que el Señor me dio usted para que sea mi cruz”.

¿No es este el problema de muchos hijos? ¿Tendrían que reconocer que el Señor les dio el padre o la madre para que sean su cruz? En esta historia ambos padres eran cristianos. Sin embargo, ¡cuán diferentes eran ellos!

Watchman Nee, en La crianza de los hijos

Aunque las Sagradas Escrituras son un relato literal e histórico, con todo, por debajo de la narración, hay un significado espiritual más profundo.

Símbolos y tipos del Antiguo Testamento

(9)



Foto: Monte Ararat

A. B. Simpson

El diluvio

El diluvio ha dejado su marca en las tradiciones de todos los pueblos antiguos y en la estructura del mismo globo. Los griegos tienen la historia del diluvio tan

viva como el relato bíblico. Las inscripciones asirias nos informan de una antigua inundación muy similar al relato del Génesis. Leemos la historia del diluvio también en los rastros de las aguas sobre las rocas de la tie-

rra, de modo que la verdad de esta parte de la historia bíblica está escrita de modo imborrable sobre la piedra.

No es desde el punto de vista histórico, sin embargo, que queremos ver el diluvio aquí, sino simbólicamente, para ver qué verdades más profundas hay bajo la narración. Sería un gran error leer la Biblia sólo simbólicamente; pero es hermoso ver las verdades que se esconden debajo de la historia, y encima y alrededor, como la luz nebulosa que rodea ciertas estrellas con una nube de gloria.

* El diluvio fue una señal para el hombre, de que Dios es santo, justo, y puro, y que tratará el pecado con justicia. Fue una gran lección objetiva de su retribución por el pecado. Fue también una prefiguración del juicio venidero. Es un tipo del diluvio de fuego que un día va a envolver el mundo otra vez. Tanto nuestro Señor como sus apóstoles hablan del diluvio como una figura del día futuro en que *«los cielos, encendiéndose, serán deshechos, y los elementos, siendo quemados, se fundirán!»*. *«Como en los días de Noé, así será también la venida del Hijo del Hombre»*.

* El diluvio no sólo es un tipo del juicio, sino también de la salvación. El principio de la salvación por destrucción es enseñado por toda la Biblia. El diluvio destruyó el pecado de la tierra, pero salvó a la Iglesia; barió del mundo la maldad, pero fue el medio para preservar a la manada pequeña. Las plagas de Egipto ilustran el mismo principio; terminaron con la muerte de muchos egipcios, pero salvaron a los hijos de Israel. La destrucción de los cananeos después

de haber entrado los hijos de Israel en la tierra prometida ejemplifica la misma verdad; su exterminio fue la salvación del pueblo escogido. La cruz del Calvario nos trae salvación de la destrucción eterna por medio de la destrucción del pecado y de Satanás en la muerte de Cristo. Así, en la epístola de Pedro se nos dice que ocho personas fueron «salvadas a través del agua». El diluvio, pues, es un tipo del gran principio de la liberación por destrucción; la salvación de amor y poder de Dios a su propio pueblo viene por medio de lo mismo que derriba a sus enemigos.

* Aprendemos también del diluvio el gran principio de la muerte y resurrección. Quizá esta idea no podría haber sido encarnada en una figura más clara y vívida. En el diluvio, la pequeña iglesia fue enterrada en lo que parecía una tumba, y salió en el Ararat como resucitando de los muertos. Fue el gran tipo de la muerte y resurrección de Cristo, y señala hacia delante, también, a su Segunda Venida, cuando la tierra pasará a través de su último bautismo de sufrimiento y será introducida la nueva edad de bienaventuranza y pureza. Y, por tanto, Pedro la relaciona con el profundo significado del bautismo cristiano: *«El bautismo que corresponde a esto ahora nos salva (no quitando las inmundicias de la carne, sino como la aspiración de una buena conciencia hacia Dios) por la resurrección de Jesucristo»*.

El arca

Ésta tiene también un significado espiritual y tipológico. Es la figura del Señor Jesucristo como un refugio

de las tormentas del juicio y las tempestades de la vida.

* Jesucristo, como el arca de Noé, es la provisión de Dios para nuestra seguridad y salvación del diluvio del juicio. El arca no estaba construida según los planes científicos de los carpinteros humanos. Probablemente no habría sido aprobada si sus planos hubieran sido presentados a un inspector de nuestros días. Pero era un refugio para cuando llegara la tormenta. Fue construida por Noé en exacta conformidad con las instrucciones que se le habían dado, y salvó a todos los que confiaron en ella.

Jesucristo no ha sido preparado según las ideas de las cosas que tienen los hombres. Cuando le veamos «no hallaremos parecer en él, ni hermosura, le veremos, mas sin atractivo para que le deseemos». Él es el escondite para los que confían en él en todo tiempo de necesidad. En él estamos a salvo de los diluvios del juicio que vendrá sobre los impíos y de todas las tormentas y pruebas de la vida. Y él es el único bote salvavidas por medio del cual podemos alcanzar el puerto.

Es en él que morimos y en él que resucitamos a novedad de vida. Noé pareció que había muerto en aquella arca. Sin embargo, sólo lo parecía, y antes de poco se hallaba bajo el arco iris, a la luz y gloria de un mundo

nuevo. Lo mismo nosotros, somos sepultados en el bautismo de sus brazos. Es una tumba simbólica, pero no morimos. Sólo es en apariencia. Él tuvo la amargura de la muerte. Nosotros estamos seguros incluso en ella. Estamos tan a salvo en nuestra muerte aparente como Noé lo estaba en el arca. Por medio de Él entramos en la muerte y salimos de él para vida eterna.

¿Hubo algún barco antes, que empezara su trayectoria desde un valle de la tierra y atracara en la cumbre de una montaña, tocando casi el cielo? Sin duda, no hubo nunca ninguno, excepto el barco de la gracia que se hace a la vela desde la tierra rumbo al cielo. ¿Hubo alguna vez un viaje semejante?

El cuervo

Cuando las agitadas olas del diluvio empezaron a calmarse, apareció una extraña figura sobre la superficie de las aguas, el único ser que es feliz y a sus anchas en el fiero conflicto de los elementos y la desolación. Era el cuervo, que Noé envió desde el arca, y que fue de un lado a otro sobre la superficie de las aguas hasta que las aguas del diluvio hubieron descendido de nivel sobre la tierra. ¡Qué tipo es este de la gran personalidad del mal: el príncipe de todo mal, el mismo Satanás! Es la misma figura de

En el diluvio, la pequeña iglesia fue enterrada en lo que parecía una tumba, y salió en el Ararat como resucitando de los muertos.

mal agüero, tanto si se trata de él como de sus seguidores.

* El cuervo se caracteriza por estar siempre inquieto. Fue de un sitio a otro, sin un momento de sosiego, pero no regresó al arca. Fue de acá para allá, con sus alas rozando las olas, hallándose en su elemento en el mar bravío, en las carroñas que se descomponían y la vegetación que se estaba pudriendo. Era un alma desasosegada, sin reposo. ¡Qué imagen de aquel que va de un sitio a otro constantemente buscando a quién devorar! Es también la imagen del espíritu desasosegado e inquieto del hombre. Se puede ver este desasosiego en el espíritu del mundo, sea en una sala de baile o en una oficina. En su incesante giro de excitación está siempre buscando reposo y satisfacción, pero es en vano; nunca la hallará hasta que el cuervo sea expulsado de él y en su lugar entre la paloma. En el cielo no tendría descanso, sino que andaría desasosegado para escaparse y hallar su lugar en el abismo eterno de tinieblas y en la compañía de otros espíritus tan inquietos e insatisfechos como él.

* El cuervo es un ave de gran melancolía. Su espíritu es tan mórbido como el alimento que devora. Es un ave de desesperación. El poeta le describe como sentado a la puerta de su corazón y gritando: «¡Nunca más!». ¡Qué cuadro de inquietud, suciedad y morbidez! Es una figura, y que el Señor nos salve de esta realidad.

La paloma

Hay otro tipo en el arca, muy diferente del anterior. Es la paloma. No

se halla en los lugares en que se deleita el cuervo. Salió del arca volando suavemente y se movió durante un rato por encima de la superficie de las aguas, pero incapaz de hallar apoyo para el pie, no encontrando su hogar, regresó al arca. Salió por segunda vez, y esta vez halló una rama de olivo, emblema de su propio espíritu dulce, que arrancó de algún olivo y se apresuró a regresar con ella al arca. Por tercera vez la soltó Noé, pero ahora las aguas habían descendido mucho, el diluvio había terminado y no hubo otro diluvio más.

Todo esto es sugerente del Espíritu Santo y del corazón que descansa en él.

Las tres salidas de la paloma del arca son, las tres, simbólicas de la obra del Espíritu Santo. La primera vez que salió y fue revoloteando de un lado a otro sobre la superficie de las aguas, pero no halló reposo, regresó al arca. Lo mismo en las edades antes de Cristo salió el Espíritu Santo sobre la tierra, buscando un lugar donde descansar, pero no halló ninguno, por lo que entró en contacto con el hombre, de modo aislado, pero no se aposentó con los hombres, ni se esforzó con ellos.

Estuvo con Abraham e Isaías, Jeremías y David, pero no se quedó a morar en la tierra, porque Jesús aún no había venido. Estuvo en muchas partes de la tierra, buscando un lugar en que hacer nido y quedarse, pero no pudo hallar ninguno y regresó al seno del Padre.

Por segunda vez vino a la tierra, y esta vez pudo hallar algo. Vino durante el ministerio de Jesús en la tie-

rra. Descansó en él como una paloma, y de esta forma se detuvo durante un tiempo en el mundo. Arrancó una hoja de olivo de paz en la cruz del Calvario y con esta muestra de perdón y reconciliación de la tierra regresó al cielo, con el mensaje de que el diluvio del juicio estaba menguando.

Por tercera vez salió y esto ocurrió en el día de Pentecostés. El mundo estaba preparado para él ahora. El diluvio había desaparecido y había un lugar en que podía hacer su nido, doblar las alas y descansar. Y ahora no vino como un invitado pasajero, sino para una presencia permanente. Vino a hacer un nido y criar sus pequeños. Amado, ¿tiene la dulce paloma un nido en tu corazón? ¿Está criando a sus pequeños en tu casa? Si tiene el nido, el Espíritu de Cristo está en ella, y *«el fruto del Espíritu es amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza»*.

El altar de Noé

Cuando el diluvio terminó y Noé pudo salir, edificó un altar y ofreció sacrificios al Señor, sin duda, bajo la dirección divina. El Señor miró la escena con satisfacción. Hacía ya mucho que estaba disgustado con lo que veía en la tierra. Había percibido el hedor del pecado hasta que ya no podía tolerarlo más, y por fin dio salida a las aguas del diluvio para que lo limpiaran todo. Pero el juicio no fue placentero para él en modo alguno. Todo aquello fue una carnicería, y era terrible para el cielo. Pero al fin hubo algo en la tierra que agradó a Dios. *«Y percibió Jehová olor grato»*.

Hay personas hoy que se llaman cristianos y están predicando en iglesias evangélicas que, o bien repudian abiertamente la doctrina de la expiación por la sangre, o la refinan de modo que no queda casi nada de ella; han quitado del todo la sangre del Evangelio, y han eliminado enteramente la idea de sufrimiento vicario por el pecado por parte de Cristo. Dicen que no pueden admitir que Dios quisiera permitir que muriera su propio Hijo a causa del pecado. Que esto es cruel y no es propio de Dios. No pueden tolerar ni el olor de la sangre y la llaman una doctrina de matadero. ¡Cuán diferente es la historia que vemos aquí en el Génesis!

Cuando Noé hubo erigido el altar y la víctima ensangrentada yacía sobre él, no se nos dice que Dios se apartara con desagrado: el olor que percibió fue grato para él. Vio que el hombre no era mejor que antes; vio que su corazón era tan turbio como antes. Miró a Noé y vio que dentro de poco él mismo estaría borracho en su tienda, y con todo, a pesar de todo ello, prometió que nunca más caería sobre la tierra su maldición por causa del hombre, *«porque el designio del corazón del hombre es de continuo solamente el mal»*. No iba a esperar nada del hombre, porque era una criatura pobre, inerte; sino que decidió contar con Jesucristo. La cruz del Calvario ha enviado un grato olor a Dios continuamente desde entonces. No maldeciría al hombre más, sino que lo aceptaría por malo que fuera, por amor de Jesús. A partir de entonces, él miraría la injusticia del hombre como cubierta por la justicia de Cris-

to, y le consideraría como digno, a pesar de su indignidad, por amor a Jesús.

Cuando Jesús está ante Dios como una ofrenda, Dios te mira y en él percibe un olor grato; es el olor grato de Cristo, no el tuyo. Tenle siempre sobre el altar de tu corazón, querido, que arda en él el fuego del Espíritu Santo; de modo que puedas ser rociado con la sangre de la expiación y Dios siempre te dirá: *«Éste es mi Hijo amado, en quien tengo contentamiento»*. Entonces, también la Paloma se posará sobre ti y hallará un hogar para sí en tu corazón que se le habrá rendido, y en el cual el Padre, Hijo y Espíritu Santo van a hacer su morada permanente.

El arco iris

El punto culminante sublime y majestuoso de esta serie de tipos es el espléndido arco iris que se extiende por el firmamento cuando Noé mira las nubes que se apartan. ¡Qué vista tiene que haber sido para el primer ojo que lo contempló! No hay nada más hermoso para el ojo de un niño que la presencia magnífica del arco iris. Es el símbolo último relacionado con el diluvio. *«Mi arco he puesto en las nubes, el cual será por señal del pacto entre mí y la tierra»*. Así que el arco

Amado, ¿tiene la dulce paloma un nido en tu corazón? ¿Está criando a sus pequeños en tu casa?

iris es una señal del pacto de Dios con nosotros. Leemos sobre esto en el libro de Apocalipsis, como habiendo dado un círculo completo: *«Y había alrededor del trono un arco iris, semejante en aspecto a la esmeralda»*.

Hay un significado bienaventurado en esto para nuestra vida cristiana. Es una muestra del pacto de Dios con nosotros para bendición espiritual. Es un tipo de la intimidad a la cual él quiere llevarnos consigo. Es un símbolo del pacto de su eterno amor, *«juré que nunca más las aguas de Noé pasarían sobre la tierra; así he jurado que no me enojaré contra ti, ni te reñiré»* (Is. 54:9). La aflicción es un fondo oscuro sobre el cual él pinta esta muestra de su amor. El arco iris está formado por una combinación de luz y oscuridad; la luz brilla sobre pequeñas gotas de lluvia, y es separada en estos hermosos colores.

Su gracia puede tomar las nubes de la tormenta y arrancar gotas de nuestra vida y transformarlas en arcos de triunfo y joyas de resplandor glorioso.

Llega el tiempo en que nuestro arco iris será un círculo completo. No tendremos victorias a medias entonces, como las tenemos ahora. Lo que ahora vemos sólo a medias, y que nos deja perplejos y desazonados, se desarrollará en un círculo completo de luz y de gloria. Entonces conoceremos cómo somos conocidos y, nuestra tristeza se transformará en gozo.

La ciencia nos dice hoy que las causas que producen el arco iris tienen que haber existido en la tierra antes del diluvio y, por tanto, que no puede ser ésta la primera ocasión en

que aparecieron. Las causas tienen que haber existido, pero, con todo, es posible que nunca hubieran dado lugar a un arco iris. No vemos el arco iris cada vez que llueve. Dios deja que la luz dé sobre la nube con frecuencia a un ángulo tal que no se produce el arco iris. Él podría haber impedido al sol y la lluvia de estar en una posición que produjera esta hermosa apariencia si él lo hubiera deseado. No hay duda que podría haberlo hecho. Quizá durante dos mil años todas las causas del arco iris no se combinaron nunca, y Dios las tenía en reserva hasta que llegara el momento oportuno, y entonces, de repente, dejó que en el cielo se proyectara la luz en el ángulo exacto que divide a los rayos en sus colores y se formó el arco majestuoso por primera vez.

Amados, hay causas escondidas en nosotros que podrían producir en cualquier momento arco iris espiri-

tuales. Dios las retiene, pero algún día él las dejará actuar. Es posible ir preparando cada día, por medio de una resistencia paciente en las pruebas, por medio de victorias ganadas mediante la fe en su Nombre, una corona de gloria para nuestra cabeza cuando Dios dejará que la luz brille en estas tribulaciones y tentaciones, y éstas van a tomar un aspecto diferente, y se transformarán en arcos triunfales y coronas de joyas, que contemplaremos arrobados en alabanza.

Demos gracias a Dios, queridos amigos, por las cosas que no hemos visto todavía, por las sorpresas que él nos está preparando, y van a salir de estos quebrantos que tan terribles nos parecen ahora. Cuando él enjugue nuestras lágrimas sabremos que es verdadera la promesa: *«Porque esta leve tribulación momentánea produce en nosotros un cada vez más excelente y eterno peso de gloria»* (2ª Cor. 4:17).

(Continuará).

* * *

El toque de queda

Un joven había sido sentenciado a muerte por un delito político en días de Cromwell. Su novia fue a pedir el indulto, recibiendo la fría respuesta de que el joven debía morir el día fijado, al toque de queda. La joven subió sigilosamente en dicho día al campanario de la ciudad y cogió el badajo de la gran campana. El campanero, viejo y algo sordo, vino a la puerta del sol y haló de la cuerda, volteando el débil cuerpo de la muchacha en todas direcciones; pero ella resistió el dolor de repetidos golpes y torceduras sin soltarse.

En tanto, en el cuartel, se aguardaba en vano el sonido fatal. Cuando iba a investigarse el motivo de la tardanza, apareció la joven ensangrentada y se arrodilló a los pies de Cromwell. Este exclamó conmovido: "Id, amantes de la vida, el toque de queda no sonará esta noche".

¿Podía el joven rescatado a tal precio abandonar o ser infiel a aquel amante corazón? ¿Podemos serlo a Cristo?

Samuel Vila, Enciclopedia de anécdotas



Viendo a Cristo como el Pastor de nuestras almas

Stephen Kaung

Lectura: 1ª Pedro 1:3-12; 5:10-11.

Martín Lutero, el gran reformador de la Iglesia, consideraba esta epístola de Pedro uno de los más nobles escritos entre todos los libros del Nuevo Testamento, por causa de la enorme riqueza de pensamientos contenidos en ella. Esta carta está repleta de dignidad, humildad y amor, llena de fer-

vor, de esperanza, de fe, y llena de incentivo y estímulo para que estemos preparados y listos para la venida del Señor.

Es una epístola que corresponde perfectamente a la personalidad del apóstol Pedro. Yo creo que hoy conocemos más acerca de Pedro que de cualquiera otro de los discípulos. Pe-

dro era una persona muy extrovertida; él se exponía constantemente. Por una parte, Pedro fue más disciplinado por el Señor que los otros discípulos; y por otro lado, estamos agradecidos al Señor por todo lo que él confió a Pedro.

Conocemos muchas cosas con respecto a Pedro como persona, ¿pero cuánto sabemos acerca de lo que él escribió? Es bastante probable que Pedro haya escrito sus dos epístolas cuando ya era bastante avanzado en edad, entre los años 64 y 68 después de Cristo. La última vez que su nombre es mencionado en el libro de los Hechos ocurre en el capítulo 15. Se sabe que él tomó parte en el concilio que hubo en Jerusalén, Pedro después de eso no se menciona nada más sobre él en este libro.

A través del libro de Gálatas, vemos que, después del gran concilio en Jerusalén, Pedro fue a Antioquía, donde tuvo un encuentro con el apóstol Pablo. Excepto estas dos ocasiones, no hay ningún registro relatando lo que Pedro hizo después del concilio de Jerusalén hasta la época en que escribió sus dos epístolas. Sin embargo, sabemos que él era una persona muy dinámica, y en esos años, con toda certeza, él estaba activamente ocupado con los negocios de su Maestro y Señor, predicando la Palabra y viajando por muchos lugares.

Pedro menciona haber escrito esta carta cuando estaba en Babilonia. Varios comentaristas de la Palabra han ‘espiritualizado’ la palabra Babilonia, afirmando que, cuando Pedro dijo que escribía desde Babilonia, se estaba refiriendo realmente a la ciudad

de Roma. Pero yo, personalmente, no veo razón para eso, pues al comienzo de su carta, Pedro se dirige «...a los expatriados de la dispersión en el Ponto, Galacia, Capadocia, Asia y Bitinia». Si, por una parte, todos esos nombres son, de hecho, lugares geográficos reales, ¿por qué razón algunas personas creen que Pedro no escribió su carta en Babilonia?

Creo, por tanto, que Pedro viajó por un gran número de lugares, y escribió esa carta cuando estaba en Babilonia. Sabemos que el Señor Jesús dio a Pedro, en Lucas 22:32, la siguiente misión: «Tú, pues, cuando te convirtieres, fortalece a tus hermanos».

Nuevamente, en Juan 21, el Señor le dice tres veces: «Apacienta a mis ovejas». Pedro estaba, por tanto, obedeciendo la orden que Cristo le había dado. Al escribir sus cartas, él estaba simplemente intentando fortalecer, confirmar, alimentar y pastorear al rebaño de Dios.

Pedro escribió su carta a los expatriados de la dispersión. Esta palabra, *dispersión*, es un término muy especial. Se usa para designar a los judíos esparcidos por el mundo, en otras regiones más allá de Palestina. Pedro, siendo un apóstol de la circuncisión, sentía, sin duda alguna, una gran responsabilidad con relación a los judíos, pero Dios lo usó para abrir la puerta del Evangelio a los gentiles, y la iglesia en verdad está compuesta no sólo por judíos, sino también por gentiles. Por lo cual, cuando Pedro escribió esta carta, no se estaba dirigiendo a los judíos en general, sino a los judíos creyentes que estaban en la

dispersión. Ellos eran extranjeros y peregrinos en este mundo. Dentro de éstos, sin embargo, estaban incluidos los gentiles, pues en esta carta encontramos frases tales como: «...vosotros que en otro tiempo no eráis pueblo, pero que ahora sois pueblo de Dios; que en otro tiempo no habíais alcanzado misericordia, pero ahora habéis alcanzado misericordia» (2:10). Esas palabras sólo pueden referirse a gentiles, y por ese motivo creemos que, aunque la carta iba dirigida en especial a los judíos creyentes que estaban en la dispersión, ella incluye a todos los creyentes, aquellos escogidos por la presciencia de Dios y lavados por la sangre del Señor Jesús.

Amados hermanos, nosotros sabemos que somos escogidos de acuerdo con la presciencia de Dios, y esto es algo maravilloso. Es un hecho que no podemos explicar, pues está más allá de nuestra capacidad de comprensión, mas damos gracias a Dios porque somos escogidos, elegidos según su presciencia.

Dios nos conoce desde antes de nuestro nacimiento; nos conoce desde antes de la fundación del mundo. Nos escogió según su presciencia; nosotros somos santificados por su Santo Espíritu y somos separados por Dios por el Espíritu Santo y por la aspersión de la sangre de Jesucristo. Su sangre fue rociada sobre nuestra mala conciencia, purificándola para la obediencia a Cristo Jesús.

No basta sólo haber sido rociados por la sangre; es necesario también que obedezcamos a Jesucristo. Nosotros somos un pueblo peregrino y extranjero en el mundo. Siendo así,

creemos que esta carta fue escrita no sólo para aquellos que vivieron en el primer siglo, sino también dirigida a nosotros.

Para entender esta carta, es necesario reconstruir históricamente la condición de los cristianos en los años 63 y 64 después de Cristo. Es probable que Pablo haya sido libertado de la prisión romana aproximadamente en el año 64 d. de C. La gran persecución de la época de Nerón aún no había comenzado, pero se estaba aproximando. En ese intervalo de tiempo, entre la liberación de Pablo y el inicio de la gran persecución instigada por Nerón, los cristianos estaban siendo de hecho asaltados, atacados y perseguidos por todos los lados, tanto por los judíos como por los gentiles.

Al parecer, había una presión intensa sobre los cristianos, la cual, en vez de disminuir, estaba, en verdad, aumentando. Ellos estaban constantemente bajo sufrimiento y persecución, sin alivio alguno. ¿De qué forma se podría ayudar a los cristianos en una situación como ésta? ¿Qué se les podría decir? ¿Cómo poder animarlos?

Pedro dice que les escribe a fin de exhortarlos y testificar, exhortar con sus palabras y testificar por medio de su experiencia. Él no estaba exhortándolos o animándolos por medio de palabras, sino que testificaba por medio de su experiencia personal que aquello que él escribía era verdadero. Pedro estaba intentando decirles que ellos estaban sustentados en la verdadera gracia de Jesucristo. Estaba diciendo que ellos no deberían

sentirse decepcionados o desalentados, ni pensar que la situación de ellos era anormal, ni aun pensar que había algo errado con ellos simplemente por el hecho de que la presión estaba aumentando y no disminuyendo.

Con su carta, Pedro les estaba diciendo que ellos estaban dentro de la normalidad, que estaban en el camino verdadero. Era eso lo que los hermanos deberían esperar. Este era el mismo camino andado por nuestro

hermanos llegan a preguntarse si hay algo errado con ellos. ¿Tendrá Dios una palabra para nosotros hoy? ¡Sí! Dios tiene una palabra para nosotros hoy, y esa palabra es 'la salvación del alma'. ¿Qué desea Dios que nosotros veamos? Él quiere que nosotros veamos a Cristo como el Pastor y Obispo de nuestras almas.

El hermano Griffith Thomas, un gran maestro de la palabra de Dios, divide esta carta de Pedro en tres partes. Esa división, a mi entender, es

Lamentablemente, hay muchos creyentes que suponen que la experiencia del nuevo nacimiento es la experiencia suprema, como si el nuevo nacimiento fuese el objetivo de todo, como si no hubiese nada más aparte de ello.

Señor Jesucristo. «Todo esto les está aconteciendo de acuerdo con el plan de Dios, y también porque Dios les ama tanto, que él desea purificarlos, hacerlos completos. Él desea perfeccionarlos, para que ustedes puedan heredar la gloriosa herencia preparada para ustedes». Éste era el mensaje que Pedro intentaba transmitir.

Amados hermanos, teniendo presente la intención de Pedro al escribir su primera carta, ¿consideran ustedes esta carta importante para nuestros días? Nosotros estamos viviendo el final de los tiempos, y sentimos que la presión sobre nosotros va en aumento. En todas partes, el pueblo de Dios está bajo provocaciones de diferentes formas, y algunas veces los

la forma más sencilla de analizar 1ª de Pedro. Él divide esta epístola en tres partes, teniendo como base la palabra *amado*. Descubrimos que esta palabra aparece mencionada dos veces: la primera en 2:11, y la segunda vez en 4:12.

Según Griffith Thomas, la primera parte -1:1 hasta 2:10- es titulada *Privilegio*; la segunda parte -2:11 hasta 4:11- se titula *Deber*, y la tercera -4:12 hasta 5:13- *Prueba*. En este estudio, seguiremos esta misma división sugerida por Griffith Thomas, pero me gustaría dar un título diferente a cada una de las divisiones por él sugeridas: Primera parte, *Llamamiento*; segunda, *Compromiso*; tercera, *Consumación*.

El llamamiento

Pedro inicia su carta abordando el tema del privilegio o, en otras palabras, el llamamiento. Dios nos ha dado un llamamiento, pero en verdad ese llamamiento es un gran privilegio que nos ha sido concedido por Dios.

«Bendito el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que según su grande misericordia nos hizo renacer para una esperanza viva, por la resurrección de Jesucristo de los muertos...» (1:3).

Dios, en su grande misericordia, nos trajo la vida por medio de la resurrección de nuestro Señor Jesús, por medio de la palabra viva, la palabra de Dios que permanece en nosotros. Ser nacidos de Dios es una grande misericordia, porque misericordia es algo no merecido. Nosotros no lo merecemos, pero Dios, aun así, tuvo misericordia de nosotros. Él nos trajo vida. Somos nacidos de lo alto. Él nos limpió de todos nuestros pecados y nos concedió su propia vida. Nosotros nacimos en la familia de Dios, tenemos su vida en nosotros; somos sus hijos.

Este nuevo nacimiento es una experiencia tremenda. Antes de haber nacido de nuevo, estábamos muertos en nuestras trasgresiones, pero ahora estamos vivos para Dios. Antes éramos enemigos de Dios, ahora estamos en la familia de Dios. Antes estábamos condenados; ahora, perdonados. Antes estábamos bajo culpa, ahora estamos libertados. Antes no teníamos vida, ahora tenemos vida en nosotros, tenemos un relacionamiento con Dios.

La experiencia del nuevo naci-

miento es una misericordia infinitamente grande para con todos aquellos que han nacido de nuevo, y no cesamos de dar gracias a Dios por su grande misericordia para con nosotros. ¿Pero saben ustedes que ser nacidos de Dios es sólo el comienzo de su misericordia en nuestras vidas? Ser salvo, nacer de nuevo, es apenas el principio de la gracia de Dios para con nosotros, es el inicio de la gracia que no tiene fin.

Lamentablemente, hay muchos creyentes que suponen que la experiencia del nuevo nacimiento es la experiencia suprema, como si el nuevo nacimiento fuese el objetivo de todo, como si no hubiese nada más aparte de ello. Muchos preguntan: 'Después que has nacido de nuevo, ¿qué más puedes esperar fuera de morir e irte al cielo?'. Mas el apóstol Pedro dice: «Ser nacido de nuevo no es el fin, sino el principio de algo mayor». Nosotros nacemos para una esperanza viva.

Con frecuencia decimos que Pablo es el apóstol de la fe, Juan el apóstol del amor y Pedro el apóstol de la esperanza. En esta carta, Pedro nos está hablando de una esperanza viva. Amados hermanos, nosotros tenemos esperanza. Las personas que no tienen a Dios no tienen esperanza. Al hombre le está señalado morir, y después de eso, ser juzgado. ¿Qué esperanza hay en eso? Pero nosotros, los que nacimos de Dios, nacimos para una esperanza viva. «...*para una herencia incorruptible, incontaminada e inmarcesible, reservada en los cielos para vosotros...*» (1:4).

Hay una herencia reservada para

ti en el cielo, pero esa herencia no es el nuevo nacimiento. En verdad, por el hecho de que has nacido de nuevo, es que hay una herencia reservada para ti. O sea, si tú no naciste en una determinada familia, entonces no tienes promesa, no tienes derecho a la herencia de aquella familia. Tú tienes esperanza de recibir la herencia de la familia porque eres un miembro de ella, tú naciste en aquella familia. Esto mismo se aplica a la familia de Dios. Sólo tienes esperanza de recibir la herencia si naciste en la familia de Dios. Sólo tienes esperanza de heredar una herencia porque naciste de nuevo, y esa herencia nuestra es llamada herencia incorruptible.

Todo lo que hay en esta tierra está corrompido y es corruptible. Todo lo que hay en la tierra es sucio y puede tornarse sucio. Todo lo que hay en la tierra está pereciendo, es perecible. Mas nosotros tenemos una herencia reservada en los cielos, y esa herencia es incorruptible. Ella nunca fue corruptible, ni podrá llegar a serlo. Nunca tuvo ningún tipo de contaminación, ni llegará a tenerla. Ella no es sólo imperecible, ella nunca perecerá, porque es eterna.

Hay una herencia, amados hermanos, y nosotros somos llamados herederos de Dios y coherederos con Cristo. Un heredero es alguien que va a recibir una herencia.

Nosotros tenemos una esperanza viva. Vamos a recibir una herencia en el cielo, la cual es incorruptible, sin mancha, una herencia eterna. Esa herencia está reservada para nosotros en el cielo, y por estar reservada, es algo en el futuro. Por eso necesitamos

guardarla, pues de lo contrario podemos perderla. Está escrito en 1ª Pedro 1:4-5: «...*reservada en los cielos para vosotros, que sois guardados por el poder de Dios...*».

Nosotros no podemos guardarnos a nosotros mismos, y mantenernos incontaminados e incorruptibles. Nosotros no podemos; pero hay alguien que es capaz de guardarnos y preservarnos. El poder de Dios es tan grande que él sí puede guardarnos y preservarnos de modo que podamos heredar nuestra herencia. Lo que debemos hacer, sin embargo, es creer en esto: «...*sois guardados por el poder de Dios mediante la fe...*» (1:5).

Necesitamos tener fe, pero esta fe no se refiere a creer en la gracia salvadora de nuestro Señor Jesucristo. Esa fe ya la tienes. En este versículo, Pedro habla de la fe en el poder salvador de Dios. Nosotros no sólo creemos que Dios puede salvarnos, también creemos que él es capaz de guardarnos. Esa es la perseverancia de los santos. Él es capaz de guardarnos sin caída y presentarnos completos y sin mancha delante de él en gloria. Él es capaz de hacer eso, y nosotros creemos que él puede hacerlo.

Nosotros, que pertenecemos al Señor, que somos salvos, creemos que él es capaz de guardarnos «...*para alcanzar la salvación que está preparada para ser manifestada en el tiempo postero*» (1:5). Aquí no se trata de la salvación inicial, la cual todos nosotros conocemos, sino de algo guardado o reservado para ti en el futuro. Tú naciste para una esperanza viva, y esta esperanza viva está relacionada con una herencia incorruptible, sin man-

cha alguna, la cual jamás perece. Y esta esperanza está reservada en el cielo para aquellos que son guardados por el poder de Dios por medio de la fe, teniendo en vista la salvación. Se trata de la salvación, pero no en el pasado, sino una salvación en el futuro.

Durante este proceso, tú necesitas pasar por muchas pruebas y sufrimientos, pero esto es apenas por un poco de tiempo. Necesitamos pasar por esto, para que nuestra fe pueda ser probada y purificada y ser hecha más preciosa que el oro, para que pueda redundar en alabanza, gloria y honra en la manifestación de Jesucristo.

Hay una herencia reservada en los cielos para ti. Entretanto, hoy, Dios está obrando de manera que tú llegues a ser digno de esta herencia. Si la herencia es incorruptible, entonces todo lo que es corruptible debe ser desalojado. Si la herencia es inmarcesible, todo lo que es perecible debe ser lanzado afuera. Sin embargo, ¿de qué manera todas estas cosas van a ser desalojadas a fin de que tú estés listo, preparado para heredar tu herencia? Es por medio de las pruebas que tu fe será hecha más preciosa que el oro. *«...obteniendo el fin de vuestra fe, que es la salvación de vuestras almas»* (1:9).

Al tocar este punto, estamos abordando un tema que ha sido ignorado por la cristiandad a lo largo de los si-

glos, especialmente en las iglesias protestantes. *Salvación* es un término genérico; pero a menudo limitamos la salvación, y decimos que significa sólo el nuevo nacimiento, la regeneración, o sea, ser salvo e ir al cielo. Pero, al leer la palabra de Dios, descubrimos que salvación es una palabra muy amplia. La salvación incluye muchas cosas; no se restringe sólo a nuestro espíritu, sino que atañe también a nuestra alma y cuerpo.

Cuando la salvación comprende nuestro espíritu, llamamos a eso nuevo nacimiento, regeneración. Cuando la salvación se refiere a nuestra alma, llamamos a eso transformación, y cuando se refiere a nuestro cuerpo, estamos hablando de la transformación del cuerpo mortal a cuerpo inmortal. Los seres humanos somos creados con un espíritu, un alma y un cuerpo; de manera que cuando recibimos la salvación, ella no se restringe sólo al espíritu, sino que también alcanza a nuestra alma y nuestro cuerpo, a fin de que todo nuestro ser sea perfeccionado y santificado (ver 1ª Tes. 5:23).

Cuando Dios opera, él siempre lo hace a partir del interior, desde el centro hacia la periferia. Por este motivo, cuando Dios nos salva, él alcanza en primer lugar nuestro espíritu humano, el cual tiene la capacidad, la habilidad de comunicarse con Dios y recibirlo.

Nuestro espíritu estaba muerto en

Quando Dios opera, él siempre lo hace a partir del interior, desde el centro hacia la periferia.

delitos y pecados. «...*el día que de él comieres, ciertamente morirás*» (Gén. 2:17). Adán y Eva comieron el fruto prohibido y, sin embargo, continuaron viviendo unos cientos de años. ¿Qué fue lo que murió, entonces? El espíritu murió. De inmediato, después de la entrada del pecado en una vida, aquel espíritu, que tenía la habilidad de comunicarse con Dios y recibir a Dios, está muerto. No hay más comunicación entre el hombre y Dios, y no hay más posibilidad de una unión de Dios con el hombre.

Cuando la salvación viene a nosotros, el Espíritu Santo vivifica nuestro espíritu y lo hace nuevo. En Juan 3, se nos dice que aquel que es nacido del Espíritu es espíritu. La segunda mención de la palabra espíritu en este versículo se refiere al espíritu humano. El Espíritu Santo toca nuestro espíritu, el cual está muerto, lo trae a vida, lo vivifica y hace de él un espíritu nuevo. Entonces el Espíritu Santo viene y pasa a morar en nuestro espíritu. A partir de este momento, podemos comunicarnos con Dios; la capacidad de comunicarnos con Dios es restaurada y la habilidad para ello empieza a funcionar. Dios viene a morar en tu espíritu y da testimonio allí que tú eres hijo de Dios. Esa es la experiencia de la salvación, del nuevo nacimiento, y cuando esa experiencia ocurre, ella ocurre en tu espíritu.

La salvación no ocurrió en tu cuerpo. Tú aún permaneces en este cuerpo mortal; tu cuerpo aún no se ha vuelto inmortal. No sólo eso, pues la salvación tampoco ha tenido efecto en tu alma, porque siendo ya salvo,

percibes que aún tienes tu vieja manera de pensar, tu propia voluntad, tus propias preferencias y otras cosas semejantes. Todavía eres la misma persona.

La salvación, por tanto, no es algo que ocurrió en tu cuerpo, ni en tu alma, sino en tu espíritu. Tú pasaste a ser un hijo de Dios. Pero recuerda, eso es sólo el inicio de la salvación. Después que Dios pone su Espíritu en nuestro espíritu y la vida de Cristo en nosotros, el Espíritu Santo pasa a habitar en nosotros como Espíritu de vida. Es la vida de Jesucristo en ti, y esa vida en ti debe vivir.

Esta vida eterna que te es concedida, esta vida de Jesucristo que ahora está en tu espíritu, no debe ser tratada como si estuviese dentro de un cofre, el cual tú debes abrir sólo cuando mueras, para usarla como un premio que te permite entrar en los cielos. Esta vida que está en ti, debe vivir, y debe vivir a través de ti. Cristo no debe quedar confinado en tu espíritu; al contrario, Cristo debe salir de tu espíritu y penetrar, ocupar tu alma y usar tu cuerpo.

En Efesios 3, la oración de Pablo es que Cristo pueda habitar en tu corazón por la fe. Cristo mora en tu espíritu, pero él desea habitar también en tu corazón. Él desea desalojar aquello que ocupa tu alma y tomar su lugar. Y aquello que ocupa tu alma es tu ego. El *yo* es la vida del alma; la carne son las obras del alma caída. Así, pues, Cristo vive en tu espíritu, tú eres una nueva criatura y debes, por tanto, vivir una nueva vida, la vida de Cristo; porque es él quien vive, ya no eres más tú quien vive.

Por desgracia, tu *yo* ya está morando en tu alma por tanto tiempo, que él no quiere salir de allí; él no quiere renunciar a sus derechos. O sea, aun después de haber nacido de nuevo, permaneces bajo la tiranía de tu *yo*. En lo íntimo de tu espíritu, tú sabes lo que deberías hacer, pero tu alma se rehúsa a cooperar. Y no sólo eso, no sólo se niega a cooperar, sino que se opone a cualquier forma de cooperación.

A este respecto, Melanchton, uno de los reformadores de la Iglesia, dijo: «Este viejo Adán es demasiado fuerte para el joven Melanchton». El alma necesita ser salvada. El *yo* necesita ser desalojado del lugar que está ocupando, y debe ser sustituido por Cristo.

El alma es el lugar donde reside tu personalidad. Tu alma te representa y te expresa a ti, y eso es tu personalidad, pues solemos decir: 'Este es mi modo de pensar, mi forma de actuar; así pienso yo, así siento; yo quiero las cosas de esta manera'. Por tanto, el alma representa tu persona. Pero Dios dice: 'Mi salvación debe al-

canzar a tu alma de tal modo que todo lo que procede de ella sea una expresión mía y no una expresión de ti mismo'.

No sea hecha mi voluntad, mas la Tuya; no sea mi mente, sino la mente de Cristo; no sea aquello que yo amo o aborrezco, sino sea expreso aquello que Dios ama o aborrece. ¿Pero cómo ocurre eso? Tú descubre que la vida del yo, la vida propia en tu alma y voluntad no va a ceder, y por eso te es necesario pasar por muchas pruebas. Las pruebas, presiones y padecimientos en tu vida son determinados por Dios en una cierta medida con un solo propósito – para que la vida de tu alma pueda menguar y la vida espiritual de Cristo pueda crecer en ti.

Nuestra alma nos fue dada por Dios. Él no pretende destruir nuestra alma. Si Dios destruyese tu alma, tú dejarías de existir, no tendrías más personalidad. Pero Dios no quiere eso de ninguna manera. Él no desea que tú seas una persona sin alma – él desea salvar tu alma.

(Continuará).

* * *

Cinco minutos antes

Un joven visitó a un profesor de teología, preguntándole cuánto tiempo antes de la muerte debía un hombre hallarse preparado para ella.

– Cinco minutos aproximadamente – le contestó el profesor.

Aliviado el joven por esta respuesta, iba a partir dispuesto a disfrutar de la vida y entregarse a Dios al fin de sus días.

– Espere usted – le dijo el profesor – ¿cuándo es que usted va a morir?

– No podría decírselo – respondió el interpelado.

– Entonces, necesita prepararse ahora mismo para la muerte. ¿Quién puede asegurarle que le quedan a usted más de cinco minutos de vida?

Citado por Spurgeon, en Discursos a mis estudiantes

Comprometiendo al Señor

(Para que dé el segundo paso)

Salmo 119

En este salmo hay doce paralelismos que consisten en que el salmista pide (y aun exige) a Dios algo basado en algún mérito propio. Es decir, “por causa de que he hecho esto, tú haz esto otro”.

Hay aquí un caminar en justicia que lleva al salmista a hacer una especie de transacción con el Señor. Esto hace recordar a Abraham intercediendo por Sodoma, y también al Señor comprometiéndose con el profeta Isaías con aquella expresión: “*Mandadme acerca de mis hijos*” (45:11).

Esta es una forma de oración de autoridad y revela un profundo conocimiento e intimidad con Dios.

1. Con todo mi corazón te he buscado ... no me dejes desviarme de tus mandamientos (10).

2. Tus testimonios he guardado ... aparta el oprobio y el menosprecio (22).

3. Me he apegado a tus testimonios ... no me avergüences (31).

4. He anhelado tus mandamientos ... vivifícame (40).

5. En tus juicios espero ... no quites de mi boca la Palabra de verdad (43).

6. Tus mandamientos he creído ... enséñame buen sentido y sabiduría (66).

7. Tu ley es mi delicia ... vengan a mí tus misericordias (77).

8. He buscado tus mandamientos ... sálvame (94).

9. De tu ley no me he olvidado ... líbrame (153).

10. Amo tus mandamientos ... vivifícame (159).

11. Tus mandamientos he escogido ... socórreme (173).

12. No me he olvidado de tus mandamientos ... busca a tu siervo cuando me extravíe como oveja (176).

Resulta osado y aun contrario a la humildad orar así. Pero bienaventurados son quienes lo pueden hacer, porque también es conforme a la Palabra.

El oír con fe

Los apóstoles dijeron en cierta oportunidad al Señor: *“Auméntanos la fe”*. El Señor no les concedió la petición, sino que les dijo que si tuviesen fe como un grano de mostaza podrían hacer que un sicómoro se plantase en medio del mar.

Y es que la fe, si bien es un don de Dios recibido como una gracia inmerecida, tiene un soporte. Y hay, además, un orden, un proceso.

En Romanos 10:17 se da la clave acerca de cómo es concedida y aumentada la fe. Allí dice: *“Así que la fe es por el oír, y el oír, por la palabra de Dios”*. Este proceso comienza cuando Dios habla. Todo comienza en Él. Luego, el hablar de Dios produce la capacidad de oír, y como consecuencia de ese oír tan particular, viene la fe.

No es simplemente por escuchar la palabra que viene la fe. El Señor solía decir: *“El que oídos para oír, oiga”*, lo cual significaba que no todos verdaderamente dispuestos para oír.

Cuando Pablo fue a Filipos por primera vez, compartió la palabra a unas mujeres que se habían reunido para orar junto al río. Una de éstas era Lidia, a quien *“el Señor abrió el corazón ... para que estuviese atenta a lo que Pablo decía”* (Hechos 16:14). Pablo hablaba y Lidia, simplemente, escuchaba. Pero de pronto ocurre algo extraordinario: su corazón fue abierto para que estuviese atenta a la Palabra. Ese fue el oír que generó la fe en Lidia. Eso es oír de verdad la palabra, y ese oír genera la fe que salva y que es aumentada cada vez que este proceso es realizado.

Así que la fe viene cuando Dios habla por su Palabra, y esa Palabra despierta una atención, un interés inusitado, y como consecuencia de ello, se suscita la fe en el corazón del hombre para creer lo que Dios dice.

Los apóstoles –en aquel episodio– no sabían lo que estaban pidiendo, y muchos de nosotros hoy pedimos lo que no es posible recibir así. Más bien, pidamos a Dios que nos hable, y que abra nuestro corazón para estar atentos a su Palabra. Entonces, tendremos fe sin medida.

Diez consejos prácticos.



Sugerencias sobre la cuestión sexual para jóvenes cristianos

Billy Graham

1 Evita las malas compañías. Si frecuentas amistades inconvenientes, algunas de sus cosas se te pegarán. La Biblia dice: «*Salid de en medio de ellos, y apartaos ... y no toquéis lo inmundo*».

2 Evitar mirar por segunda vez. La primera mirada no la puedes evitar. Pero sí puedes evitar la segunda, que ya puede transformarse en deseo pecaminoso.

3 Controla tus conversaciones. Evita el cuento sucio y los chistes de doble sentido. «Las malas conversaciones corrompen las buenas costumbres».

4 Ten cuidado de cómo vistes. Delante de Dios debes decidir cómo has de hacerlo. Una señorita que se convirtió de una de nuestras cruzadas nos escribió diciendo: «De ahora en adelante, voy a vestirme como si Jesús fuese mi acompañante».

5 Elige bien qué espectáculos y qué programas de televisión vas a mirar.

6 Cuida mucho tus lecturas. Gran parte de la literatura contemporánea apela al instinto sexual.

7 Vigila tus ratos de ocio. David no tenía nada que hacer, y fue entonces que vio a Betsabé y cayó en el pecado.

8 Resuelve nunca entregarte a caricias demasiado íntimas. Creo que una pareja de jóvenes cristianos debe

orar al Señor cada vez que salen juntos. Creo que una muchacha que tiene a Cristo en su corazón posee en él un poder sobrenatural que hará que pueda resistir las pretensiones de cualquier muchacho, por suave y convincente que sea éste en su manera de proceder. Y creo que el muchacho que conoce a Cristo puede disciplinar su vida.

9 Invierte mucho tiempo en la lectura de la Biblia. Aprende de memoria textos de las Escrituras, y cuando llegue la tentación, repítelos. La palabra de Dios es lo único que el diablo no puede resistir.

10 Deja entrar a Cristo en tu corazón y en tu vida. ¿Lo conoces como tu Salvador? Te aseguro que Dios te ama, y que una fuerte fe en Dios ha ayudado a muchos hombres y mujeres a no cometer actos inmorales. José tuvo una fe de esta clase, y se negó a complacer a la mujer de Potifar, aunque sabía que era probable que fuese encarcelado.

(Tomado de La Juventud, el sexo y la Biblia).

* * *

Tres dólares de evangelio

«Me gustaría comprar unos tres dólares de evangelio, por favor. No mucho – apenas lo suficiente para hacerme feliz, pero no demasiado como para comprometerme. Yo no quiero tanto evangelio que aprenda realmente a odiar la codicia y la lujuria. Ciertamente no quiero tanto que comience a amar a mis enemigos, apreciar la autonegación, y contemplar el servicio misionero en alguna cultura diferente. Yo quiero éxtasis, no arrepentimiento; trascendencia, no transformación. Me gustaría ser querido por algunas personas gentiles, perdonadoras y de mente abierta, pero yo mismo no quiero amar a aquellos de otras razas – especialmente si tienen mal olor. Me gustaría del evangelio lo suficiente como para hacer mi familia segura y mis hijos bien portados, pero no tanto que yo descubra mis ambiciones cambiadas y mis donaciones demasiado aumentadas. Me gustaría llevar tres dólares de evangelio, por favor».

D.A. Carson

Breve introducción al discernimiento del conflicto de paradigmas (2)

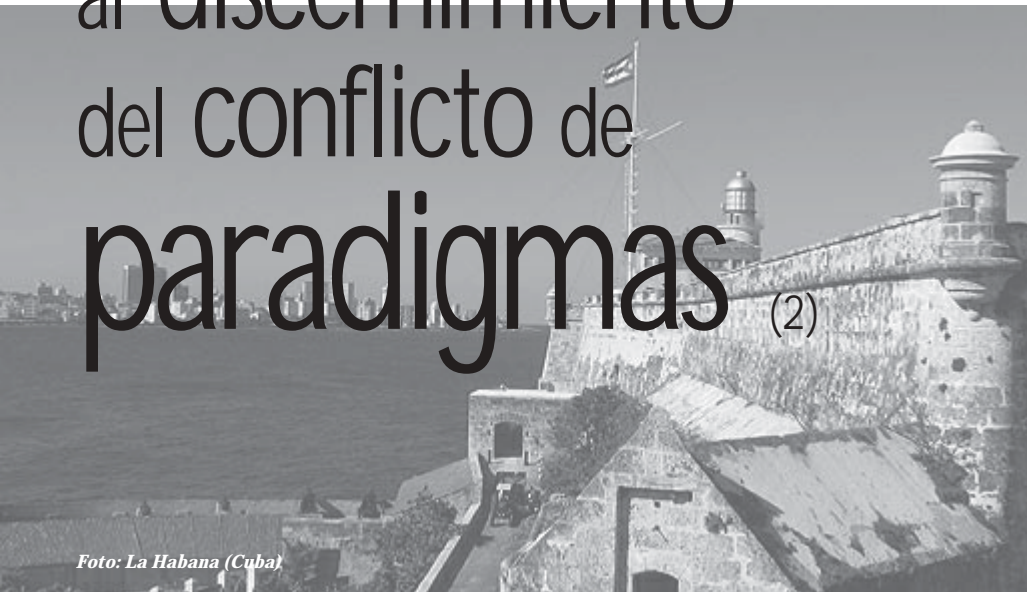


Foto: La Habana (Cuba)

Gino Iafrancesco
Colombia, 2008

Regiones de campo

El amplio campo general, donde se pelean las grandes batallas de la fe, según una breve introducción al discernimiento del conflicto de paradigmas, podría subdividirse en varias regiones, de acuerdo al contenido, que podríamos llamar *dogmático*.

Dogma se ha dado en llamar a cada una de las grandes verdades reveladas por Dios, y que se derivan directamente de las Sagradas Escrituras. Por ejemplo, podríamos reconocer algunas regiones de ese campo general, en el mismo hecho de la Revelación Divina acerca de Dios mismo como Uno y Trino; igualmente en

lo relativo a la Encarnación del Verbo de Dios, a la Expiación, a la Resurrección, al Espíritu, a la Justificación por la Fe, a la vida santa, al cuerpo de Cristo, al propósito eterno de Dios y el futuro.

También, por otra parte, se reconocerían regiones especiales del campo de batalla, en aquellos respectos que han sido característicos del judaísmo y cristianismo bíblicos, tales como los conceptos mismos de revelación, creación y redención, que caracterizan a estas dos grandes religiones complementarias.

Pero todos estos ítems fundamentales de la fe revelacional bíblica, que constituyen las columnas del paradigma llamado «de la Simiente de la mujer», en contraposición al llamado «de la serpiente», tienen su mismo nido en el hecho histórico de la existencia de las Sagradas Escrituras: El Antiguo y Nuevo Testamentos.

De manera que la Bibliología llega a resultar el campo de batalla medular, la punta de lanza, donde se juega el pulso contra la apostasía y la herejía. Sí, la apostasía ha escogido como uno de sus blancos favoritos, la sacralidad de las Escrituras judeo-cristianas. Así como la herejía brota en las regiones de la hermenéutica.

La batalla alrededor de la revelación divina

Los grandes líderes que ha conocido la humanidad, a quienes los hombres siguen, y que se alinean bajo una u otra bandera paradigmática, desde la más arcaica antigüedad, alindaron sus posiciones en relación a la Revelación Divina. El

hecho, pues, de ésta, hace que los hombres se identifiquen o con el paradigma «de la Simiente de la mujer», o con el paradigma «de la serpiente».

El *Sefer Toledot Adam* nos presenta el significativo relato primigenio del asalto de la serpiente a la inocencia humana. Por eso la apocalíptica sacra neotestamentaria le llama al dragón como el engañador de las naciones. Y el Toledot recién mencionado y otros rollos sagrados (como Isaías y Ezequiel), nos desnudan el núcleo de la intención draconiana. Se intenta sustituir a Dios por sí mismo, para lo cual se le tergiversa con el propósito específico de hacerle malentendido y desfigurar su verdadero carácter y el de sus propósitos. Y esto se realiza con el fin de usurparle la debida adoración.

Esa es la raíz de la paganización, la cual está detrás de las teogonías y teurgias mitológicas. Teogonías en cuanto al supuesto origen de los llamados dioses; y teurgias en cuanto a sus supuestas obras. La llamada Nueva Era de hoy, es apenas la misma vieja era de nuevo.

A las teogonías y teurgias siguen las cosmogonías, hasta desembocar en los variados evolucionismos actualizados. Tales son las raíces religioso-filosóficas y pseudo-científicas del paradigma draconiano contemporáneo.

Grandes influencias sobre la humanidad

Investigadores actuales y anteriores, colocan a Jesús, Mahoma e Isaac Newton, como las mayores influencias sobre la humanidad, seguidos

La apostasía ha escogido como uno de sus blancos favoritos, la sacralidad de las Escrituras judeo-cristianas.

quizá por Marx, Nietzsche, Freud y Darwin. Otros quisieran ver en esa lista privilegiada quizás a Moisés, Pablo y Lutero, a Buda y Zoroastro, Kant y Hegel, Kierkegaard o Heidegger, Einstein y algún otro moderno o posmoderno.

Difícilmente todos estarían de acuerdo, por causa precisamente de la escogencia de paradigma en las simpatías de carácter personal. Dios mismo nos ha concedido este breve (en relación con la eternidad) paso por la vida, para que tengamos la ocasión de tomar posición personal, aunque Él soberanamente se reservó, por gracia y por derecho, a los niños y a los abortados, además de «la descendencia de la mujer» del apocalíptico proto-evangelio.

En cuanto a Jesús, el Señor Jesucristo, Su bibliología y Su hermenéutica fueron fideístas; es decir, fieles al contenido de la Revelación Divina en las Sagradas Escrituras. Enseñó que las Escrituras no pueden ser ignoradas ni abrogadas, sino que los cielos mismos y la tierra pasarían antes que fallase una sola *yod* o *daguesh lane* de ellas en cumplirse. Ante toda tentación respondió con el «Escrito está». Y aún en Su resurrección histórica se ocupó de enseñar lo que las Escrituras decían.

Así que el paradigma genuinamente cristiano es fiel a la mente de Cristo, pues es formada por él. Mahoma mismo confesó en el Korán al

Señor Jesucristo como Verbo y Mesías ascendido que regresará, pero sin entender lo que eso significa; por eso son hoy los musulmanes, y no la cristiandad, los que guardan, en el Monte de los Olivos, la mezquita que recuerda Su ascensión. Mahmud Ahmadinejad, líder chiíta iraní actual, presidente de Irán, confesó recientemente en las Naciones Unidas, el retorno de Jesucristo acompañado del esperado Mahdi chiíta.

Newton realmente se preocupó más de profecía que de la gravitación universal. Su libro *Principios Matemáticos de Filosofía Natural*, según él mismo confiesa, era apenas para él un ‘hobbie’; lo que realmente le traspasaba era entender a Daniel y al Apocalipsis de la Biblia. Su obra al respecto es sobresaliente y recomendable, especialmente lo que tiene que ver con el desarrollo de los 10 cuernos de la cuarta bestia de Daniel 7.

Marx, en su juventud, escribió acerca de las palabras de Jesús registradas por el Evangelio según Juan 15. Luego apostató y se declaró abiertamente poseedor de la espada del príncipe de las tinieblas, y cuya pasión era destruir el mundo que le estorbaba en su camino al caos y a la destrucción. La poesía de Marx habla más alto que su Capital y sus manifiestos controlados por Engels, el agente de la plutocracia que lo utilizaba.

Nietzsche, en el manicomio, y al final de su vida, con la mayor de sus

corduras confiesa a Jesucristo, sin negarle los laureles de la victoria sobre su peor enemigo, según él mismo se decía antes; ahora prefiere deshacer el mito del anticristo para tristeza de sus biógrafos idólatras.

Freud se desmaya en los brazos de Jung, que capitanea el mundo del ocultismo, y confesó ver de lejos, en sus experiencias paranormales, a la ciudad celestial, a la cual confesó no tener acceso.

Darwin confiesa preocupado en su ancianidad a Lady Northfield, mientras estudia la Epístola a los Hebreos, que sus escritos evolucionistas eran pensamientos inmaduros de su juventud que habían sido convertidos en religión por los hombres.

Moisés confiesa que el Mesías vendría y era necesario oírle para no ser desarraigados. Pablo vive en Cristo y para Cristo. Lutero, procurando entender a Pablo, se declara también verdaderamente cristiano.

Buda, en su antropología atea,

busca escapar. Zoroastro aprende de Daniel, jefe suyo en Persia, y su escatología integra en el Yasna, Bundahish y Zend Avesta la esperanza mesiánica de Daniel, que los magos de la estrella de Belén siguen.

Kant se doblaba moralmente a la crítica de la razón práctica. Hegel se pretende la manifestación divina, cual la serpiente. Kierkegaard prefiere dar el salto de fe en su existencialismo teológico. Heidegger, agnóstico, se vuelve a la poesía, y confunde a Bultman. Einstein dice apenas entender los bordes de los pensamientos de Dios.

Pero el Señor Jesucristo dice:
«*Quien me ha visto a Mí, ha visto al Padre...Nadie viene al Padre sino por Mí. Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida*».

Deberíamos, pues, dedicarle, Dios mediante, un tiempo, por lo menos, a la panorámica de la Bibliología Histórica en este discernimiento del conflicto de paradigmas.

*(Cruzeiro do Oeste, Paraná, Brasil.
10 de octubre de 2008).*

* * *

No sólo a pedir

Abraham Lincoln, como presidente de Estados Unidos, tenía siempre una agenda muy apretada. No obstante, cierta vez una anciana, que no tenía nada oficial que tratar con él, pidió verlo. Lincoln aceptó amablemente.

Cuando ella entró en su oficina, el Presidente se puso de pie para saludarla y preguntarle en qué podía servirle. Ella contestó que no había ido a pedir ningún favor. Había oído decir que al Presidente le gustaba cierto tipo de galletas, y ella había preparado algunas para llevárselas a su oficina.

Con lágrimas en los ojos, Lincoln respondió: "Es usted la primera persona que no ha venido a mi oficina a pedir ni esperar nada, sino más bien a traerme un regalo. Se lo agradezco de todo corazón".

Cuando vayamos a la presencia de Dios, de vez en cuando abstenámonos de darle una lista de peticiones.

Tomado de Nuestro Pan Diario

Cosas divinamente posibles

Me atrevo a decir que es posible, para aquellos que de hecho atraen el poder de la liberación y victoria del Señor, vivir la vida según como las promesas de él se van presentando a nosotros, para descubrir que ellas son verdaderas.

Es posible, diariamente, echar toda ansiedad sobre él y estar en paz en medio de la presión.

Es posible ver la voluntad de Dios en todo y entender eso, tal como alguien dice, ya no más como un suspiro, sino como una canción.

Es posible, en el mundo íntimo de actos y gestos, dejar de lado y hacer que se deje de lado, diariamente y a cada hora, toda amargura, e ira, y rabia, y calumnia.

Es posible, por medio de un recurso sin reservas de poder divino y bajo condiciones divinas, tornarse más fuerte –completamente– en nuestro punto débil; encontrar que la cosa que ayer perturbaba todas nuestras obligaciones en cuanto a la resignación, o a la pureza, o a la humildad, es una oportunidad hoy, por medio del que nos ama y trabaja en nosotros, para una jubilosa rendición a su voluntad y una deleitosa consciencia de su presencia y poder anulador del pecado.

Hay cosas que son divinamente posibles.

*Handley C. G. Moule
(1841-1920)*



El legado de fe de un niño.



«Papá, ¡Jesús está aquí!»

Bob y Linda Thrasher

Nuestro hijo, Timmy, nació con fibrosis quística. A la edad de 11 años, se fue al hospital para no regresar más a casa. Mi esposa y yo pasamos cinco de los días más largos de nuestras vidas allí, viéndolo morir. Si yo pudiera

morir con la mitad del coraje con que él enfrentó ese trance, creo que me podría considerar una persona muy valiente.

Después de un par de días en el hospital, llegó a estar tan débil que tuvimos que aumentar la dosis de

oxígeno al máximo nivel posible. Con la fibrosis quística, los pulmones se llenan con mucosidad, y la persona se ahoga en ella, muy lentamente.

Al tercer día, vino el Señor. ¡Oh, qué alivio! De repente, Timmy me dijo: «¡Papá, Jesús está aquí!». «¡Papá, Jesús está aquí!».

Yo le respondí: «Lo sé, hijo», tratando de agradecerle y de hacerle las cosas más fáciles, pensando que él estaba hablando incoherencias.

Él dijo: «¡No, papá, de verdad, él está aquí!».

Yo arqueé mis cejas y contesté: «¿Ah, sí?».

«¡Es cierto, papá, él está realmente aquí!».

«Sí, te creo, hijo», le dije, todavía tratando de no decir algo equivocado.

Mostrando la cama, Timmy me dijo: «Él está sentado aquí, papá».

Moví mi brazo del lugar que él señalaba, y pregunté: «Bueno, ¿estoy yo en su camino?».

Con una sonrisa de seguridad, él dijo: «Oh no, no. Tú no estás en su camino, papá. Él vino para guiarme por el valle. No hay más miedo, papá. No tengo que tener miedo». Y luego, inexplicablemente, comenzó a recitar el Salmo 23.

Lo que ocurrió después está más allá de la descripción o la comprensión. Durante las próximas dieciséis horas, Timmy comenzó a alabar a Dios. ¿Cómo entender? He aquí un niño con el oxígeno elevado hasta ocho litros. Nosotros lo reducíamos a seis cuando él estaba relajado o dormido, porque con más de seis litros se producen quemaduras en las fosas

nasales. Pero aquí estaba él, alabando al Señor, repitiendo una y otra vez: «¡Jesús, te amo! ¡Jesús, te amo!», tributándole una sencilla alabanza de corazón.

Hacia el último día, estuvo frecuentemente dentro y fuera de la conciencia. Cuando despertaba, la falta de aire se hacía insoportable para él, así como para nosotros, al verlo sufrir tanto. Cada vez que despertaba, le hablábamos del Señor, y él decía: «Oh sí, tengo que ir con Jesús. Quiero estar con él». En esa hora, él se esforzaba mucho para respirar, y sudaba copiosamente.

Cerca de las dos de la madrugada, el último día –cuando para todos los efectos prácticos él estaba muerto– de pronto, salió de la cama, echó sus brazos alrededor de mí y dijo con voz muy firme: «¡Papá, he visto a Jesús! ¡Se cuán grande es él, ¡y yo lo amo!».

No dijo ninguna palabra más después de eso. Un par de horas más tarde, salió de la cama de nuevo cuando mi esposa tomó el turno de cuidarlo,

Lo que ocurrió después está más allá de la descripción o la comprensión. Durante las próximas dieciséis horas, Timmy comenzó a alabar a Dios. ¿Cómo entender?

y la abrazó. No le habló nada; sólo estuvo abrazado a ella cerca de media hora.

Esa noche, como a las 10, yo había empezado a orar. Mientras oraba, mi mente empezó a recordar las veces en que Timmy y yo habíamos hablado, cuando él me preguntaba qué haría yo después de que él muriese. Le dije que probablemente yo estaría bastante enojado, muy enojado con Dios, pero que yo lo perdonaría. Timmy se reía, viendo la clase de papá que tenía.

Después de orar, fui donde Timmy y peiné sus cabellos. Luego enjuagué su frente, y le dije: «Hijo, voy a hacerte una promesa. No voy a enojarme con Dios. Yo amo a Jesús... Y Timmy, no voy a permitir que tu muerte me haga enojar o tener amargura hacia Dios».

Unos momentos más tarde salí de la habitación, caminé hacia una ventana y comencé a orar de nuevo. A lo lejos, vi una capilla. El sol se ponía y era muy hermoso. Mis ojos se fijaron en la cruz en la parte superior de ese edificio, y empecé a decir: «Señor, yo te amo... Me consagro de nuevo a ti. Estoy cansado de luchar, Señor. Sólo quiero ser tu siervo».

Mi esposa salió de la habitación

por un instante, y supe que estaba cerca del punto de agotamiento. Y yo también. En ese momento, ella me miró y dijo: «¡Dios, no puedo más! Estoy completamente exhausta...».

Poco después, mi esposa gritó. Supe lo que estaba sucediendo, y corrí al cuarto, justo a tiempo para ver a Timmy en su último aliento.

Los próximos meses empecé a caminar lento y constante con el Señor. Me convertí en otra persona. Poco a poco comencé a ver que todos los problemas en mi andar cristiano anterior habían sido causados por mí mismo. Uno de ellos era que yo ponía mis ojos en las personas, y no en Dios, y tenía una naturaleza crítica y juzgadora. En mi ignorancia (y orgullo), yo crecía amargado y enfadado con los demás, y no era más que un instrumento del maligno para sembrar discordia en el Cuerpo de Cristo.

No es la debilidad de otros cristianos lo que importa, ni sus defectos. Mantener los ojos fijos en Jesús y en Su bondad, es todo lo que cuenta. Timmy me enseñó eso. Sus últimas horas en esta tierra fueron una lección que nunca olvidaremos – cómo él encontró paz y consuelo en Jesús, y no en el hombre.

* * *

No existe fuera del Cristo vivo

«No hay tal cosa como 'moralidad cristiana' que se pueda imponer a una ciudad o a una nación. El estilo cristiano de vida no puede formularse y aplicarse como pautas para una vida de éxito. La manera de vivir del cristiano nunca se concibió como algo que exista fuera del Cristo vivo mismo como su fuente dentro del corazón del creyente».

Malcom Smith, Agotamiento Espiritual.

CARTAS

América Latina

Gracias por compartir la hermosa labor que el Señor está realizando con ustedes, no sólo en Chile, sino también en Colombia, Bolivia, Brasil, Paraguay, Cuba, México y otros lugares. El Señor les abra puertas con todo su poderoso respaldo, luz, revelación, sabiduría, poder, amor, comunión, y su permanente presencia. Todo eso nos llena de regocijo, y ya veremos los frutos de una abundante cosecha. Sea loado el nombre del Señor.

Arcadio Sierra Diaz, Bogotá (Colombia).

Apoyo

Les agradezco el apoyo tan grande que nos brindan al enviarnos la Revista Aguas Vivas; es una herramienta con artículos de interés y de gran edificación. Una vez más gracias por hacérnoslas llegar y a quienes aportan económicamente para que podamos tenerlas en nuestras manos.

Alfonso Herrera Lastra

Tehuacán, Puebla (México).

Luz

Estoy muy agradecida al Señor por la bendición de este ministerio. Cada mensaje nos lleva al trono de la gracia del Señor, es una luz en estos tiempos tan difíciles que estamos vi-

viendo. Hay un hermano que la está llevando a la ciudad de Anáhuac, mis hijos la llevan a ciudad de Miguel Alemán, Tamaulipas y a Roma (Texas). La compartimos en hogares donde visitamos. Dios los siga bendiciendo para gloria de su nombre.

Amparo Gómez, Mission, Texas (USA).

Conferencia

Somos muy bendecidos con sus publicaciones aquí en Bolivia. Ahora Dios en su gracia y misericordia nos ha concedido recibir las enseñanzas del hermano Christian Chen. Estoy orando para que el Señor nos conceda una conferencia en Santa Cruz.

Erick M. Osuna Oblitas

Santa Cruz (Bolivia).

Blog

Tenho acompanhado o site Águas Vivas e tenho me edificado com as preciosidades postadas lá! Temos prosseguido na doutrina dos apóstolos, na comunhão com os irmãos e no partir do pão aqui. Gostaria que os irmãos visitassem nosso blog <http://filhovalhoao.blogspot.com> e se possível algum dia venham ter comunhão conosco aqui.

Paulo Almeida de Oliveira

Alegrete, Rio Grande do Sul (Brasil).

Por razones de espacio, las cartas son resumidas.

Toda bendición procede de Dios; por tanto, toda la gloria es para Dios.

aguas vivas, una revista para todo cristiano

Año 9 · Nº 54 · Noviembre - Diciembre 2008

Equipo Redactor

Eliseo Apablaza, Roberto Sáez
Gonzalo Sepúlveda, Rodrigo Abarca
Rubén Chacón, Marcelo Díaz

Colaboradores invitados

Stephen Kaung, Christian Chen
Gino lafrancesco

Diseño y distribución

Mario Contreras / Fono (45) 343429
Temuco, Región de la Araucanía (Chile)
E-mail: mcontreras46@gmail.com

Contacto en USA y norte de México

David Calvo / Fono (956) 432-3752
P. O. Box 2632, McAllen, TX 78502 USA
E-mail: salmo2020@sbcglobal.net